
EL
MEJOR
DE TUS ERRORES
NAIR
MANUELA

Contents

SOBRE LA AUTORA

EL MEJOR DE TUS ERRORES

NAIR MANUELA

Carolina Rodríguez - Ilustración cubierta
Gemma Iglesias - Corrección
Roma García – Maquetación y cubierta.

Por los que se fueron y no volverán.

Por los que estuvieron y están

Natos y Waor, *Calavera no chilla*

Prólogo
EMPEZAR DE CERO
Ari

Había llegado el momento de tomar las riendas de mi vida y dejar atrás todo lo malo.

No entendía, ni entiendo a día de hoy, cómo había podido soportar tanta mierda. Ni siquiera mi mejor amiga, Laura, la única persona que sabe toda la verdad, lo entiende. No me gustaba cómo me miraba la gente al contarles que me había ido de casa, dejando atrás una relación de tantos años, por una simple discusión. Ojalá fuera solo eso, una simple discusión.

Por eso, aquel día, me fui de casa ante una mirada desafiante que parecía decir «ambos sabemos que vas a volver»; pero, cuando volvió del trabajo y se encontró la casa vacía, ya era muy tarde para arrepentirse.

Todo el daño que me había hecho durante tanto tiempo había hecho mella en mí. Había dejado de sonreírle a la vida y de quererme.

Guardé todas mis cosas en el coche y me fui a casa de Laura. Me estaba perdiendo y no podía permitirlo. ¡Joder! Yo era más fuerte que todo eso y no sabía en qué momento la flaqueza había ganado tanto terreno.

Ese mismo lunes presenté mi dimisión en el trabajo. Tenía suficientes ahorros para vivir unos meses sin preocuparme mientras encontraba un trabajo que de verdad me motivara. Ventajas de tener una vida social muy limitada y ganar un buen sueldo.

Había estudiado Historia pensando que me encantaría, pero la verdad es que no era lo que esperaba. Trabajaba de guía turística en una fundación de arte de nuestro pueblo, pero no me gustaba. Aun así, me quedé un par de semanas más para formar a mi sucesor en todas sus tareas. Ante todo, era una buena profesional, y tanto mis compañeros como el director de la fundación siempre me habían tratado muy bien.

Echaría de menos a mi familia y a Laura. Echaría de menos el olor a mar al salir de casa cada mañana, el sonido de las olas rompiendo contra las rocas y la sensación de paz cada vez que me sentaba en la orilla a solas con mis pensamientos; pero no echaría de menos a esa

persona en la que me había convertido con el paso de los años.

Capítulo 1
PUNTO Y APARTE
Ari

Acabo de cargar todas las cosas en mi pequeño Polo blanco tras despedirme de mis padres y de Laura. Me meto en el coche y pongo la radio con mi lista de Spotify «Venirse arriba» a todo volumen.

Me dirijo a la autovía con el maletero repleto de ropa y recuerdos. También me acompañan demasiadas cicatrices que todavía tienen que acabar de cerrarse. Suspiro profundamente. Me llena una nueva sensación de tranquilidad.

Siempre me han asustado los cambios, pero me asusta todavía más el dolor bajo el pecho que me impide respirar. Soy fuerte, al menos antes sí lo era, por lo que tengo que ser lo suficientemente valiente como para empezar de cero en otra ciudad, lejos de los míos y a la vez cerca, por si siento la necesidad de ir a verlos.

Pasan los kilómetros entre canciones de rap. Sus letras siempre han conseguido mantenerme cuerda, hacerme reflexionar y valorar cada pequeño paso. El Chojin, ZPU y Sharif escriben poesía con ritmo.

Llego a mi nuevo destino, Madrid, con un espíritu renovado y alegre. Es una de esas grandes ciudades con demasiados coches que esquivar y cláxones sonando cada quince segundos, pero con un mundo lleno de posibilidades y la oportunidad de que nadie te conozca ni le importe tu vida.

Aparco al lado de mi casa nueva. Es un piso de tres habitaciones que compartiré con un chico y una chica a los que no conozco de nada. Me enamoré del piso en cuanto vi las fotos en la web de la inmobiliaria. La habitación libre tenía terraza, solo con eso ya soy feliz. El casero me había dicho que estaría al menos uno de mis compañeros para abrirme la puerta, ya que todo el papeleo lo habíamos arreglado por teléfono y correo electrónico. ¡Bendita era tecnológica!

Antes de tocar el timbre, me siento en el descansillo para llamar a Laura. Ella es mi bicho favorito y yo, el suyo, incluso tenemos un tatuaje juntas de un insecto palo en el brazo. Es la persona que no había permitido que me hundiera cuando las ganas de luchar me abandonaron. Había estado al pie del cañón, día tras día, durante las semanas que me instalé en su casa antes de contárselo a mi familia.

Esos días están borrosos en mi mente, vivía como un autómata. Me obligó a comer, a ducharme, a ir a trabajar y a salir de casa en mi tiempo libre, por mucho que yo me negara. Había conseguido hacerme reír cuando me ponía a llorar y había comprado helado de chocolate cada noche para comérnoslo mientras veíamos series. Incluso había conseguido sacarme de fiesta, aunque no había terminado muy bien aquella noche.

Tras hablar con mis padres y tener su apoyo, a pesar de que solo sabían una parte muy sesgada de la historia, Laura me propuso que me quedara a vivir con ella, como en la universidad, cuando compartíamos piso, pero necesitaba tomar distancia con mi anterior vida y empezar de cero. Ella, junto a mi psicóloga Carmen, me había ayudado a empezar a unir todos los trocitos en los que me había partido con mucha paciencia y cariño.

Vuelvo de mis recuerdos y hago la llamada que tanto necesito. Mi mejor amiga responde al tercer pitido, como siempre, es una mujer de costumbres.

—Hola, bicho, ¿ya estás en Madrid? —dice con su alegría habitual.

—Sí, estoy a punto de conocer a mis compañeros de piso. ¿Es normal que esté asustada?

—Claro, siempre has sido una cagada. Todavía no entiendo cómo has sido capaz de pirarte y dejarme aquí sola —me recrimina riéndose.

—Era totalmente necesario que me fuera. Me estaba afectando demasiado y lo sabes.

—Lo sé, pero eso no quita que pueda quejarme por haberme dejado sola. —Cambia su tono y añade seria—: Tú puedes con esto, Ari. Lo más difícil ya está hecho, que era dejar a Quique.

La mención de mi ex me remueve por dentro. Los recuerdos empiezan a acudir a mi mente, pero los aparto rápidamente. Suspiro y bajo el volumen antes de continuar hablando.

—Lau, gracias por todo lo que has hecho por mí este tiempo en el que he estado tan perdida.

—Por última vez, no me las tienes que dar. Si fuera por mí te

habrías mudado a mi casa definitivamente tras estos seis meses y no a otra ciudad, pero te entiendo. Me alegro mucho de que hayas tomado esa decisión y estaré aquí para apoyarte en todo, como siempre hemos hecho. Este cambio es para mejor. Ahora entra en ese piso y empieza tu nueva vida.

—Venga, allá voy. Te escribo después para enviarte fotos de mi nueva casa.

—Cuando menos te lo esperes, estoy ahí de visita. Un beso.

Después de la conversación mis pilas están cargadas, así que toco el timbre y espero a que me abran. Lo hace una chica baja, con una melena marrón chocolate que le cae en tirabuzones hasta los hombros, delgada y con unos dulces ojos color avellana.

—Hola, ¿eres Ariadna? —dice con una voz suave y amable mientras sonríe de oreja a oreja—. El casero nos dijo que llegabas hoy.

—Sí, ¿cómo te llamas? —pregunto devolviéndole una sonrisa tímida.

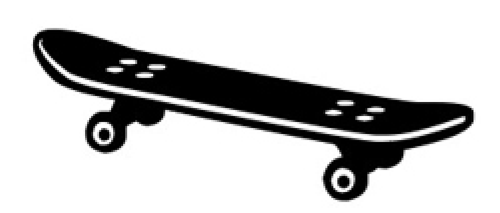
—Carlota. Ven, te enseño el piso —dice mientras empieza a hacerme un *tour* por la casa—. Tu habitación no es enorme, pero tienes una pequeña terraza que se une con la de Álex. Te lo presentaré en algún momento, es difícil pillarlo en casa.

El piso es precioso. La cocina tiene una galería con lavadora y un pequeño espacio para tender a secar la ropa limpia, el salón tiene una parte de sofás y televisión y otra de comedor, con todos los muebles en colores llamativos que encajan a la perfección unos con otros. Además, hay una puerta que abre paso a una terraza grande con dos hamacas y un velador con sillas a juego. Tengo que compartir el baño con Carlota, pero el lavabo tiene un mueble lo suficientemente grande como para guardar los artículos de aseo de ambas.

En cuanto a mi habitación, es aún más bonita de lo que parecía en las fotos. Las paredes son de color gris claro, por lo que los muebles blancos resaltan y crean un ambiente cálido, acogedor. Hay una cama de matrimonio en mitad de la habitación, que seguramente coloque en una esquina. Soy de las que duerme con el colchón pegado a la pared. También tiene una cómoda, un escritorio y un armario empotrado con puertas. Además, hay otra terraza, más pequeña que la del salón, que

conecta la habitación con la de mi compañero de piso. Es lo suficientemente grande como para meter un pequeño banco en la esquina que da a mi cuarto para leer, uno de mis pasatiempos favoritos. Tendré que acercarme a alguna tienda para comprar un par de detalles de decoración, pero quedará perfecto.

Ya tengo proyecto de hogar y no podría gustarme más.



A media tarde Carlota y yo hemos subido todos mis bártulos y hemos ido a Ikea. Se ofreció a acompañarme, lo que me pareció perfecto para no perderme por la ciudad ya el primer día.

Es una chica agradable que me hace sentir cómoda. Habla por los codos y a las dos horas ya me sabía su vida: adora vestir bien y conoce todos los entresijos de la moda, es de Santander, lleva cuatro años viviendo en Madrid y ya me ha hablado de, al menos, diez sitios a los que quiere llevarme. Le encanta la idea de enseñarme la ciudad y presentarme a sus amigos. Además, me informó de que nuestro compañero de piso trabaja como camarero con ella los fines de semana en un bar de *rock* del barrio y, según Carlota, a veces puede ser un capullo, pero es buen tío.

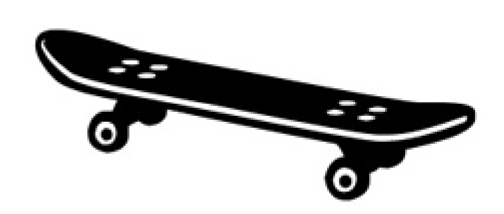
Cuando me quedo sola en el cuarto miro mis pertenencias. Solo he traído lo imprescindible, ya que mi coche no es demasiado grande. Únicamente tengo una maleta grande de ropa, otra de calzado y un par de cajas con libros. La verdad es que casi toda la ropa que tenía la cedí a Cruz Roja. Era la ropa que Quique quería que usara, pero no con la que yo me sentía cómoda.

Me pongo a desempaquetar todo con cuidado. Me gusta el orden y odio que me toquen las cosas, precepto que llevo a pies juntillas desde pequeña. El banco que he comprado con Carlota queda perfecto en mi esquina de la terraza. También hemos comprado unos cojines que van atados al respaldo para que sea más cómodo y unas bolas de luz cálida

para leer tranquila. Va a ser mi rincón de paz.

Al asomarme por la barandilla puedo ver los edificios de Madrid ya iluminados. Las vistas al atardecer tienen que ser alucinantes, espero comprobarlo muy pronto. Vivimos en un barrio céntrico y con mucho ambiente cerca de la zona universitaria.

Miro el resto de la terraza y me sorprende encontrarme con un montón de plantas muy bien cuidadas y bonitas en el otro extremo. Supongo que a mi nuevo compañero le gusta la jardinería.



Después de cenar me doy una ducha caliente y más larga de lo habitual. Salgo al pasillo en toalla y escucho ruidos en la habitación de Álex. Quiero presentarme y ponerle cara, pero nadie sale al pasillo, así que sigo mi camino.

Al llegar a mi cuarto coloco en la pared el espejo grande de cuerpo entero que me he comprado esta tarde. Yo quería hacerme con uno pequeño, pero Carlota ha insistido en que ese era mejor y que así podríamos vernos enteras antes de salir de fiesta juntas con tal ilusión que no he podido negarme.

Hace una eternidad que no me miro detenidamente en el espejo. Me quedo quieta observando a la extraña que me devuelve la mirada con tristeza mientras una sensación de familiaridad recorre mi cuerpo.

Ahí está lo que queda de mí: una chica de metro setenta con marcas malva debajo de los ojos por las noches de insomnio, ojos verdes, pelo rubio anaranjado largo y liso, pecas en la nariz y mofletes, cara demacrada y pálida. Dejo caer la toalla y observo mi cuerpo. Nunca me ha gustado mirarme desnuda en el espejo, no me siento cómoda con la desnudez en general. He adelgazado demasiado, solamente mis pechos siguen con su tamaño habitual; el resto del cuerpo ha perdido bastante volumen. Necesito engordar, por lo

menos, cinco kilos. Me fijo en las sombras de mi cuerpo y en aquellas zonas donde recuerdo cicatrices que se esconden bajo la piel. Dejo de mirarme cuando noto las mejillas húmedas. Suspiro y me pongo un pijama antes de meterme en la cama y caer rendida de cansancio.

Capítulo 2
EMPEZAR DE CERO
Ari

A pesar de que me he despertado varias veces por el sonido del tráfico, he dormido placenteramente y no me cuesta nada levantarme pronto. Mi idea es empezar el día buscando trabajo y conocer un poco la ciudad.

Recojo mi habitación y busco un lápiz para hacerme un moño con él. Desde que me enseñaron la técnica, es mi peinado mañanero por excelencia. Cuando termino, pongo una cápsula en la cafetera y me sirvo una taza de rico café. Mientras me la bebo, voy encendiendo el ordenador y me meto en el portal de empleo para seguir mandando currículums. Llevo ya un par de semanas, mientras buscaba piso y empaquetaba mis cosas, echándolos en ofertas de empleo en Madrid, pero de momento no me han llamado de ninguna empresa.

Veo una oferta que me llama la atención: redactora en una revista sobre Historia. Piden ser licenciado o graduado en Historia, certificado de B2 de inglés u otro idioma y nivel alto de paquete Office y Photoshop. Indican que les urge cubrir el puesto, así que no dudo en aplicar. La acaban de publicar y no se ha apuntado demasiada gente por ahora. Por lo que he leído en foros, hay más posibilidades de que te llamen si eres de los primeros en apuntarte. Ojalá se cumpla esa teoría. Pero como hacerse ilusiones no llena la nevera, echo un par de currículums en tiendas, para poder ir tirando sin que bajen demasiado mis ahorros.

A media mañana me pongo ropa cómoda. Es decir, los vaqueros flojos que tanto había echado de menos, una sudadera y mis Nike favoritas. No me gusta maquillarme todos los días, así que me dejo el moño, conecto mis cascos grandes al móvil y salgo de casa con la música a todo volumen.

Decido acercarme en metro al centro. He reservado bastante dinero para comprarme ropa con la que sentirme más a gusto conmigo misma.

Después de pasear por el centro, visitar los sitios más emblemáticos y comprarme un chándal nuevo, encuentro una tienda de ropa de estilo urbano cerca de casa. Amor a primera vista. Entro y me recibe una chica guapísima y con mucho rollo. Es mulata, tiene el pelo afro y una de las caras más preciosas que he visto en mucho tiempo. Me

explica con una sonrisa que, en esa planta, tienen las gorras y las deportivas y que, en la primera planta, encontraré la ropa.

En cuanto veo al dependiente de arriba pienso si en este sitio solo contratan a gente guapa. El chico en cuestión lleva unos vaqueros que le cuelgan de las caderas estrechas, camiseta gris ancha, gorra hacia atrás, Vans, dilataciones y el brazo lleno de tinta. La cara es perfecta: mandíbula marcada, ojos marrones y labios carnosos. Vamos, que si me dicen que es modelo me lo creo.

Miro mi reflejo en un espejo y, automáticamente, me doy una colleja mental por pensar que así no puedo gustarle a nadie. Si no le gusto a un tío tal y como soy al natural, mejor pasar al siguiente.

—¿Te puedo ayudar en algo? —me pregunta con una sonrisa de lado.

¡Genial! Se ha dado cuenta de que le he dado un repaso completo. Noto que empiezo a tener calor y me pongo roja como un tomate. Tener la piel clara es horrible para disimular estas cosas. Pero a la vergüenza le gana lo mucho que me aborrecen los tíos tan pagados de sí mismos, así que decido cortarle.

—No, gracias, solo estoy mirando —contesto borde dándole la espalda para mirar camisetas.

Lo escucho contener la risa y veo por el rabillo del ojo como se acerca a otra clienta después de escanearme de arriba abajo.

Me pruebo bastante ropa y tengo que pedir varias tallas al dependiente, que no deja de sonreír con burla cada vez que le hablo. Cuando salgo del probador, con una camiseta de Kaotiko negra para pedir una talla más, se acerca para explicarme que las mangas quedan mejor dobladas y se toma la confianza de doblar las mías. Su roce me pone la piel de gallina e instintivamente me aparto mirándolo seria.

—¿Te pongo nerviosa? —me pregunta con una sonrisa que intenta ser inocente, pero que, en realidad, es todo provocación.

—No, simplemente no me gusta que me toquen —le aclaro.

—Perdona, no era mi intención hacerte sentir incómoda —responde contrariado.

—No pasa nada, no lo sabías. Gracias por los consejos.

—Ahora te traigo lo que necesitas.

Entro de nuevo en el probador con la talla L. Me queda más floja y me gusta más. Salgo con lo que ya tenía seleccionado y le doy las gracias antes de cambiar de planta. Una vez abajo, como no podía ser de otro modo, me pruebo unas Vans Sk8-Hi, que añado a todo lo que he decidido comprar.

—Estoy pensando que este bolso te quedaría genial con esas deportivas y con la sudadera que llevas en el montón.

Levanto la vista y la chica que me ha dado la bienvenida a la tienda me enseña un bolso negro de Carhartt. Es amplio, con las asas anchas y cremallera.

—Me encanta. Me lo llevo también, muchas gracias —contesto devolviéndole la sonrisa.

—A ti, que te llevas media tienda. —Se ríe de una forma tan relajada que es contagiosa.

—Necesitaba renovar urgentemente mi armario. Seguramente mis ahorros piensen que me he vuelto loca.

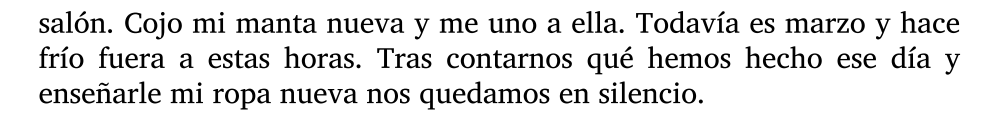
—Dile a Hugo, el chico de la caja, que te haga un descuento de mi parte —añade guiñándome un ojo antes de atender a otro cliente que está esperando.

No me atrevo a decirle lo del descuento al chico, que no conozco de nada, pero me lo hace de todos modos al ver todo lo que me llevo.

Con menos dinero, pero muy contenta con mis compras, salgo de la tienda. Empiezo a enamorarme del anonimato de la ciudad, de pasear sin que te paren cada diez pasos, de que cada uno vaya a lo suyo sin opinar sobre la ropa que llevas y sin fijarse en si vas o no peinada o en lo delgada que estás.

Vuelvo a casa después de comer en una terraza y parar en un par de tiendas más. Compro una manta gorda para mi banco y algún detalle más para la habitación.

Al llegar me espera Carlota con un par de cervezas en la terraza del


salón. Cojo mi manta nueva y me uno a ella. Todavía es marzo y hace frío fuera a estas horas. Tras contarnos qué hemos hecho ese día y enseñarle mi ropa nueva nos quedamos en silencio.

—¿En qué piensas? —Rompe mis pensamientos.

—En lo cómodo que me resulta estar contigo. No me juzgas ni me tratas como si fuera a romperme.

—¿Y por qué iba a tratarte así? —pregunta con extrañeza.

—No lo sé. —Río sin ganas esquivando su pregunta—. Pero es fácil estar juntas. Me siento bien contigo.

—Yo también. Tenía mucho miedo de que fueras una imbécil. El chico que ocupaba antes tu habitación era un impresentable que se pasaba el día fumando maría, no limpiaba, cogía nuestra comida del frigorífico y encima pagaba tarde todos los meses —me explica exasperada poniendo los ojos en blanco.

—¡Qué impresentable! Me lo ha puesto muy fácil entonces. ¿Brindamos por los capullos que perdemos de vista? —propongo divertida.

—Entonces tendremos mucho por lo que brindar. —Alza la cabeza para dar un sorbo a su cerveza y pregunta con curiosidad —: ¿Algún capullo en particular?

—Pues sí, mi ex. Cuando alguien que supuestamente te quiere te obliga a renunciar a demasiadas cosas y no te trata como debería se convierte en alguien que es mejor tener muy lejos. —Suspiro con ojos llorosos mientras Carlota me mira triste y, para mi asombro, simplemente se levanta y me abraza.

Es un abrazo de esos que reconfortan y que dicen «todo va a salir bien». Y, así de fácil, las lágrimas que iban a empezar a salir desaparecen.

Cambiamos de tema y me empieza a hablar de su grupo de amigos, del que forma parte Álex. Nos interrumpe el sonido de mi móvil. Es un número fijo de Madrid que no conozco y no puedo evitar ponerme nerviosa.

—¿Ariadna Varela? —pregunta por mí una chica en tono

serio.

—Sí, soy yo.

—Buenas tardes, soy Miriam Suárez, de la revista *Épocas*. Hemos recibido tu currículum para el proceso de selección que tenemos abierto y nos ha parecido muy interesante. ¿Tendrías disponibilidad para venir a las oficinas a una entrevista mañana a las cuatro?

—Sí, claro, sin problema.

—Fenomenal. Te envío nuestra dirección al correo electrónico que figura en el currículum. Pregunta por mí en recepción al llegar.

—Perfecto, muchas gracias. —Cuelgo mientras miro a Carlota sonriendo—. ¡Mi primera entrevista de trabajo en Madrid!

—¡Qué guay! Esto se merece otro brindis por ti —me dice alzando su cerveza.

Después de cenar y ver juntas en mi habitación el primer capítulo de *Shameless*, Carlota se va a dormir porque mañana trabaja. No sé cómo lo hace, pero trabaja de camarera en la cantina de un instituto en el turno de mañana, por las tardes da, en el salón de casa, clases de inglés varios días a la semana, ya que su padre es inglés y, gracias a eso, ella, bilingüe y, además, los fines de semana trabaja en un bar del barrio, al cual me ha invitado a ir con sus amigos. El viernes me los va a presentar, pues van a hacer en casa la primera barbacoa del año con la excusa de mi bienvenida.

Como me quedo sola, decido que es el momento perfecto para estrenar mi banco. Saco el *e-book* que me regaló Laura antes de cambiarme de ciudad para que mantuviera la cabeza ocupada. Después de mirar libros que tuvieran poco romance, me decanto por *Entrevista con el vampiro* de Anne Rice. Sangre y vampiros sádicos puede ser un buen comienzo.

Pierdo la noción del tiempo hasta que se enciende la luz en la habitación de Álex. Todavía no le he puesto cara. Espero conocerlo al día siguiente en la cena, o tal vez puedo presentarme en este momento, pero no tengo ni tiempo para dudar, ya que veo cómo se apaga la luz de su habitación y escucho la puerta de la calle.

Un par de horas después y con medio libro leído, decido calentarme un vaso de leche y meterme en la cama. Ha sido un día largo, pero me siento animada.

Hoy he dado varios pasitos en la lista que había hecho con Laura. La repaso mentalmente y pongo una cruz en varias de las filas: buscar trabajo, comprarme ropa que me guste de verdad, conocer la ciudad, empezar a hacer amigos y estrenar su regalo. Voy por buen camino.

Le mando un mensaje a Laura para informarla de mis avances y ella me responde con un *gif* de una niña bailando encima de un sofá como si no existiera el mañana. Me acomodo en la cama riéndome. Ella siempre tiene ese efecto.

Después de dejar el móvil sobre la mesita de noche, abrazo fuerte la almohada y cierro los ojos con una sonrisa enorme en la cara.

Capítulo 3
MI EGO INTACTO
Álex

¡Mierda! Me he quedado dormido, voy a llegar tarde a trabajar. Me ducho, me visto rápido y corro hacia la cocina. Allí está Carlota colocando los imanes con letras que tenemos en la nevera. Me acerco a ella y leo «Álex, baja la puta basura. Hoy». Me río mientras me sirvo una taza de café solo.

—Vaya, ¡llegas justo a tiempo! —Me mira con los brazos en jarras—. Esta cocina apesta, te tocaba bajar la basura hace dos días.

—Esta noche la bajo, se me olvidó —contesto poniendo cara de niño bueno.

—No me pongas tu cara de mojabragas. Ya sabes que soy inmune a ella. Como esta noche cuando cene, la basura siga aquí y la tenga que bajar yo, vas a estar fregando mis platos un mes —amenaza e intento no reírme—. ¿Has conocido a Ari?

—¿A quién? —pregunto levantando una ceja.

—¿En serio? A Ariadna, nuestra nueva compañera de piso que llegó hace dos días —me dice exasperada y pone los ojos en blanco, un gesto que hace unas veinte veces al día—. Llevo una semana recordándotelo.

—Escuché ruido ayer en su habitación, pero no la he visto. Ya la conoceré —le respondo, y le doy un beso en la cabeza—. Me voy que llego tarde.

—Hoy bajas la basura. ¡Lo digo en serio, Alejandro!

—Vaaaale —le digo cogiendo mi cazadora de la entrada.

Salgo corriendo de casa y me dirijo al metro. La tienda en la que trabajo está solo a dos paradas, suelo ir andando, pero hoy voy muy justo de tiempo.

Llego cuando Sara ya está levantando la verja y se ríe al verme llegar apurado. Sara es una de las personas más alegres que conozco, siempre tiene una sonrisa para todo el mundo y una alegría

contagiosa. Al entrar en la sala de empleados, me fijo en que tiene los ojos hinchados. Seguramente sea por culpa de su novio, por el que llora más de lo que debería. Ese gilipollas no quiere novia, simplemente quiere a alguien con quien echar un polvo cuando le apetezca. No hay forma de que ella lo entienda.

—¿Qué ha pasado? ¿Has vuelto a discutir con Salva? —le pregunto tanteando.

—Sí. No deja de decir que soy una pesada y que le agobio. ¡Tócate las narices! Si nunca hacemos nada juntos. Dormimos y follamos, poco más —exclama alzando los brazos al aire con frustración.

—Sara, te lo he dicho más de una vez, solo está contigo porque estás buena y se lo aguantas todo, pero ese tío no quiere una relación seria.

—No sé, Álex. Cuando quiere puede ser muy cariñoso y atento…

—¿Pero? —pregunto al ver que no acaba la frase.

—Eso solo ocurre cuando ya la ha cagado tanto que me paso dos días sin hablarle —Noto cómo se le empiezan a empañar los ojos.

—Tú sabrás, pero yo no perdería el tiempo con alguien así —le digo abrazándola.

Justo en ese momento entra Hugo, nuestro compañero, sonriendo, pero le cambia la cara cuando ve que Sara está llorando. Siempre he sospechado que le gusta, pero odio meterme en la vida amorosa de los demás. Hugo es buen tío, se preocupa por ella y la consuela a pesar de que se nota que no está del todo cómodo cuando hablamos de su novio.

—Vaya, ¿todo bien? —le pregunta preocupado.

—Sí, todo controlado —le contesta ella con una sonrisa triste mientras se limpia las lágrimas y sale del vestuario.

—¿Qué ha pasado? —me susurra cuando se aleja Sara.

—Lo de siempre: Salva haciendo el gilipollas.

—No entiendo cómo no lo manda a la mierda de una vez —dice suspirando.

Paso por su lado negando con la cabeza y le aprieto el hombro.

—Yo tampoco lo entiendo, tío.

Me dirijo a la planta de arriba para empezar a recibir a los primeros clientes. La tienda está bien situada y entra bastante gente. Es ropa de surf, *skate* y *snowboarding* principalmente, así que va dirigida a un público concreto que ya sabe lo que quiere y lo que cuestan estas marcas. Pagan bien, tenemos descuentos y está cerca de casa, es perfecto.

La mañana pasa bastante tranquila y, cuando llegan los del turno de tarde, nos vamos Hugo, Sara y yo a una terraza cercana a picar algo de comer. Ella tiene mejor cara, pero no despega la cara del móvil y él se ha pasado todo nuestro turno mirándola de reojo. Vaya par.

—Este no piensa. ¿Quién se ha creído que es? —dice tirando el móvil sobre la mesa—. Me está diciendo que ya lo estoy agobiando por querer hablar de lo que ha pasado.

—¿Y qué ha pasado exactamente esta vez? —tanteo.

—Pues que me ha dicho que quiere espacio, que necesita salir más con sus amigos y disfrutar los fines de semana en lugar de quedarse conmigo viendo series en el sofá —nos confiesa—. Sale todos los viernes con sus amigos, el sábado es el único día que podemos estar juntos porque el domingo él trabaja y el resto de la semana por nuestros horarios apenas coincidimos.

—¿Entonces para qué quiere novia? —interviene Hugo.

—Eso me pregunto yo. No entiendo nada —dice frustrada.

—¿Por qué no te vas unos días a casa de tus padres y piensas qué quieres tú? —le propone Hugo con una sonrisa tímida.

Sara lo mira un segundo hasta que se le expande una sonrisa en la cara.

—¡Qué buena idea! Me vendrá bien airearme y desconectar de esto. Gracias, Hugo —dice sonriéndole—. Bueno qué, ¿dejamos mis dramas aparte y comemos?

Sara decide cambiar de tema y nosotros no insistimos. Por mucho que le intentemos abrir los ojos, tiene que hacerlo ella sola.

Parece que la idea cuaja y a Sara le cambia la cara. Incluso llama a sus padres y ellos están encantados, a pesar de que ella no les cuenta el motivo real de su visita. Pasamos las dos siguientes horas hablando, haciendo planes para el próximo verano y hasta compramos entradas para el festival de música del que llevamos meses hablando.

Cuando acabamos de comer decido pasarme por el gimnasio. Hago media hora de cardio corriendo en la cinta y varias series en las máquinas para hacer pierna. Siempre me han parecido lamentables los tíos que solo hacen pecho para tener brazo y abdominales, pero sus piernas son dos palos totalmente desproporcionados.

Me miro en el espejo de la sala de musculación donde voy a hacer un par de pesas. Soy un tío atractivo, ¿para qué negarlo? Mido un metro ochenta, estoy delgado y tengo buen cuerpo. No estoy demasiado musculado, pero sí tonificado. A pesar de la buena genética, voy al gimnasio varios días a la semana para mantenerme en forma. Además, tengo una cara bonita que encanta a las tías: ojos marrones, pestañas largas, mandíbula cuadrada como la de mi hermano Roberto y una sonrisa arrogante que las vuelve locas.

Dejo de observarme cuando veo una cara que me suena en el espejo. Es la rubia que ayer se apartó en la tienda cuando la ayudé a colocarse las mangas. No se ha dado cuenta de mi presencia, así que me dedico a estudiarla.

Va vestida con unos vaqueros flojos, una de las sudaderas que se compró en la tienda y unas deportivas blancas altas. Lleva el pelo recogido en un moño y la cara sin maquillar. Es atractiva sin necesidad de arreglarse. De hecho, no soy el único que se da cuenta de eso porque el tío del mostrador con el que está hablando no para de mirarla.

Veo como ella se aparta incómoda cuando él se le acerca demasiado. Recuerdo que ayer me dijo que no le gustaba que la tocaran. Así que va a ser verdad que no la estaba poniendo nerviosa

como pensaba.

Podría decir que eso daña mi ego, pero no, mi ego sigue intacto cuando me fijo en que hay una chica haciendo pesas delante de mí que no me quita el ojo de encima. Le devuelvo la sonrisa que me regala a través del espejo. Está buena, aunque demasiado maquillada para estar en un gimnasio.

Desvío la mirada de nuevo a la chica rubia del chándal con un cartel en la frente de «me la suda mi aspecto», que no puedo más que admirar, pero cuando vuelvo a mirar hacia el mostrador de la entrada ya se ha ido.

Capítulo 4
ESTO SE PONE INTERESANTE
Álex

Llego a casa después de un rato más en el gimnasio y me pongo a estudiar. En un par de meses tengo los exámenes finales del grado en Ingeniería Informática.

Me quedan dos asignaturas y el trabajo de fin de grado, ojalá pueda terminar este año. Como he compaginado la carrera con distintos trabajos, a pesar de tener 24 años, todavía no me he graduado.

Cuando llevo un par de horas estudiando me llega un mensaje de Marcos, mi mejor amigo. Seguro que quiere jaleito.

MARCOS: *¿Te apetece cenar algo y salir?*

ÁLEX: *Claro, en veinte minutos estoy en tu portal.*

MARCOS: *Perfecto, trae cerveza.*

Esta noche puedo liarme porque mañana no trabajo por la mañana. Uno de los compañeros de la tarde me pidió cambiar el turno porque tenía no sé qué rollo familiar a última hora y no podía faltar.

Me pongo unos pitillos negros, una sudadera gris y un gorro. Antes de salir de la habitación me calzo unas Vans y cojo una cazadora.

Siempre vamos a sitios donde podemos entrar sin tener que usar camisa o zapatos. Para mí la comodidad es importante. Además, se me ha dado bien ligar desde que empecé a fijarme en las tías, independientemente de la ropa que lleve o la discoteca que elijamos. Me sale natural, la mitad de las veces se me acercan ellas y apenas tengo que esforzarme.

Paso por la cocina antes de salir de casa para recoger la basura y dejarle una respuesta a Carlota en el frigorífico «Casa libre de olores». Menos mal que me he acordado, porque estoy seguro de que me habría hecho fregar sus platos durante un mes. Ese pequeño diablo tiene muy mal genio cuando se lo propone.

Hugo llega por la acera paseando tranquilamente justo cuando toco el timbre en casa de Marcos. Una vez en su piso pedimos comida japonesa y nos bebemos unas cervezas en el salón entre risas y bromas.

Me fijo en que Marcos está bastante pendiente del móvil para lo que es él, pero cuando lo puteamos sobre ello cambia de tema de inmediato. Seguramente esté intentando camelarse a alguna.

Mi mejor amigo es de esos chicos a los que les gusta estar en pareja o al menos tener rollos más serios que un polvo de una noche. Me parece bien siempre y cuando la chica en cuestión no sea como su última novia. Era una cabrona manipuladora que casi consigue separar al grupo. Él no se daba cuenta, pero cada vez quedaba menos con nosotros porque, al parecer, salíamos demasiado y solo pensábamos en follar. En mi caso, no salgo exclusivamente a ligar, pero si puedo irme acompañado de vez en cuando y echar un polvo, bienvenido sea. Por suerte, Marcos la mandó a paseo cuando la tía empezó a hablarle mal de todos y le pidió que dejara de vernos.

Tras cenar y un par de copas decidimos acercarnos a una discoteca que inauguran esa noche en nuestro barrio. Al llegar la cola no es muy larga y apenas estamos diez minutos esperando. Dentro hay buena música y nos dirigimos directamente a la barra para pedir algo de beber.

Al par de horas Marcos ya se ha ido con la excusa de que mañana trabaja. Hugo y yo estamos hablando con un pequeño grupo de chicas que se nos han acercado hace un rato.

Una de ellas se me acerca y empieza a bailar pegando su espalda en mi pecho mientras contonea las caderas de forma muy sugerente. Sabe moverse y yo me dejo camelar. Pongo una mano en su estómago mientras ella restriega su trasero contra mi polla. Un par de bailes después, se gira y me besa. Le devuelvo el beso durante un rato y le agarro el trasero. Estoy deseando quitarle la ropa.

—Vamos a pasar una buena noche —me susurra al oído al apartarse.

—Me parece bien. ¿Quieres que vayamos a mi casa? No queda lejos —propongo agarrándola de la cintura y acercándola de nuevo a mi boca.

—Perfecto —confirma cuando nos separamos.

Hugo sale solo de la discoteca con nosotros, como siempre, y se despide. Mi casa está a unos veinte minutos, así que tardamos poco en llegar. En el ascensor empezamos a magrearnos y, al abrir la puerta, voy directo al salón, que está más cerca de la entrada. Nos sentamos en el sofá y empezamos a besarnos. Estoy deseando follármela después del baile de antes.

Cuando me quiero dar cuenta se ha puesto a horcajadas sobre mí, nuestras camisetas han volado y nos devoramos con ganas. Mis manos se mueven solas colándose una por debajo de su falda y otra tocando su pecho por encima del sujetador. Sus tetas lo desbordan y empiezo a besar su escote. Está muy buena y yo, muy cachondo.

Estoy tan concentrado que apenas escucho ruidos en la cocina. Supongo que, aunque todavía es pronto, una de mis compañeras de piso estará desayunando. Me olvido de los ruidos en cuanto la tía que tengo encima profundiza el beso.

A los pocos minutos, siento que me observan y levanto la vista. Una desconocida, Ariadna supongo, se acaba de quedar petrificada en la puerta del salón con un café en la mano y un portátil bajo el brazo.

Inclino la cabeza para fijarme más en ella porque su cara me suena. Es la rubia que he visto esta tarde en el gimnasio. La misma que ahora está plantada delante de nosotros mirándome de arriba abajo hipnotizada. Veo como sus ojos recorren mi torso desnudo y se pierden en mis tatuajes. No deja de observarme. Le gusta lo que ve y a mí me excita cómo me está mirando. Me mira igual que me miró ayer en la tienda, fascinada.

Aprovecho que mi acompañante está ocupada besándome el cuello y que no se ha dado cuenta de que hay alguien observándonos en el salón para estudiar mejor a mi compañera de piso.

No es tan rubia como pensaba, sino que tiene tonos anaranjados aquí y allá y el pelo más largo de lo que parecía. Tiene unos ojos verdes muy expresivos y unos labios carnosos que incitan a morderlos. Lleva puesto un pijama bastante ridículo de dibujos y calcetines de colores.

Pasan varios segundos sin que ella aparte la vista ni se mueva, así que me aclaro la garganta, que se me ha secado con su repaso.

Empieza a incomodarme el escrutinio que me está haciendo.

Ambas me miran y suceden varias cosas a la vez. La chica que está conmigo, Isabel creo que se llama, se da cuenta de que hay una tercera persona en la habitación, pero en lugar de apartarse y sentarse a mi lado, me abraza el cuello con posesividad y mira molesta a mi compañera de piso. Además, para mi sorpresa, Ariadna alza la barbilla y me mira desafiante.

Vaya, esto se pone interesante.

Capítulo 5
EL INICIO DEL CAOS
Ari

Sin palabras. Así es como estoy ahora mismo.

Apenas había amanecido cuando me he despertado. Tras leer un par de capítulos, bajo el calor de mi edredón, me levanto.

Estoy nerviosa porque hoy tengo la entrevista para la revista a las cuatro. Ojalá me salga el trabajo, pero seguiré echando currículums hasta que tenga algo seguro.

He cogido mi portátil, me he preparado un café y me he ido directa al salón para desayunar tranquila mientras miraba nuevos portales de empleo. Pero cuando he llegado me he quedado flipando con el espectáculo que me he encontrado en el sofá. Y aquí sigo, plantada en la puerta del salón.

Hay una pareja retozando. Sí, literalmente están restregándose uno contra el otro en el sofá como si no hubiera mañana. La chica, muy guapa, por cierto, solo lleva una falda subida hasta la barriga, un tanga de encaje y un sujetador a juego. Me imagino que su blusa estará tirada en algún rincón. El chico, supongo que mi hasta ahora desaparecido compañero de piso, está en vaqueros y sin camiseta. Está sentado y ella está encima con una pierna a cada lado.

La cabeza de Álex, si es que es él, está enterrada en el escote de la chica y ninguno de los dos parece haberse dado cuenta de mi presencia.

Mis ojos recorren los tatuajes que cubren los brazos del chico. Me pierdo entre las líneas de tinta, intentando encontrar formas o descubrir qué pueden significar, si es que tienen algún significado. Tal vez solo sean tatuajes al azar enlazados de una forma bonita.

Un carraspeo me saca de mi concentración. Levanto la vista y me encuentro a ambos mirándome. Ella lo agarra como si fuera a robárselo y él me mira demasiado pagado de sí mismo. Lo miro desafiante, esperando que me explique la escenita que me he encontrado.

—¿Te piras o quieres unirte? —me reta con chulería.

Perfecto, seguramente me haya cazado mirando su torso. Para qué engañarme, siempre me han gustado mucho los tatuajes. Yo misma tengo varios. Además, tiene un cuerpo bien esculpido. Ni demasiado musculado ni demasiado delgado. Pero hace tiempo que el físico de una persona ha pasado a un segundo plano para mí. Después de Quique necesito bastante más de una persona.

Lo observo por primera vez, ahora que no está metido en el escote de la chica, y lo reconozco. Estoy segura de que es el dependiente de la tienda del centro de la que me enamoré el otro día. De la tienda, obviamente. Él me hizo sentir incómoda con las confianzas que se tomó al acercarse demasiado. No entiendo por qué la gente no respeta el espacio personal.

Me fijo en su sonrisa de suficiencia, como si pensara que porque me gustan sus tatuajes voy a mojar las bragas por una simple sonrisa demasiado estudiada. Me cabrea su actitud de sobrado y decido sacar mi parte cabrona.

—Gracias, pero no me gusta compartir —le digo con mi mejor sonrisa falsa, y añado—: Sabes que tienes una habitación para follar sin molestar a los demás, ¿no?

Le cambia la cara. Aparta a la chica de malas maneras, quedando la pobre espatarrada en el sofá. Casi me da pena. Casi, pero lo sigue mirando con tanta admiración que me da bastante asco la situación.

Álex, estoy bastante convencida de que sí es mi compañero de piso, se acerca cabreado y se queda a medio metro mirándome fijamente. Pongo la cara más inocente que puedo y lo miro alzando el mentón, desafiándolo. A ver si se va a pensar que me voy a acojonar porque se acerque.

En realidad, un poco sí me intimida porque es alto, me saca prácticamente una cabeza. Tiene los ojos marrones enmarcados en unas pestañas largas que son la envidia de cualquier mujer y me está mirando fijamente con el ceño fruncido.

—Llevas menos de una semana en este piso. No eres nadie para poner normas y menos para decirme dónde puedo o no follar en mi casa.

Escupe las palabras con tanto desprecio que me empiezo a reír en su cara mientras noto cómo su cabreo aumenta por momentos.

—Por mí os podéis acostar donde os apetezca. Yo me voy a poner a hacer mis cosas en este sofá, tal y como pensaba hacer —le desafío sin perder la sonrisa.

Me siento de la forma más digna que soy capaz y abro Infojobs en mi portátil, ignorando los dos pares de ojos incrédulos que me miran en silencio.

—Así entras mal en esta casa. —Se gira hacia su acompañante y le dice—: Isabel, vámonos a mi habitación.

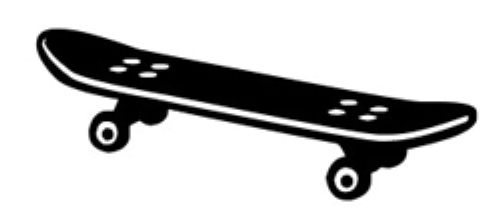
Sale del pasillo sin mirar atrás y, aparentemente, muy cabreado.

—Me llamo Inés —susurra la chica con tristeza.

El capullo ni siquiera se ha aprendido su nombre, pero ella se levanta del sofá y lo sigue por el pasillo. Cierra la puerta de la habitación de un portazo, dejando todavía más claro el mosqueo que tiene.

Se queda todo en silencio hasta que se empieza a escuchar la cama golpeando contra la pared. Ignoro el ruido y sigo a lo mío.

Después de ponerme unos cascos, cansada de escuchar gemidos, veo que el curso de fotografía que llevaba meses queriendo hacer está rebajado, así que no me lo pienso dos veces y lo compro. En cuanto acabo de pagar, escucho pasos en el pasillo. Es la chica de antes. Murmura una breve despedida y se va cabreada.



A media mañana me ducho y me arreglo para la entrevista. Me maquillo muy sutilmente y me dejo el pelo suelto. En cuanto a la ropa, elijo un pantalón pitillo negro con un jersey básico de hilo gris y mis Vans totalmente negras, suela incluida. Me miro en el espejo y me doy

un aprobado mental.

Salgo de casa con tiempo suficiente para dar un paseo por la zona donde se encuentra la sede de la revista y entro en una sala de exposición de fotografías en blanco y negro sobre la Primera Guerra Mundial.

La exposición es impresionante y, tras comer en un bar cercano, me dirijo a la entrevista. Tras dar mi nombre en recepción me siento en el sofá que me ha indicado la chica del mostrador. Me dedico a observar la oficina mientras espero. Es amplia, luminosa y la gente parece relajada. Me tranquiliza lo que veo y siento menos nervios que cuando he entrado por la puerta.

Cuando apenas llevo diez minutos sentada se acerca una mujer alta, de unos cuarenta años, elegante y con el pelo largo peinado en tirabuzones. Me sonríe al acercarse y extiende una mano en mi dirección.

—¿Ariadna? —Asiento con la cabeza y continúa—: Buenas tardes, gracias por venir. Mi nombre es Miriam Suárez, soy la responsable del equipo en el que tenemos la vacante. Por favor, acompáñame a la sala de reuniones.

Caminamos hasta una sala de reuniones con una mesa grande y diez sillas alrededor. Además, tiene un proyector con un ordenador y una estantería con distintas revistas. Las paredes están llenas de portadas enmarcadas de distintas épocas. Me encanta lo que veo, es una revista con mucho bagaje.

—Bien, si estás lista empezamos.

—Cuando quieras. He traído un currículum en papel, por si lo necesitas. —Se lo extiendo por encima de la mesa con timidez.

—Perfecto. Lo vi en el ordenador, pero no lo tenía impreso —me agradece con una sonrisa—. Por lo que veo, has estudiado Historia y estabas trabajando en una fundación de arte. ¿Por qué decidiste dejarlo?

—Quería cambiar de aires. Estaba deseando trabajar en una empresa en la que pueda crecer pero, sobre todo, aprender y desarrollar mi carrera —contesto convencida.

—Veo que tienes cursos de Photoshop y escritura creativa. ¿Alguna vez has redactado textos?

—Sí, en la universidad gestionaba un blog con otros compañeros sobre historia contemporánea. Aquí tengo algunas de las publicaciones que hice —le digo extendiéndole un par de folios.

—Veo potencial y, sobre todo, interés por lo que escribes —dice tras leer por encima un par de hojas.

—Me gusta mucho la historia en general. Soy muy curiosa y me encanta leer.

—¿Cómo llevas los idiomas? Aquí indicas que tienes un nivel C1 de inglés.

—Estuve un verano estudiando en Inglaterra, en Bristol concretamente. Fue un curso intensivo de dos meses con seis horas de clases diarias de lunes a viernes. Al volver me saqué el título. Estos años he seguido practicando, ya que en la fundación daba visitas guiadas en inglés cuando venían grupos de extranjeros.

—Genial, esto es todo por mi parte. Si resultaras elegida, ¿podrías empezar a trabajar la semana que viene? Nos urge cubrir la posición.

—Sí, no habría problema.

—Perfecto, ¿tienes alguna duda?

—No, estaba todo perfectamente explicado en la oferta.

—Pues, en principio, el lunes tendrás noticias nuestras. Tanto si sales elegida como si no, te avisaríamos.

Salimos de la sala y nos dirigimos a la puerta. Al llegar me vuelve a estrechar la mano.

—Ha sido un placer conocerte, Ariadna. Espero que nos veamos pronto.

Piso la acera con muy buena sensación. Me ha encantado la oficina y me ha encantado Miriam. Además, creo que he bordado la entrevista. Ahora solo me queda esperar a que la respuesta del lunes sea positiva.

Decido ir a mi nuevo barrio andando. Son todavía las cinco y me queda toda la tarde por delante.

Ayer, tras salir a dar un paseo por el barrio, encontré un gimnasio cerca de casa y me apunté. Quiero empezar hoy para descargar los nervios que me han acompañado todo el día, así que paso por casa para cambiarme y coger una bolsa de deporte. Meto lo necesario para ducharme allí y ropa para cambiarme al salir.

Al llegar descubro que la piscina tiene bastantes carriles, por lo que voy a poder nadar tranquila. Sonrío contenta antes de zambullirme en el agua.

Capítulo 6
MI NUEVA VIDA
Ari

¡Mierda! Me había olvidado de la barbacoa.

Después de dos horas de piscina vuelvo a casa agotada y deseando coger la cama, pero al llegar me encuentro con un montón de personas desconocidas en el salón y a Carlota subida a unos botines de tacón de infarto. Está realmente guapa con un vestido negro que resalta todas sus curvas.

Da un pequeño grito de alegría al verme entrar y, de repente, tengo demasiados pares de ojos mirándome fijamente cuando me acuerdo de las pintas que llevo. Además de mi nuevo chándal ancho, llevo unas deportivas altas y el pelo mojado sin peinar. Ni siquiera me lo he desenredado al salir de la ducha del gimnasio. Me he puesto un gorro y a correr. ¡Tierra trágame!

—Ari, tienes que darme tu número, así te habría recordado que hoy venía la pandilla a cenar y que vamos a salir todos. Tú incluida. —Me señala con el dedo y, cuando empiezo a buscar una buena excusa, continúa hablando—: Y no acepto un no por respuesta. ¡Es viernes y es tu fiesta de bienvenida!

No me da tiempo a asimilar nada ni a presentarme a sus amigos, ya que Carlota me arrastra del brazo a mi habitación para cambiarme. Después de media hora y varios debates internos sobre qué ropa voy a ponerme, estoy lista.

Ella pretende que me plante unos taconazos negros con demasiada altura y un vestido que deja muy poco a la imaginación, pero acabo ganando y poniéndome unos vaqueros negros, una camiseta con algo de escote y unas Vans. La pobre se contenta pensando que ha ganado la batalla al conseguir maquillarme a su manera y alisándome el pelo. Está segura de que poco a poco conseguirá calzarme unos tacones para salir de fiesta. ¡Suerte con ello!

Al volver al salón me siento como el nuevo perro que llega a una familia y al que todos le hacen caso. Uno a uno, Carlota me va presentando a sus amigos.

Me cuesta coger confianza con la gente al principio, así que me sale la vena tímida sin poder evitarlo. Con Carlota es con la única

persona con la que siento que he conectado sin apenas conocernos.

Casi todos parecen agradables, menos Lucía, que me mira de reojo de vez en cuando desde el otro sofá. En cambio, Raúl y Marcos se presentan mucho más animados. Reconozco a Hugo, uno de los dependientes de la tienda de ropa, que parece tan cohibido como yo. La otra dependienta de la tienda, que se llama Sara, también es del grupo. Es la mejor amiga de Álex, pero está en su pueblo este fin de semana.

Carlota, ignorando la escena de esta mañana entre Álex y yo, nos presenta sonriente.

—Y este es Álex, nuestro compañero de piso.

—Encantada, me llamo Ariadna —le dedico mi sonrisa más falsa mientras le extiendo una mano.

—Un placer. Mientras no te metas en mi vida nos llevaremos bien —contesta apretándome la mano un poco más fuerte de lo que debería.

—¡Alejandro! No seas borde, Ari solo lleva un par de días en Madrid. Tenemos que enseñarle la fiesta y todos los planes geniales que se pueden hacer.

—No soy su niñera, para eso te tiene a ti que parece que te hace ilusión. A mí no me metáis en vuestras movidas.

Se cambia de sofá dejando a Carlota boquiabierta. La pobre no sabe a qué viene su hostilidad y yo me río porque su actitud de niño me hace gracia. Al escucharme reír me mira apretando la mandíbula tanto que temo que se rompa una muela. Me fijo en él en cuanto aparta la mirada. Lleva unos pantalones cargo, una sudadera de cremallera y una cazadora bomber. Va entero de negro menos unas Nike blancas que destacan en sus pies.

Aprovecho que se ha cambiado de sitio para contarle a mi compañera de piso lo que ha pasado esta mañana. Ella se parte el culo y aplaude que le haya plantado cara. Dice que está demasiado acostumbrado a que las chicas le bailen el agua constantemente y añade que es muy de Álex magrearse con tías en el salón. Nos quedamos mirando el sofá sobre el que estamos sentadas y nos levantamos riéndonos juntas y poniendo cara de asco.

Bebo más de lo que he bebido en los últimos años, pero me siento feliz, liberada. Cuando estamos todos bastante perjudicados decidimos bajar al bar en el que trabajan Álex y Carlota. Ellos apenas han bebido, ya que entran en media hora a trabajar.

El sitio en cuestión se llama Trueno y, lo mejor, según Carlota, es que solo ponen temazos de *rock*. Soy más de rap, pero un poco de *rock* para estar de fiesta me sirve.

Con las copas de más hasta Raúl me empieza a parecer guapo. Es alto, pelo cobrizo, ojos marrones claro, pecas y barba de tres días. Hemos hablado un poco en el piso y es el gracioso del grupo, el que siempre está haciendo bromas. Tiene un defecto muy grande y es que fuma demasiado, siempre que me fijo en él tiene un pitillo en la boca.

De camino al *pub* Carlota y yo vamos intercambiando impresiones de sus amigos. Me advierte de que tenga cuidado con Lucía, no le gustan las chicas que están cerca de nuestro compañero de piso. De hecho, apenas me ha dirigido la palabra en toda la noche.

En cuanto a los chicos, de Hugo me dice que es muy tímido y que con la que mejor se lleva es con Lucía, porque iban juntos al mismo instituto. De Marcos solo me dice que le parece guapo y, por las miradas que él le echa, diría que es recíproco, pero decido no comentar nada por el momento. En cuanto a Raúl, me chiva que está soltero y, según alguna amiga común fuera del grupo, folla bien. Yo me echo a reír con ganas porque no entiendo a qué viene darme ese dato.

En ese momento Álex, que va delante de nosotras, con parte del grupo, se gira frunciendo el ceño y yo, en mi pedo feliz, decido hacerle un corte de manga y lanzarle un beso. Él alza las cejas y sigue caminando. Me paso el resto del camino estudiando su trasero y los pantalones cargo negros que lleva. Tengo que reconocer que, por muy capullo que me parezca, esos pantalones le hacen buen culo.

Llevamos un par de horas en el local y hace demasiado tiempo que no me siento tan desinhibida de fiesta. En mi pueblo tenía miedo a cruzarme con Quique y que la liara. Las pocas veces que salía sin él no estaba tranquila. Tenía la vista siempre en la puerta de la discoteca de turno por si entraba y me montaba un pollo por cualquier cosa o decidía que ya se había acabado la fiesta.

Es la primera vez en años que disfruto en un bar escuchando música y bailando. La primera vez en tres años que mi mente está tranquila y relajada, que pasarlo bien es lo único que importa.

Al cuarto chupito, soy incapaz de contener la risa y me río por todo bailando como una loca en mitad de la pista. Lucía se ha mostrado un poco más sociable desde que Álex y Carlota se han metido tras las barras. Al menos hasta que se acerca un grupo a hablarnos y toma las riendas de la conversación mientras yo me quedo hablando con los chicos.

Lucía y Raúl se van a casa y Hugo está hablando con un conocido, así que me dirijo a la barra para comprar una botella de agua cuando un chico se me acerca y empieza a hablar conmigo. Es mono, así que me dejo llevar y bailo con él un rato.

Tras un par de canciones, en las que bailamos un poco alejados, decido acercarme un poco más a él. En todo momento ha respetado que no me mostrara demasiado receptiva a que me tocara desde el principio y eso me ha gustado. Enlazo los brazos tras su nuca y empezamos a bailar cada vez más pegados, hasta que nuestras bocas prácticamente están juntas.

Mi primera reacción, cuando intenta darme un beso, es apartarme presa del pánico. Entonces me doy cuenta de que puedo hacer lo que quiera porque no tengo que rendirle cuentas a nadie, y respondo al beso.

Santi, el chico en cuestión, besa suave y me gusta la ternura con la que se rozan nuestros labios. El beso va subiendo de intensidad poco a poco. Me aprieta a él poniendo su mano en mi espalda, subiéndola y bajándola con cuidado. El gesto me tranquiliza y me anima a seguir explorando su boca.

Hace tanto tiempo que no beso a nadie que no sea mi ex que me siento extraña, como si estuviera haciendo algo malo, pero Santi es tan agradable y me lo estoy pasando tan bien que consigo quitarme esa idea de la cabeza. Paso el resto de la noche bailando entre risas y besos.

—¿Te acompaño a casa? —me pregunta mientras deposita un tímido beso en mi cuello cuando encienden las luces del bar y el portero nos indica que tenemos que salir.

—Lo siento, me voy con mis compañeros de piso. Están esperándome —me disculpo.

Por mucho que esté empezando una vida nueva, no me veo capacitada para acostarme con un tío que conozco desde hace solo un par de horas. Por lo menos, no de momento.

—¿Puedo llamarte para tomar algo esta semana? —pregunta con una sonrisa preciosa que le marca hoyuelos a ambos lados. Es bastante mono: pelo claro, flequillo de lado, ojos azules y barba perfectamente recortada.

—Vale. Apunta mi número.

Después de grabarlo en su móvil, se acerca y me da un beso suave antes de apartarse y susurrarme al oído que se muere de ganas de volverme a ver. Se va y me deja allí plantada con una sonrisa de tonta.

Cuando me giro, está Carlota esperándome sola. Álex y el otro camarero tienen que reponer las bebidas y el resto ya se ha ido. Mi compañera de piso no para de preguntarme quién era ese chico con el que me estaba besando y por qué no dejo de sonreír.

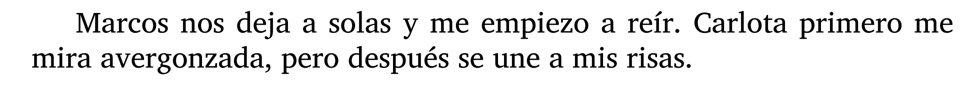
Al llegar a casa, nos desmaquillamos juntas en el baño y nos despedimos. Tras dar un par de vueltas en la cama decido levantarme a por un vaso de agua. Probablemente mañana tenga resaca, así que hidratarme me va a venir bien.

Cuando salgo al pasillo me llevo un buen susto al ver a Carlota y a Marcos, de la mano, en mitad del pasillo. Mi mirada se dirige hacia ella levantando las cejas y con una risa contenida, invitándola a que me explique la situación. Ambos me miran como un cervatillo a los focos de un coche.

—Vale… ¡Esto sí es lo que parece! —exclama resuelta Carlota en cuanto reacciona.

—La verdad, no había mucho margen de error. ¿Por qué estáis a oscuras y vais de puntillas? ¿Os estáis escondiendo?

—Te espero en la habitación. Descansa, Ari, encantado de conocerte de nuevo.


Marcos nos deja a solas y me empiezo a reír. Carlota primero me mira avergonzada, pero después se une a mis risas.

—Como dos adolescentes escondiéndoos por casa —señalo negando con la cabeza.

—No es tan fácil. Llevamos unas semanas liándonos, pero nadie lo sabe. Mientras esto sea solo sexo no queremos meter al resto, por si las cosas se complican.

—Tranquila, no se lo contaré a nadie. De todos modos, veo innecesario ocultárselo al resto, sois mayorcitos para hacer lo que queráis.

—Álex es el mejor amigo de Marcos y también nuestro compañero de piso. Ambos preferimos mantenerlo al margen. No sabemos cómo se lo tomaría.

—Vale, pero no estáis haciendo nada malo. —Le sonrío y añado—: Anda, vete a disfrutar, que yo me pondré música en los auriculares para no escucharos.

—Eso pienso hacer.

Se despide guiñándome un ojo y se mete en su habitación muy contenta. Una vez en la mía pienso en Santi y en lo bien que me sentía yo cuando nos estábamos besando. Me meto en la cama con una sonrisa de oreja a oreja.

Ha sido una gran noche, llena de sorpresas y diversión. Me empieza a gustar mi nueva vida.

Capítulo 7
ESTIMULANTE
Álex

Me despierto con la luz que entra por la ventana y me fijo en la chica que está abrazando mi barriga. Anoche acabé en un tugurio muy cutre con mi otro compañero del bareto, Fran, y llegué a casa acompañado. Me enfado conmigo mismo por no haberle dicho antes de quedarme dormido que se fuera. No me gusta dormir con nadie, al día siguiente la despedida es muy incómoda.

—Oye, tienes que pirarte ya de mi casa. —Le sacudo el hombro para despertarla.

—Déjame dormir un rato más y me voy.

—Te he dicho que te vayas. Cuando vuelva del baño no te quiero aquí.

Sí, a veces soy un capullo. No sé el motivo por el cual a algunas les cuesta tanto entender que, cuando digo que es un polvo de una noche, es, literalmente, un polvo de una noche. No incluye mañana ni buenos días. No me gusta complicar las cosas.

Cuando estoy meando, escucho cerrarse la puerta de la habitación. Al menos la tía se va sin montar un numerito.

Me vuelvo a tumbar en la cama y me viene a la mente nuestra nueva compañera de piso. Ayer por la mañana solo quería cargármela. ¿Quién coño se cree que es para gastar tanta chulería y sentarse en el sofá mientras me lo estoy montando con otra tía?

Tengo que reconocer que su actitud me tiene bastante impresionado, aunque tiene un carácter de mierda que me descoloca por completo. Normalmente las tías que no me conocen suelen sentirse cohibidas al principio, pero no es su caso. Ella se ha enfrentado a mí y no se ha echado para atrás en ningún momento. Es estimulante.

Estoy seguro de que Carlota está encantada con la caña que me mete Ariadna. Ella siempre me ha caído bien. La conocí en Trueno hace ya cuatro años. Ella quería irse de casa de sus padres y sabía que yo también quería mudarme, así que cuando vio el anuncio en Idealista me propuso vivir juntos. El alquiler era asequible y

quedaba en el mismo barrio que la tienda y el bar, hubiese sido una auténtica locura haberme negado. Ahora se ha convertido en algo más que una simple compañera de piso y de trabajo. Es como mi hermana pequeña, siento que tengo que protegerla de todo.

Los fines de semana no trabajo en la tienda para poder estudiar, así que me doy una ducha mientras pienso en cómo ultimar mi trabajo de fin de grado. Lo tengo casi acabado, solo me quedan un par de detalles que espero terminar este mes.

Tras un par de horas siendo responsable, miro el reloj y veo que son las dos y hasta las diez no tengo que ir a trabajar. Todavía me lo puedo tomar con calma. Me pongo un chándal y salgo a buscar algo de comer.

De camino a la cocina escucho hiphop en español. Tiene que ser mi nueva compañera de piso, ya que Carlota solo escucha *rock*. Al llegar, Ari está cantando en delantal y un moño despeinado. Me aclaro la garganta y se gira asustada.

—Perdona, pensaba que estabas durmiendo, ¿te he despertado? —pregunta nerviosa bajando el volumen de la música en su móvil y alejándose de mí.

—No, tranquila, llevo un rato estudiando. Puedes seguir cantando, por lo menos tienes buen gusto musical. —Sonríe sin mirarme pellizcándose la nariz—. ¿Cómo se llama la canción?

—*Un bolero en Berlín*. ¿Quieres saber cuál es mi frase favorita?

Noto que se relaja y se siente cómoda hablando de música, aunque sigue manteniendo las distancias.

—Sorpréndeme.

No suelo encontrar a chicas a las que les guste el rap como a mí, así que realmente tengo curiosidad por saber qué escucha.

—«No te quiero sumisa, te quiero libre. Subir esa montaña y sentir la brisa» —versa a Los Chikos del Maíz poniéndose colorada—. ¿Te gusta el rap?

—Sí, es lo que suelo escuchar.

En ese momento nos quedamos mirándonos en silencio. No estoy acostumbrado a que una tía me mire tan fijamente, como si me estuviera estudiando. Normalmente me miran con deseo, pero Ari me está evaluando y no consigo descubrir si paso o no su examen. Incluso me empiezo a poner nervioso, algo que hace mucho que no me ocurría.

—Avísame cuando acabes de cocinar, por favor —digo en un tono más borde del que pretendía.

—He hecho pasta con carne picada para los tres. —Me quedo callado observándola—. Pero si quieres hacerte otra cosa no hay problema.

—No, me gusta la pasta. Gracias.

Pongo la mesa y me siento en el sofá a esperar al son de la música. Tengo que reconocer que su gusto musical es bueno y varias de las canciones que suenan están en mi lista de reproducción.

Empieza a sonar *Dorian Gray* de Sharif, una de mis canciones favoritas, y me pierdo en su letra: «Llevo tatuajes que no están sobre la piel. Mira a veces me emborracho, prendo fuego al templo. Y huyo del amor igual que de la policía. Vivo en lo que tacho, no soy buen ejemplo, pero los míos saben que soy buena compañía. Que antes de hablar escucho, antes de morir vivo».

Cuando llevo un rato sentado en el sofá, Carlota entra en el salón con la peor cara que le he visto en mucho tiempo.

—¡Me va a estallar la cabeza, baja el volumen por favor! —grita hacia la cocina—. ¿Qué coño se ha tomado esta para estar tan animada y sin resaca?

Se desploma a mi lado y me pone las piernas encima.

—Nada, estoy contenta. Venga, sentaos que se enfría.

Ari entra con un bol hasta arriba de macarrones con carne y tomate. Vuelve a la cocina a por una bolsa de queso rallado y empieza a repartir la comida en los platos.

—Si haces esto cada día que tenga resaca, nunca querré dejar de vivir contigo —afirma Carlota totalmente seria.

Comemos tranquilamente hablando de la noche anterior. Nunca se lo reconoceré a Carlota porque sé el tiempo que gasta en arreglarse, pero Ari estaba más guapa con sus vaqueros y unas simples deportivas. Me gusta su rollo a la hora de vestir, sin importarle estar más o menos sexi. Veo que sigue el mismo precepto que yo: comodidad ante todo.

Todavía no sé si tiene o no buen cuerpo, pero intuyo unas buenas tetas que probablemente cojan a la perfección en mi mano. ¿Pero qué coño? Tengo que dejar de pensar en cómo serán las tetas de mi compañera de piso si quiero levantarme de la mesa sin una tienda de campaña en el chándal.

Después de comer nos sentamos en los sofás y empezamos a hablar de Trueno y de cómo acabamos los dos trabajando allí. Mientras ellas hablan del grupo de amigos, me fijo en Ari, en cómo sus ojos verdes siempre observan todo con mucha atención, intentando memorizar lo que pasa a su alrededor.

En el *pub* no paraba de reírse y de bailar, sonreía como si hiciera años que no se sintiera tan relajada. Era hipnótico mirarla y había más de uno a su alrededor al que le pasaba lo mismo.

Al acabar de comer, Carlota y yo recogemos la cocina, mientras Ari se va nerviosa a su habitación, tras recibir un mensaje en el móvil.

Decidimos ver una película antes de ponerme a estudiar. Tenemos el pacto de no comentar nada mientras vemos películas, ya que a Carlota le molesta, así que cuando termina es ella la que decide romper el silencio.

—Es maja, me cae bien. —Sé perfectamente de quién habla—. Me contó vuestro encontronazo de ayer. Intenta llevarte bien con ella, creo que podríamos ser buenas amigas. Por favor, Álex.

—No me pongas ojitos, prometo intentarlo. Al menos tiene más personalidad que muchas.

Suspiro recordando la noche en la que cometí el error de tirarme a Lucía. La tuve semanas detrás, y eso que le había dicho que nunca repetía, pero ella pensaba que iba a cambiar de opinión en algún momento. Puede que incluso todavía lo piense.

—Bueno, a esta no te la tires y así, al menos, habrá paz en el piso.

Me mira frunciendo el ceño con una mirada amenazante que a mí me hace gracia, así que empiezo a reírme.

—Hablo en serio, Alejandro.

—Tranquila, no es mi tipo. Demasiado desagradable.

—No, claro. Tu tipo son con tetas grandes, vacías de cabeza y que pierdan las bragas por ti, ¿no? —suelta riéndose mientras me tira un cojín.

—¡Qué bien me conoces, enana! —respondo cuando empieza a sonar su móvil.

—Mmm hola… Sí… Vale… Una hora… Perfecto… Adiós.

—¿Con quién has quedado? Preséntamelo —pregunto con intriga.

—He quedado con un amigo y no, no te lo voy a presentar. Aprendí la lección con el último. Gracias —exclama poniendo los ojos en blanco.

—Que se ande con ojo y también lo digo en serio. ¿O te crees que no he escuchado esta mañana a alguien saliendo de tu habitación? —añado.

Se levanta poniendo los ojos en blanco por enésima vez y se va corriendo por el pasillo. Más le vale al capullo con el que se está viendo que la trate bien o tendré que tomar cartas en el asunto. La última vez me tuve que meter cuando Carlota se encontró a su supuesto novio liándose con otra de fiesta y, cuando le pidió explicaciones, el tío se encaró con ella. Carlota se pasó dos semanas sin hablarme por meterme en su vida y por, cito textualmente, «el método y la violencia empleados para darle el merecido al gilipollas», pero al final me lo agradeció.

Tras meterme en mi habitación me pongo a estudiar de nuevo. Tengo que entregar en dos semanas un trabajo que no he empezado y quiero repasar los últimos temas que han dado en clase esta semana. Como cursé las asignaturas el año pasado, no me exigen asistencia, pero me toca estudiar todo por mi cuenta.

Espero acabar la carrera este cuatrimestre para poder descansar un par de meses y pegarme un buen verano con mis amigos y mi familia.

Capítulo 8
ENTRE MÚSICA Y LETRAS
Álex

Paro de estudiar cuando Carlota me avisa de que no va a pasar por casa y que nos vemos directamente en el bar. Me hago una ensalada completa y una pechuga a la plancha antes de irme a trabajar.

Es sábado y la noche empieza tranquila en Trueno. Marcos y Raúl se dejan caer a primera hora.

—¿Vosotros por aquí tan pronto? —les pregunto cuando se acercan a mi barra, después de pasar a saludar a Carlota.

—Nos apetecía tomar algo y sabíamos que a esta hora habría poca gente —contesta Marcos.

—Oye, ¿tu nueva compañera de piso tiene novio? —interrumpe Raúl.

—Tardabas en preguntárselo, eh —exclama Marcos riéndose.

Raúl es el que más disfruta ligando de todos. Para él ligarse a una chica que le gusta es un reto que siempre acepta encantado.

—Imagino que no porque ayer se estuvo comiendo la boca con uno justo después de que tú te piraras —contesto.

—Interesante. Está buena. Veré qué puedo hacer.

—Ánimo, no creo que te lo ponga fácil —le dice Marcos riéndose.

Comparto la opinión de mi mejor amigo. Ariadna no tiene pinta de ser de las que se dejan liar tan fácilmente. Aun así, no me acabo de sentir del todo cómodo con la idea de que Raúl se le acerque en ese plan. No es que me importe con quién se líe o se deje de liar Ari, simplemente no creo que él sea el tipo de chico que le gusta a ella. Aunque lo cierto es que no tengo ni la más mínima idea de cuál es su tipo.

No llevamos ni dos horas abiertos cuando mis amigos ya se han ido y una chica ha vomitado en la barra y en parte de mi camiseta después de beberse un chupito de tequila. A pesar de que le he dicho antes que estaba demasiado borracha para seguir bebiendo, su amiga

y ella insistieron tanto que se los tuve que poner. Al fin y al cabo, eran mayorcitas para saber cuándo debían parar de consumir. O eso parecía. La pota que me ha tocado limpiar y yo no opinamos lo mismo.

Mis compañeros no han dejado de reírse de mí desde que ha pasado, pero, siendo justos, si fuera al revés yo habría hecho exactamente lo mismo. La confianza da asco, y nunca mejor dicho.

—Vaya, Álex, hueles como si no te hubieras lavado en meses. ¡Es asqueroso! —exclama Carlota tapándose la nariz al pasar por mi lado con una caja de refrescos.

—Ha sido la hostia. Nunca podré olvidar tu cara de incredulidad cuando lo ha echado todo sobre la barra —añade Ángel.

—Muy graciosos los dos, pero trabajamos en un bar, ya os tocará a vosotros también.

—No es el primer vómito que veo ni será el último. En estos diez años que llevo con esto abierto, ya he limpiado más de los que me gustaría recordar.

Ángel, además de ser nuestro jefe y dueño del *pub*, es el que se encarga de poner la música. Habla del bar con tanto cariño que parece más un hijo que un sitio en el que se ponen copas.

—Anda, vete a casa. Sé que aún es pronto, pero pongo una lista de reproducción y me pongo yo en tu barra. Apestas, así no puedes atender a nadie.

—Nada, da igual, creo que tengo otra camiseta en la taquilla. De todos modos, quiero esperar a Carlota para que no vaya sola a casa a estas horas.

—No te preocupes, ya la acerco yo en coche.

—Gracias. Necesito una ducha urgente. —Me giro y añado—: Pequeño diablo, te veo mañana en casa.

Ella me tira un beso desde su barra y me despido de ambos.

Tras una larga ducha, me tumbo en la cama, pero no consigo dormir. Decido salir a la terraza y trasplantar el último regalo que me

dio mi padre cuando fui a comer a su casa. Ambos compartimos afición por las plantas. Eso me recuerda que su cumpleaños es en dos semanas y todavía no ha llegado el libro sobre plantas exóticas que he pedido por internet. Además, también le he comprado semillas de varias de las plantas que vienen en el libro, ahora que va a saber cómo las tiene que cuidar.

Al llegar a la puerta de cristal veo a Ariadna sentada en un banco en la esquina de la terraza que compartimos, que no había visto hasta ahora, leyendo envuelta en una manta.

En un primer vistazo podría parecer que está tranquila, pero al observarla detenidamente noto que, en realidad, está muy triste. Desde que estuvimos los tres comiendo juntos, no la había vuelto a ver. Ha estado encerrada en su habitación desde entonces.

Viendo su expresión me arrepiento de haber sido tan capullo con ella el primer día. No creo que sea fácil venirse sola a una ciudad donde no conoces a nadie. Decido intentar ser más agradable, tal y como me ha pedido Carlota.

Abro la puerta de mi habitación que conecta con nuestra pequeña terraza y ella se sobresalta.

—Soy yo, perdona —me disculpo por el susto.

—No pasa nada, no te había escuchado llegar.

—¿Te molesta si me pongo a trasplantar una planta en mi esquina?

—Claro que no, también es tu terraza —contesta con un amago de sonrisa que no le llega a los ojos.

—Siento si me meto donde no me llaman, pero ¿estás bien?

—Bueno, he tenido días mejores.

Noto que le tiembla el labio inferior tras contestarme. Siento que debería acercarme a ella y abrazarla, pero no creo que tengamos ese nivel de confianza ni que ella aceptara mi consuelo. Sin embargo, hago lo único que se me ocurre que pueda levantarle el ánimo.

—El martes vamos a ir Carlota, Marcos y yo a un concierto. ¿Te apetece venir?

Me mira sorprendida. Supongo que lo último que pensaría, viendo cómo nos llevamos, es que la invitaría a compartir un plan.

—Suena bien. ¿Quién da el concierto? —pregunta curiosa.

—Son varios grupos de rap. Es como un pequeño festival desde media tarde hasta las doce. Todos trabajamos el miércoles, así que no nos vamos a liar, simplemente iremos a escuchar buena música en directo.

—Vale, cuenta conmigo —responde con un pequeño amago de sonrisa—. ¿Qué vas a trasplantar?

—Un cactus. Me relaja remover la tierra con las manos.

—¿Me lo enseñas?

Le enseño mi nuevo cactus redondo con una flor roja. Mientras saco la maceta en la que voy a colocarlo, Ari empieza a hablar más animada.

—Es precioso. A mí siempre se me mueren todas las plantas, incluso los cactus. Soy un desastre.

—Mira, puedes ayudarme y trasplantar este pequeño arbusto. La maceta que tiene se le está quedando pequeña. ¿Te apetece?

—Claro, pero no me odies si lo mato sin querer.

Le paso una maceta más grande y tierra. Le enseño cómo se trasplanta con cuidado y ella imita mis pasos atentamente.

—Gracias, me ha gustado nuestra clase de jardinería. He conseguido desconectar de todo —dice cuando nos estamos despidiendo cada uno en la puerta de su terraza. Lo dice con una sonrisa tan sincera que me pone nervioso.

—No ha sido nada. Nos vemos mañana.

Una vez tumbado en la cama no paro de darle vueltas a qué es lo que me pasa con Ari.

Me intriga su forma de ser. Con Carlota se muestra siempre más

relajada y contenta, pero conmigo mantiene las distancias y sonríe mucho menos o prácticamente nada, a excepción de esta última sonrisa, que me ha descolocado por completo. Aunque, para ser justos, tampoco es que yo la haya tratado de la mejor forma, ni tampoco es que hayamos tenido un gran número de conversaciones.

En general, no suelo tener amigas, exceptuando a Sara y a Carlota. Con ellas la relación de amistad ha fluido desde el primer momento. En cambio, con Ariadna siento atracción, es como un imán. Tiene una personalidad que me atrae, pero estoy bastante convencido de que únicamente es porque está buena y su forma de ser es totalmente distinta a lo que estoy acostumbrado.

Nunca he tenido pareja ni he estado liándome con la misma chica más de unos pocos meses. Y, de todos modos, hace tiempo que tengo la regla no escrita de no repetir con ninguna chica que ya haya pasado por mi cama, para evitar cuelgues innecesarios. Más de una vez me he sentido como un cabrón cuando alguna se ha puesto a llorar al decirle que no quería seguir quedando con ella, y no es algo que haya sido agradable ni quiera volver a repetir.

Cuando hablo con mis amigos sobre tener pareja siempre enumeran un montón de ventajas como la complicidad o las ganas de querer estar con la otra persona, pero yo nunca he sentido la necesidad de estar con una chica más que para tener sexo o salir a cenar algún día suelto, sin mayores pretensiones. Normalmente al follar se me quita la tontería y no me apetece volver a verlas.

Desvelado y con el ánimo raro decido ponerme un poco de música. No sé exactamente qué canción escuchar hasta que recuerdo la que me dijo Ariadna en la cocina. Busco *Un bolero en Berlín* y me sorprenden gratamente partes de la letra como: «Y huyamos de las cuerdas del romanticismo, del egoísmo, de no querernos a nosotros mismos. Que ni yo soy tuyo ni tú eres mía. Solo siendo libres supimos hacernos compañía».

En algún momento consigo quedarme dormido entre música y letras.

Capítulo 9
FANTASMAS DEL PASADO
Ari

Me levanto cansada. He dormido fatal. Las pesadillas se sucedían una tras otra y me he despertado varias veces empapada en sudor. En todas salía Quique y todo lo que intento olvidar desde que lo dejamos.

Echo cuentas y han pasado ya muchos meses. Meses de terapia, pesadillas y ansiedad.

Por desgracia para mí, todo eso volvió ayer en cuanto recibí un mensaje de un número que no tenía guardado.

DESCONOCIDO: *¿Cuándo vas a dejar de actuar como una niñata enfadada y vas a volver a casa?*

Empecé a notar cómo la ansiedad crecía en mi pecho y me fui corriendo a mi habitación.

¿Quién le habría dado mi número nuevo? Solo lo tienen mi familia y mis amigas. Como no le contesté, continuó enviándome más.

DESCONOCIDO: *Sabes que acabarás volviendo, no puedes vivir sin mí, es cuestión de tiempo.*

DESCONOCIDO: *Ariadna, contesta, coño, sé que me estás leyendo.*

DESCONOCIDO: *Me estoy cabreando y sabes que no me gusta hacerlo. He tenido que sobornar a tu prima para que me diera tu número porque ni siquiera te has dignado a escribirme después de irte sin darme ni una puta explicación.*

DESCONOCIDO: *Ya volverás, sabes que nadie va a aguantarte todo lo que yo te aguanto. Tu sitio está conmigo.*

Me pasé el resto de la tarde encerrada en la habitación. No me apetecía que mis nuevos compañeros de piso me vieran mal o tener que darles explicaciones. En cuanto me quedé sola, salí a cenar y me pasé el resto de la noche con una manta leyendo en mi rincón. Por fin

tenía un poco de paz después de ese día de mierda.

Sin embargo, la cosa mejoró notablemente gracias a Álex. Me animó y el tiempo se me pasó volando mientras hablábamos de plantas y música. Incluso me sorprendió con la invitación a un concierto esta semana.

En cambio, levantarme hoy me cuesta un mundo. Es domingo y no tengo nada que hacer, aparte de darle demasiadas vueltas a todo, así que voy al gimnasio después de desayunar. Ni Carlota ni Álex están despiertos cuando salgo de casa, pero al volver sí me encuentro a Carlota en el salón preparando sus clases de esta semana.

—¿Vienes del gimnasio? Pues sí que te has levantado motivada el domingo —dice sonriente hasta que se fija en mí—. ¿Te pasa algo? —Se acerca a mí preocupada.

—No he dormido bien. Mi ex me escribió ayer y desde entonces estoy con los ánimos bajos.

—Mira, vamos a hacer lo siguiente: vamos a pedir unas *pizzas* y a pasar la tarde despotricando de la vida en la terraza, ¿te apetece?

—Me parece un gran plan.

Media hora después tenemos dos *pizzas* familiares grasientas en nuestro poder y estamos instaladas en las hamacas de la terraza con unas mantas.

—¿Qué fue lo que pasó con tu ex? ¿Cómo se llama? —tantea Carlota.

Me cuesta abrirme a las personas en general, pero siento que puedo confiar en Carlota. Su voz está llena de preocupación y yo tengo tanta mierda dentro que, una vez empiezo, no puedo parar.

—Se llama Quique y estuvimos juntos tres años. Nos conocimos en una fiesta en la universidad. Empezamos a hablar y nos volvimos inseparables. A los pocos meses me instalé en su casa y él empezó a cambiar. Me decía con quién podía o no hablar y me fui aislando de todo mi mundo. Es más, conseguí mi antiguo trabajo por enchufe de su padre. No sé, fue creando una telaraña a mi alrededor sin que me diera cuenta, no veía más allá. Cuando discutíamos y amenazaba con dejarme sentía que no tendría un futuro sin él. Me lo había dicho

tantas veces que acabé creyendo que era verdad, así que me arrastraba y cedía en todo. Me perdí en algún momento y todavía me estoy encontrando.

Levanto la vista y veo a Carlota quieta, con la boca abierta y sin saber muy bien qué decir después de mi discurso.

—No me esperaba algo tan duro. ¿Llegó a ponerte la mano encima? —pregunta con cautela.

—Sí, pero nada grave. No quiero hablar de ello, por favor.

He dicho esto último tan bajo que no sé si me ha escuchado, pero entonces siento unos brazos que me rodean con ternura. Está enfadada, no conmigo, pero sí por lo que le estoy contando.

—Nadie debería tratar así a la persona que se supone que quiere.

—Dudo que me quisiera. Decía que yo era de su propiedad, la chica que enseñar ante sus padres o amigos. Me insistía en que me maquillara y vistiera elegante. Incluso me obligó a tirar toda mi ropa cómoda, regalos de mis exnovios o a borrar mis redes sociales para que no me hablara nadie. ¡Joder! Hasta dejé de ver a los míos porque decía que me comían la cabeza en su contra. Hablaba con mi mejor amiga a escondidas… ¿Cómo pude ser tan palurda?

—Primero, prometo no volver a insistirte para que te pongas tacones. Estás guapa te pongas lo que te pongas, como si quieres salir con un saco en la cabeza de ahora en adelante. Segundo, no creo que sea cuestión de ser o no débil, creo que ese tipo de personas anulan a los demás. ¿Has hablado alguna vez con un especialista?

Me reconforta su actitud. Está realmente preocupada y no juzga mis decisiones. Solamente me escucha e intenta ayudarme.

—Sí, iba a una psicóloga. Carmen me ayudó mucho.

—Todos necesitamos una puesta a punto alguna vez. Yo también voy cuando lo necesito —añade con una sonrisa—. ¿Qué pasó para que abrieras los ojos?

—Hace poco más de seis meses tuvimos una discusión de las gordas porque me fue a recoger al trabajo y me vio hablando con un compañero nuevo. Se puso hecho una furia, me gritó e insultó, así que

me fui a casa de mi mejor amiga. Pensaba que acabaríamos arreglando las cosas, pero al ver todo con distancia me di cuenta de que no era la vida que quería. Recogí todas mis cosas cuando él estaba trabajando y me instalé en casa de Laura.

Es la segunda persona, a parte de mi psicóloga, a la que le cuento mi historia y siento que la losa que tengo en el pecho afloja un poco su peso. Después de los mensajes de ayer necesita sacarlo todo.

—¿Lo has vuelto a ver?

—Por desgracia, sí. Empezó a aparecer a la salida de mi trabajo y en casa de mis padres para decirme que teníamos que volver. A ellos solo les conté que no estaba enamorada de él y lo aceptaron. Nunca se meten en mi vida, son maravillosos. Solo Laura sabe la verdad. Incluso hace un mes me sacó del brazo de una discoteca por estar hablando con otro chico y tuvimos que llamar a la policía. Después de eso, no se ha vuelto a acercar a mí. Y justo ese fue el punto de inflexión para dejar mi trabajo y cambiarme de ciudad.

—¿No lo has denunciado? Porque es lo que tenías que haber hecho.

—Su padre tiene un despacho de abogados muy reconocido. No quiero meterme en temas legales y tener que estar recordando una y otra vez lo mismo. Prefiero olvidarlo todo. Por eso he venido a empezar una nueva vida lejos de él.

De repente, me llegan dos mensajes nuevos que me quitan la respiración.

DESCONOCIDO: *¿Qué cojones haces tú viviendo en Madrid? Si crees que esto va a quedar así, estás muy equivocada.*

DESCONOCIDO: *Esto es culpa de Laura que te ha comido la puta cabeza, ¿no? Al final ha conseguido separarnos.*

Carlota ve que palidezco y coge mi móvil. Se queda mirando la pantalla un par de segundos, teclea algo y me lo devuelve.

—Listo, lo he bloqueado. Así no puede escribirte —resuelve con una sonrisa.

—Gracias. Me pone tan nerviosa este tema que ni siquiera se me ha ocurrido algo tan sencillo como bloquearlo.

—Para eso me tienes a mí, para pensar cuando lo necesites —dice apretando mi mano.

—De verdad, muchas gracias por todo. Por acogerme, por escucharme y por los abrazos. Pero ahora dejemos de hablar de mí, quiero que me cuentes todo sobre Marcos. No me he olvidado de que el viernes os pillé en el pasillo entrando a escondidas para daros el lote.

—Ay, Ari, creo que lo estoy complicando todo. Me gusta, me gusta de verdad. Con él me siento cómoda como nunca me he sentido antes. Incluso por la mañana me dio mucha pena tener que separarme de él.

—Apenas lo conozco, pero el viernes no paraba de mirar a tu barra con cara de tonto. Apostaría que también le gustas bastante.

—¿Tú crees? La verdad es que ayer me llamó por la tarde para vernos y fuimos a dar un paseo por El Retiro y a cenar. ¡Hasta me acompañó al trabajo!

—Sí, claramente lo vuestro avanza. ¡Aprovecha y disfruta todo lo que puedas!

—Aunque lo mejor no es eso. Lo mejor es su enorme y bien instruido amiguito —. Escupo el refresco que me estoy bebiendo y me empiezo a reír como hacía mucho que no lo hacía—. Sabe perfectamente qué teclas hay que tocar y cómo las tiene que tocar.

Tras bastantes risas y demasiados detalles sobre su vida sexual, decidimos irnos a dormir.

Capítulo 10
UNA GRAN AMISTAD
Ari

Es el primer día, desde que me vine a vivir a Madrid, que me despierto a media mañana, pero he descansado bien. Mientras desayuno en la cocina suena mi teléfono y me pongo nerviosa.

—Buenos días, ¿Ariadna? —preguntan.

—Sí, soy yo.

—Soy Miriam, de *Épocas*. Tuvimos una entrevista el pasado viernes. Te llamaba porque hemos decidido darte el puesto y necesitamos que te incorpores el miércoles. ¿Sigues interesada?

—Por supuesto —respondo mientras doy pequeños saltitos de la emoción.

—Genial. Te vamos a enviar un *e-mail* con la lista de la documentación que necesitamos, para que nos la remitas cuanto antes.

—Hoy mismo os la envío.

—Gracias. Nos vemos el miércoles a las nueve. Pregunta por mí en recepción.

Estoy más contenta y animada, así que pongo música mientras recopilo la documentación que me piden en el correo. Una vez enviada, me tumbo en la cama a disfrutar de la música.

Llevo los últimos días sintiéndome rara. Siempre me ha gustado escuchar canciones cuya letra encaje en cómo me siento en ese momento, así que busco la canción *Ellas* de Nach e Ismael Serrano: «Lloré junto a Nostalgia cada tarde, sintiéndome un cobarde si venía a acariciarme, hasta que un día Soledad llamó a mi puerta y me paralizó, me abrazó, rompiendo mi armazón. Y yo vi pasar los meses, no quería ver a nadie, hasta que encontré a Esperanza esperándome en la calle. Ella me habló de un futuro y de luchar por él. Me dijo: "Libertad te espera, ella siempre te será fiel"».

Tras escuchar varias canciones más, decido llamar a Laura para contarle todo lo que pasó ayer.

—Hola, bicho. Ayer le conté todo a mi nueva compañera de piso y no me juzgó —le suelto sin darle tiempo siquiera a saludarme—. Solo me dio un abrazo y bloqueó a Quique. Quien, por cierto, tiene mi número nuevo, mi prima se lo ha dado. También se ha acordado de ti. Te estoy enviando las capturas para que lo leas.

—Vaaaale, vamos por partes. En primer lugar, Carlota me cae bien, estoy deseando conocerla. Y, segundo, déjame leer. —Tarda medio minuto en revisar todo—. Este es lo peor, tía. No sabes lo aliviada que me siento de que por fin abrieras los ojos. A mí intentó abordarme el otro día en una terraza, pero le hice un corte de manga cuando se acercaba, así que se marchó por donde había venido —cuenta riéndose.

—¿En serio? Por eso eres mi mejor amiga. Te quiero mucho, lo sabes, ¿no?

—Es mutuo. Iré a verte muy pronto.

—¡Genial! Por cierto, me han fichado en la revista en la que hice la entrevista la semana pasada.

—¡Eso es una gran noticia! Cuéntamelo todo.

Nos pasamos los siguientes quince minutos hablando. Laura está opositando, así que nos despedimos pronto para que siga estudiando.

Tras colgar, empiezo el curso de fotografía nocturna al que le tenía tantas ganas. Siempre me ha encantado ver los monumentos o las calles iluminadas por la noche. El curso nos enseña a jugar con las luces y sombras, así como a usar la lente correcta en cada momento.

Por la tarde, después de comer con Carlota, me pongo a leer en mi banco mientras ella da clases en el salón. Al poco de sentarme, recibo un mensaje y sonrío en cuanto veo que es del chico de la discoteca.

SANTI: *Hola, soy Santi, ¿te apetece cenar conmigo esta noche?*

ARI: *Suena bien, ¿a qué hora?*

SANTI: *¿Qué tal sobre las 21h? ¿Dónde?*

ARI: *¿Cómo te queda la plaza de los Cubos? Todavía no conozco mucho.*

SANTI: *Perfecto, nos vemos allí. Un beso.*

No me puedo creer que vaya a tener una cita. ¡Estoy nerviosa!

Aprovecho las horas que me quedan para ducharme, depilarme y arreglarme. Decido ponerme unos vaqueros pitillo con una sudadera de Kaotiko y unas deportivas blancas altas. Me pinto la raya del ojo negra y me aliso el pelo, aunque me pongo un gorro por encima y una cazadora.

Cuando llego, él ya está allí. Parece tan nervioso como yo y nos saludamos con dos besos torpes. Santi lleva unos chinos, un polo y una cazadora de cuero. No es para nada mi estilo en un chico, pero tampoco quiero juzgar sin conocerlo un poco más.

Decidimos cenar algo en Vips y la conversación fluye en todo momento. Me siento cómoda. Hablamos de mi nuevo trabajo, del suyo como publicista y de gustos que tenemos en común. La noche se pasa volando hasta que nos echan del restaurante porque van a cerrar. Como no me apetece que la cita termine, acepto encantada cuando él se ofrece a acompañarme a casa.

—Me apetece mucho besarte. Si lo hago, ¿te apartarías? —susurra al llegar a mi portal.

—Prueba, a lo mejor a mí también me apetece mucho —contesto tímida.

Entonces me besa, despacio. Sin prisa, pero con cariño. Dejando que yo marque los tempos. Le he contado durante la cena que hacía relativamente poco que lo había dejado con mi ex y me ha dicho que no tenía prisa, lo cual me ha parecido un detalle por su parte. Tras unos cuantos besos más nos despedimos.

—Mañana trabajo a las ocho, pero si quieres podemos vernos el miércoles y me cuentas qué tal el primer día de trabajo —propone.

—Perfecto, me apetece mucho.

Me acerca a él y me da un beso muy tierno antes de irse. Subo a casa con una sonrisa tonta y allí me encuentro a mis compañeros

cenando en la cocina.

—¿Con quién te has pegado el lote? —pregunta Carlota con una mirada acusadora tras observarme un par de segundos.

—¿Perdona? —Pongo mi cara más inocente.

—Venga, Ari. Tienes los labios hinchados y rojos. No somos tontos —suelta partiéndose el culo.

—Está bien. He quedado con Santi y la cosa ha ido muy bien.

—¿Ese es el tío del bar del otro día? —pregunta Álex, lo que le confirmo con la cabeza—. Parecía un poco coñazo, no te pega un tío así.

—¿Entonces qué tipo de chico me pega? Ilumíname —pregunto con curiosidad y una sonrisa de lado.

—Uno que te dé caña, no un niño pijo —afirma muy seguro de sí mismo—. Te acabarás cansando de él.

—No lo creo. Santi es agradable, bueno y dulce. A lo mejor de lo que me he cansado es justamente de los tíos que meten caña y no quiero otro así —aclaro.

—No es cierto. A todas os gustan los chulos. Os acabáis aburriendo de los buenos y os colgáis de los capullos. Eso es así.

—Lo de pillarnos de los capullos no te lo voy a negar, pero no me aburro con Santi, eso seguro. ¿Qué puede aportarme un capullo aparte de chulería y demasiado ego? —lo desafío.

Álex se pone de pie y se apoya en la encimera enfrente de mí. Me fijo en que mantiene una distancia prudencial y se lo agradezco. Aunque me pongo nerviosa porque me mira con curiosidad, como si intentara descifrarme.

—Un capullo te daría la caña que tú necesitas. Los planes serían divertidos e incluso las discusiones bastante más estimulantes.

Lo miro alzando las cejas y dejándole claro que ninguno de sus argumentos me convence. Él me mira fijamente con una sonrisa de lado y añade bajando el volumen hasta que su voz es apenas un

susurro ronco:

—Además, un capullo sabría follarte hasta que estuvieras tan excitada que correrte se convertiría en una auténtica necesidad.

Aprieto los muslos inconscientemente cuando un calor repentino ataca mi entrepierna. No me puedo creer que haya dicho eso. Noto que el calor sube por mi cuerpo y llega a mi cara.

—¡Vaya! Tal vez seas más inocente de lo que pensaba, Ariadna. —Noto cómo saborea cada puta letra de mi nombre mientras se muerde distraídamente el labio inferior, que yo no puedo dejar de mirar—. Estás muy roja, ¿tienes calor? —pregunta inclinando la cabeza hacia un lado.

Carlota nos mira como si fuera un partido de tenis pasando su mirada de uno a otro con cada frase y se empieza a partir el culo. Su risa me saca del trance y dejo de mirar a Álex.

—Tengo que apoyar a Álex —afirma mirándome con expresión de disculpa—. Nos gusta que nos den caña, nos aburren los que nos tratan bien y los chulos follan mejor. Aunque seguramente un buenazo es lo que necesitas ahora mismo en tu vida. Esta ha tenido gilipollas para una buena temporada —añade mirando a Álex y señalándome.

—Bueno, me está encantando nuestra conversación, pero tengo muchas cosas que hacer mañana.

Salgo de la cocina antes de que puedan decir nada más. Todavía estoy cachonda por las palabras de Álex, así que decido solucionarlo yo misma.

Abro el cajón y saco el Satisfyer que me regaló Laura y que todavía no he estrenado. Me tumbo en la cama y me cuesta un poco poner el ritmo que me gusta, ya que tiene varias velocidades, pero cuando lo consigo noto que es una sensación distinta a follar con otra persona, aunque muy placentera. Es como si estuvieras todo el rato al borde del orgasmo.

Inconscientemente mi mente vuelve a las palabras de Álex y a la forma en la que se mordía el labio. Me imagino sus manos tocando mi cuerpo sin prisa y su sonrisa canalla mirándome mientras me retuerzo de placer. El orgasmo me envuelve. Es una explosión de placer maravilloso que hacía mucho tiempo que no sentía. Creo que este es el



comienzo de una gran amistad.

Capítulo 11
¡TÚ, DESPIERTA YA!
Ari

El martes decido hacer una videollamada con mis padres. Mi madre tiene su propia peluquería y mi padre trabaja desde hace veinte años en una gestoría. Ambos me han dado todo lo que han podido, y nunca me ha faltado lo más importante: cariño.

Cuando lo dejé con mi exnovio tuve todo su apoyo. Me duele que vivan en la ignorancia sobre una parte de la historia, pero es lo mejor para ellos. La verdad sé que les haría daño, sobre todo a mi padre. Para él siempre seré su niña pequeña.

—Hola, cariño —responde mi madre al segundo tono con una gran sonrisa—. Sito, es la niña.

—¡Hola! Os echaba de menos.

—Y nosotros a ti. ¿Cómo te trata la ciudad? —pregunta mi padre sentándose a su lado.

—Muy bien. De hecho, os llamaba para contaros que he encontrado el curro de mis sueños. —Mi madre empieza a aplaudir contenta—. Empiezo mañana.

—Valentina, que no me dejas escuchar. ¿Está cerca de tu casa? ¿Te pagan bien?

—Sí, está cerca y las condiciones son buenas. El fin de semana os podré dar más detalles, pero os adelanto que es en una revista de Historia. Se llama *Épocas*.

—Mañana mismo voy al quiosco para tenerla en la peluquería —dice mi madre encantada—. Ya verás cuando se lo cuente a tu tía, se va a alegrar mucho, cariño.

—¿Estás comiendo bien? ¿Quieres que te enviemos una caja con comida?

—Sí, como bien, pero nunca diría que no a comida del pueblo.

—Mañana mismo te la mando.

—Cariño —dice mi madre con cuidado—, ¿has hablado algo con Quique? Llamó el otro día pidiéndonos tu dirección. Papá lo amenazó y no volvió a llamar.

—Me ha escrito. No quiero saber nada de él.

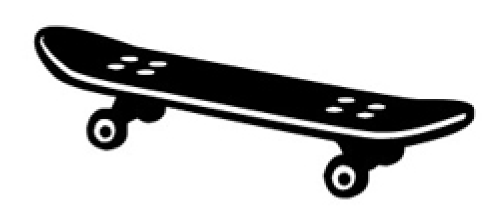
—Mejor así —zanja el tema mi padre.

Creo que sospecha más de lo que parece, pero es un tema que siempre pasamos de puntillas.

—Gracias, a los dos. Por todo. Por no presionarme y no hacer preguntas.

—Cuando quieras hablar, aquí estaremos, cielo —dice mi madre con ternura.

Pasamos otra media hora hablando mientras me ponen al día. Mi madre me cuenta que ha tenido mucho trabajo últimamente y mi padre me pide que le remita el contrato para revisar que esté todo correcto. Nunca pueden dejar de preocuparse. Tengo mucha suerte de tenerlos, no los cambiaría por nada del mundo.



Tras una pequeña siesta, me ducho y arreglo para ir al concierto con mis compañeros de piso y con Marcos. Decido ponerme un peto negro, unas Nike altas blancas y una sudadera de colores. Me recojo el pelo en un moño desaliñado y únicamente me maquillo los ojos con la raya negra y un poco de rímel.

Cuando llego al salón Marcos y Álex nos están esperando. El último me escanea de arriba abajo y, aunque no dice nada, puedo ver una pequeña sonrisa asomarse en su boca.

En cuanto Carlota está lista nos vamos en metro al Palacio

Vistalegre. El recinto en el que se celebra el concierto tiene distintas salas y la que ocupa el evento es la más grande. Hay dos escenarios, uno en cada lado, en los que se van intercalando los distintos artistas.

Es la primera vez que veo en directo a muchos de estos grupos y, por suerte, la mayoría de ellos están en mis listas de reproducción.

Mientras canto, veo a Álex mirándome de reojo más de una vez y, siendo sinceros, yo también le he lanzado un par de miradas de más. Por mucho que intente evitarlo, me siento atraída por él.

Cuando ya llevamos más de la mitad de concierto, me doy cuenta de que Carlota y Marcos han desaparecido. Mi compañero de piso está un poco apartado con toda su atención puesta en Natos y Waor.

—Álex, ¿sabes dónde se han metido estos dos? —pregunto acercándome a él.

—Ni idea. Quiero beber algo, ¿vienes conmigo o me esperas aquí?

—Mejor te acompaño, no quiero quedarme sola.

Tras coger unas bebidas volvemos al mismo punto, pero nuestros amigos siguen desaparecidos. Imagino que querrán un poco de intimidad.

—¿Nos acercamos un poco más al escenario? El siguiente artista es Blake y me gusta mucho. Quiero escucharlo bien.

—Claro, a mí también me encanta.

—Te voy a coger de la mano para no separarnos, ¿vale?

—Me parece bien —respondo sonriendo con sorpresa.

Álex sonríe de vuelta y me agarra la mano para avanzar juntos. Tiene las manos más ásperas de lo que esperaba, pero me gusta su agarre decidido. Una vez que estamos situados, me suelta y mira a nuestro alrededor con el ceño fruncido.

—Aquí hay más gente. Si te agobias, avísame y buscamos otro sitio con menos aglomeración.

Me sorprende y agrada a partes iguales su preocupación, pero no

me da tiempo a analizarlo demasiado porque Blake sale al escenario.

Me conozco prácticamente la totalidad de su discografía, así que no dejo de cantar con toda mi energía. Hacía muchos años que no iba a un concierto y me lo estoy pasando realmente bien.

Cuando empiezan a sonar los acordes de *Visceral*, mi canción favorita, mi acompañante me mira y sonríe. Cantamos juntos la parte de la letra que dice «Tira de la fuerza elemental que es la mente. Sácate la venda para ver, ten. Qué más da el error si no aprendes. Qué más da la gente o lo que diga para bien, mal. Vente. Drógate con este demente que porta el péndulo, para hipnotizar tu sien. Quédate mudo y escucha la voz del silencio, que a veces es la coherente».

Álex y yo no dejamos de reír haciendo gestos sobre lo que expresa la letra. Es la primera vez que lo veo tan desinhibido y eso que no hemos bebido ni una gota de alcohol esta noche. No puedo evitar sentirme atraída por esos ojos marrones que me miran felices.

Justo en ese momento me empujan hacia delante y mi compañero de piso me sujeta. No me aparto. De hecho, me gusta la sensación de estar entre sus brazos. Nos miramos fijamente mientras Blake canta el estribillo: «Hay vidas que no hacen ruido y no gritan y dice más su mirada… Hay veces que no estoy vivo y si en vida y sin música no soy nada… La tengo por las vísceras pegada, cruda y sola está… Y el corazón gritándole a mi cara: "¡Tú, despierta ya!"».

Con la última frase algo cambia entre los dos y nos fijamos en la boca del otro. Debido a lo cerca que estamos, puedo notar su aliento rozando mis labios, aunque casi no tengo tiempo para pensar en ello porque ambos acortamos la escasa distancia que nos separa.

Nuestras bocas apenas se rozan antes de separarnos lentamente. Nos miramos desconcertados, sin entender muy bien qué acaba de pasar. Solo sé que noto dentro un vacío extraño cuando nos apartamos.

Tal vez Álex ve el anhelo en mi cara o es su propia necesidad, pues vuelve a acercarse y acuna mi cara con las manos antes de juntar de nuevo nuestros labios con determinación.

El beso no es tierno ni suave. Álex me besa con hambre, como si fuera una necesidad vital. Es embriagador y no puedo pensar en otra cosa que no sea en su lengua enredándose con la mía.

No sé cuánto tiempo estamos besándonos, pero me separo cuando mi móvil empieza a vibrar dentro del bolsillo. Al separarnos me doy cuenta de que la música ha terminado y la gente ha empezado a vaciar la sala.

Salgo de mi trance y miro a Álex, que me observa tan sorprendido como yo por lo que acabamos de hacer.

—Esto… No sé qué me ha pasado —digo, y me muerdo el labio inferior nerviosa.

—Nos apetecía y nos hemos besado, ¿cuál es el problema? —responde restándole importancia.

—Que esto es un error. No debería haber sucedido.

Noto cómo cambia su actitud y frunce el ceño.

—Tranquila, no te montes películas porque no va a pasar de estos cuatro besos —aclara cabreado—. No ha sido para tanto.

Esta última frase me molesta. A pesar de que he sido yo la primera en decir que había sido un error, mi ego se resiente.

—Bien, me alegra haber aclarado este punto —digo con toda la frialdad que puedo.

Reviso el móvil y tengo un mensaje de mi compañera de piso.

CARLOTA: *Perdón, os hemos perdido…*
Estamos en la boca del metro.

Enseño mi móvil a Álex. Este no dice nada y nos dirigimos hacia la salida. Vamos en completo silencio hasta que llegamos junto a nuestros amigos y emprendemos la vuelta a casa.

Capítulo 12
NO TAN INOCENTE
Álex

Esta semana está siendo productiva. He conseguido terminar el trabajo que tenía pendiente y currar mis horas en la tienda. Incluso he podido ir al gimnasio un par de horas después de trabajar.

Además, me he gastado un buen pellizco de mis ahorros en renovar mi vieja tabla de *skate*. La nueva me ha costado una pasta, pero ha merecido la pena. Es perfecta, con un grafiti rojo y negro por debajo y las ruedas son completamente lisas. Estoy deseando estrenarla el fin de semana con Marcos. Intentamos ir, al menos, un fin de semana cada mes a algún *Skatepark.*

No consigo sacarme a Ari de la cabeza desde nuestro acercamiento de ayer.

A pesar de que ella dijera que había sido un error, cosa que molestó, me devolvía los besos con las mismas ganas que yo. Tengo que sacármela de la cabeza sí o sí. Ya no solo porque Carlota me dará una paliza si se entera, sino porque ella me calificó de forma segura como error.

Tras salir a correr, llamo a los chicos para ver si les apetece salir a tomar algo y despejar la cabeza. Los tres aceptan sin dudar y decidimos quedar en Malasaña.

Llego con tiempo y me encuentro a Marcos al salir del metro. Hemos decidido iniciar la noche en Zombie Bar. Es un local al que solemos ir porque las copas son baratas y tiene buen ambiente.

Marcos está ausente. A mitad de la primera cerveza ya ha sacado el móvil del bolsillo tres veces y me está poniendo nervioso.

—¿Con quién estás hablando? No has dejado el móvil desde que hemos llegado.

—Lo siento, tío. Tienes razón. Me despido y lo dejo. —Teclea algo rápido y se lo guarda—. ¿Cuál es el plan de esta noche?

—Pues van a venir Raúl y Hugo. Teníamos pensado acercarnos a alguna discoteca de Tribunal. Hay buen ambiente y se liga fácil.

—¿Has probado a irte a casa solo alguna vez? —pregunta riéndose no demasiado sorprendido por mi claro objetivo.

—Hoy me vendría especialmente bien echar un polvo.

Marcos me mira extrañado levantando una ceja con gesto interrogante, así que cambio de tema, ya que no me apetece dar explicaciones.

—Tengo que aprovechar este cuerpo que me han regalado mis padres —digo señalándome con chulería—. ¿Cuánto hace que no mojas?

—Estoy servido —aclara escuetamente.

—Lo imaginaba. ¿Lo tienes controlado? Espero que no pase lo mismo que con la controladora.

—Esta es diferente. Me lo paso bien con ella, no me pide explicaciones y el sexo es la hostia.

Lo dice tan seguro y tan tranquilo que consigo relajarme un poco. Nunca lo había visto tan convencido en cuanto a una chica y Marcos no es una persona segura. Normalmente duda hasta para pedirse una *pizza*.

—Joder, sí que te ha dado fuerte. ¿La conozco?

—Eh, no. No la conoces. —Se pone nervioso y mira a todos los lados menos a mí—. Es... de mi curro.

—¡Venga ya! La conozco, no será Lucía, ¿no? ¿Sara? No seas gilipollas y la líes con una del grupo, ¿no has aprendido nada de mis errores? —pregunto a pesar de que yo no sea el mejor ejemplo.

—No la conoces y punto. No me rayes. Mira, ahí están estos dos.

Justo en ese momento aparecen por la puerta Hugo y Raúl. Dejo la conversación para otro momento. Está un poco disperso, pero también feliz y me gusta verlo así.

Después de tomarnos otra cerveza, nos movemos a una discoteca del centro. Está llena de gente con las mismas ganas de fiesta y pasarlo bien que nosotros.

Acabo la noche con una morena tatuada con tetas grandes que parece que se van a salir en cualquier momento de su escote. Sandra, así se llama, se ha pasado media noche mirándome de reojo y lanzándome sonrisas hasta que me he acercado a ella. Unas cuantas frases y acabamos follando en el baño de la discoteca. Más bien ha sido solo un amago de polvo rápido, ya que la señora de la limpieza nos ha cazado a la mitad y nos han echado de la discoteca. Decidimos irnos directos a mi casa.

Entramos en el portal metiéndonos mano. En realidad, no hemos parado de sobarnos durante todo el camino. Estoy muy cachondo. La tengo tan dura que el pantalón me molesta. Espero solventarlo muy pronto.

Me freno en seco en cuanto nos acercamos a los ascensores.

Ari está besándose con el niño de papá mientras este le soba las tetas por debajo de la camiseta, lo que deja al descubierto un tatuaje que bordea su contorno. Es una frase de una línea que no le había visto antes, aunque lo cierto es que siempre que la veo lleva ropa floja. Ella le soba el paquete por encima de los vaqueros con bastante intensidad.

Me quedo un poco impresionado por verla en esta situación. Parecía tan inocente por casa con sus pijamas de franela y sus zapatillas de Mickey que me choca mucho esa imagen con la que tengo delante.

Sería un poco cínico con mi parte sentirme ofendido porque ayer fuera a mí a quien besara y hoy a otro, porque yo estoy haciendo exactamente lo mismo. Pero la realidad es que no me gusta lo que siento al verla así con otra persona, así que toso y repito la frase que me dijo ella en su día.

—Sabes que tienes una habitación en el tercero, ¿verdad?

Ari se asusta y se separa al instante del pijo. Me mira horrorizada.

—¡Dios, qué vergüenza! Esto no es lo que parece, solamente estábamos… —empieza a justificarse.

—No me tienes que dar explicaciones —la corto—. Nosotros vamos a lo mismo. —Señalo a Sandra, que no deja de reírse mientras me soba

el culo sin ningún pudor—. Pero hay más privacidad arriba. Aunque, oye, si te va lo de follar en público, me callo y os dejo a vuestro rollo —la provoco con una sonrisa de lado.

—No, no. No es eso —aclara rápidamente.

—Dudo mucho que esta tía sea de las que echan un polvo sin haberse jurado amor eterno. Lo mandará con el calentón para su casa —me dice Sandra al oído, aunque su tono de voz es tan fuerte que todos la hemos escuchado.

Continúa metiéndome la mano por dentro de la camiseta y rozando el borde de mis calzoncillos mientras yo observo la reacción de Ariadna. Primero mira su mano en mi abdomen y, después, alza la barbilla desafiando a Sandra.

—¿Quieres subir? —le pregunta al pijo.

—Sí, será mejor.

Subimos en el ascensor en un silencio muy incómodo mientras mi acompañante no para de besarme el cuello. El chico está callado mirando la pared mientras Ari y yo nos mantenemos fijamente las miradas el uno al otro. Yo no paro de sonreír durante todo el trayecto. Sé que no le apetece follar con él, pero es demasiado cabezota y Sandra le ha tocado el orgullo.

Una vez entramos en el piso se despiden y se meten en su habitación. Momento en el que yo me centro en la morena que me acompaña y la llevo a la mía.

Es todavía más salvaje de lo que parecía y acabo con la espalda llena de marcas rojas, en las que me fijo cuando voy al baño para tirar el condón que hemos usado.

Al salir, ella ya se ha ido, lo cual me parece perfecto hasta que empiezo a escuchar el sonido de un mueble golpeando la pared muy suavemente. Genial, voy a tener que escuchar cómo se lo montan los otros dos en la habitación de al lado.

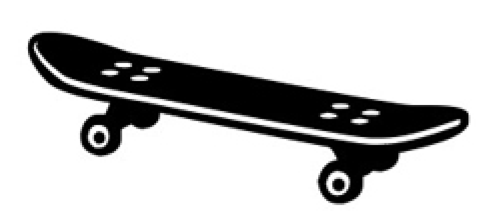
Dudo mucho que ese tío pueda hacer que se corra mientras gime su nombre o haga que Ari disfrute por completo. Tiene que ser muy erótico ver a Ari corriéndose con su cara llena de pecas sudorosas mientras pierde el control. ¿Pero qué coño estoy pensando? Decido

darme una ducha para evitar que mis pensamientos vayan por caminos que no deberían y conseguir que mi polla se baje. Mi amigo se está animando de nuevo.

En la ducha no he podido sacarme a Ari de la cabeza y he acabado haciendo manualidades pensando en cómo sería follar con ella. En sus piernas rodeando mi cintura y sus pechos rozándome en cada movimiento.

Frustrado porque mi mente vuelve siempre a ella, me pongo una toalla en la cintura. Al llegar a la habitación me encuentro con una nota y un número de teléfono encima de mi escritorio: «Llámame si quieres volver a follar. Solo follar». No soy de repetir, pero esta tía se ha adelantado y me ha dicho después de acostarnos que no quiere ataduras, pero que le encanta follar y le gusta como yo lo hago. Apunto su número en mi móvil porque hay un par de cosas más que me gustaría hacer con ella.

Me pongo un pantalón de pijama y voy a la cocina para tomarme un ibuprofeno, para la más que probable resaca que tendré mañana. Antes de volver a mi cuarto, dejo un mensaje con los imanes: «No tan inocente».



El jueves me levanto mejor de lo que esperaba y, tras desayunar, me voy a la tienda a trabajar. De camino escribo a mis padres para avisarles de que iré a comer hoy a su casa.

Adoro a mis padres. Me llevo muy bien con ellos y con mi hermano Roberto.

Mi infancia fue alegre y divertida. Nunca me ha faltado de nada, pero sí me han enseñado a ganarme las cosas que quiero con trabajo y esfuerzo. Viven en una casita en la sierra que se compraron cuando mi hermano y yo nos independizamos. Mi padre tiene un jardín lleno de

plantas e incluso un pequeño huerto con tomates y lechugas. Además, cuenta con una piscina que usamos bastante mis amigos y yo cada verano.

Están un poco nerviosos porque Roberto va a ser padre y ellos, abuelos por primera vez. La verdad es que yo también. Quedan solo un par de meses para que mi cuñada dé a luz y podamos ponerle cara a mi sobrino.

Mi hermano y Verónica se conocieron en el instituto y se casaron al acabar la carrera. Ella es una más de la familia, lleva media vida con nosotros y yo no recuerdo a Roberto con otra chica que no sea ella. Han tenido alguna que otra racha mala, pero nunca lo han dejado.

Diría que son la muestra de que las relaciones funcionan, pero no quiero ser hipócrita, no me veo con novia formal a corto o medio plazo.

En cuanto llego a la tienda, los clientes no paran de entrar, así que, por primera vez desde el martes, mi cabeza tiene un descanso de mi nueva compañera de piso.

Capítulo 13
DISTANCIA PRUDENCIAL
Ari

Tirarme a Santi fue una idea pésima. Fue como perder de nuevo la virginidad: mucho cuidado, demasiados abrazos, caricias incómodas poscoito y poca acción. Hasta me acarició los pies con los suyos al terminar, lo cual me dio bastante repelús.

Ayer, tras volver a cenar juntos, la cosa subió de tono en mi portal, incluso estaba cachonda. Hasta que llegó Álex con una tía cuando le estaba tocando por encima del pantalón y nos cortó todo el rollo.

¡Qué vergüenza! No sabía dónde meterme. Pero la chica, que no se despegaba de su cuello, comentó que lo dejaría con un calentón y, no sé por qué, quise llevarle la contraria.

Además, para qué mentir, no me gustó cómo me hizo sentir ver a Álex con esa chica. Llevaba todo el día intentando no pensar en el beso que nos dimos en el concierto, pensé que si me relajaba con Santi podría disfrutar de los suyos tanto como disfruté del de Álex. Ilusa de mí.

Fue el viaje en ascensor más incómodo de mi vida. Álex no dejaba de provocarme mirándome fijamente y no le aparté la mirada ni una vez. Estaba deseando perderlos de vista, aunque ya se me habían pasado bastante las ganas de liarme con Santi. De hecho, al meternos en mi habitación, la cosa fue de mal en peor.

Al principio mi idea no era acostarnos, simplemente quería pasar más tiempo con él. Me trató con tanta delicadeza que quise intentarlo, ya que sus atenciones me hicieron sentir muy bien. Pero la cosa no fue como me esperaba.

Santi es un oso amoroso. No hay pasión entre nosotros y no conseguí correrme. Encima el pobre me preguntó al acabar si me había gustado y le dije que sí. ¿Qué le iba a decir? Es tan bueno que me daba pena decirle que había sido un auténtico desastre. El ritmo parecía el de un funeral y apenas cruzamos un par de frases más allá de «mejor así» o «ponte tú encima».

Vamos, para no repetir. Lo cual es una putada porque con él me siento cómoda, pero lo veo más como un amigo con el que pasar el rato que como alguien con quien acostarme cuando me apetezca, que,

siendo sincera, es lo que me pide el cuerpo. No me veo preparada para implicarme demasiado sentimentalmente con otra persona de momento, pero sí me apetece disfrutar.

Por lo menos hoy trabajábamos ambos, así que se fue después de pasarse una hora más dándome demasiado cariño. No es que no me guste que me mimen, pero no tenemos tanta confianza como para estar abrazados haciéndonos caricias. Fue raro y solo deseaba que se marchara para dormir sola y correrme con mi Satisfyer.

En cuanto me espabilo y me levanto de la cama, decido que lo mejor es cortar por lo sano con Santi, para que no piense que esto va hacia algún lado.

ARI: *Hola, he estado pensando y creo que es mejor no volver a quedar.*

SANTI: *¿Qué pasa? Pensaba que lo pasábamos bien juntos. No entiendo que cambies tan rápido de opinión cuando estuvimos bien anoche.*

ARI: *No es por tu culpa, simplemente creo que no acabamos de congeniar. Es mejor cortar ahora que apenas nos conocemos.*

SANTI: *Si es lo que quieres, vale. Avísame si cambias de opinión.*

ARI: *Gracias por entenderlo, te deseo lo mejor.*

Más tranquila, habiendo dejado claras las cosas, me doy una ducha y me dirijo a la cocina para tomarme un café bien cargado. Mientras lo empiezo a saborear veo el mensaje de Álex «No tan inocente» en la nevera y pongo debajo «Sí tan capullo» antes de irme a trabajar.

Es mi segundo día y me encanta mi nuevo trabajo. Me motiva y eso es algo que hacía mucho que no sentía. Todavía me estoy familiarizando con las herramientas que usan y mis compañeros me ayudan con cualquier duda que me surge.

Además, cada uno tenemos un blog dentro de la web. Tengo total

libertad de elección en mi rinconcito de la revista. La única obligación es publicar una vez a la semana, siempre el mismo día. A mí me toca los miércoles.

Para organizar los reportajes mensuales, nos reunimos el primer lunes de cada mes. Tenemos el mes entero para revisar todo el material, redactar el reportaje y repasarlo antes de enviarlo a los editores para que hagan su revisión.

Miro el reloj y veo que son ya casi las doce, la hora a la que tengo la primera reunión con mi jefa. Me acerco a su despacho y, tras decirme que pase, me siento en la silla vacía enfrente de su escritorio.

—Buenos días, Ari. ¿Tienes alguna idea para tu primer artículo semanal? —Va directa el grano.

—Sí, he pensado que sería interesante hacerlo sobre el nacimiento del hiphop en Nueva York en los años 70. Es un género musical bastante desconocido en nuestro país —respondo nerviosa.

—Me parece una idea fantástica. —Se queda callada pensando y decido no interrumpirla—. Es más, ¿qué te parecería hacer el reportaje mensual de mayo sobre ese tema? Creo que es algo que podría gustar. ¿Se te ocurre algo relacionado para hacer las entradas semanales de abril e ir abriendo boca a nuestros lectores?

—Mmm… Puedo hacer el primero sobre la etimología de la palabra hiphop e introducir que se compone de cuatro elementos: *MC*, *DJ*, *break dance* y grafiti. Podríamos después continuar las entradas semanales del blog profundizando en cada uno de ellos e incluso meter el quinto elemento, que es el *beat box*, que mezcla ritmo y lírica —suelto la idea según se va formando en mi cabeza.

—Fascinante. —Me mira sorprendida—. Se nota que es un tema que te apasiona y que tienes mucho que contar. ¿Crees que encontrarás material suficiente?

—Sí, entre libros, documentales y entrevistas tendré bastante.

—Tienes mi visto bueno entonces. —Se levanta con una gran sonrisa—. Puedes revisar la hemeroteca que tenemos en la primera planta. Hay material de todo tipo, tanto nuestro como de otras editoriales —añade mientras nos dirigimos a la puerta.

—Perfecto, bajo ahora mismo. Muchas gracias.

Salgo de la reunión con una sonrisa enorme en la cara. Estoy muy contenta de que mi primer reportaje sea sobre un tema que me gusta y con el que siento que puedo lucirme.

Me paso el resto de la mañana buscando información en la hemeroteca, que es mucho más grande de lo que pensaba. Incluso hay reproductores de VHS y DVD para proyectar los cientos de reportajes audiovisuales que tienen.

Se me va la hora hasta que se me acercan mis compañeros para invitarme a comer. Disfruto de una comida agradable en la que empiezo a conocer un poco más a cada uno. La mayoría entraron como becarios y los contrataron al acabar las prácticas.

Acabamos a las seis y decido acercarme al centro para ver si encuentro algún libro sobre el tema del reportaje. Después de recorrer cuatro librerías, Fnac y Casa del Libro tengo material de sobra.

Al llegar a casa me pongo un documental que he encontrado sobre rap americano. Cuando termina el documental, ojeo los libros que me he comprado esta tarde hasta que voy a la cocina a prepararme algo de verdura al vapor para cenar. Mientras cocino llamo a Laura aprovechando que estoy sola en casa.

La pongo al día con mi trabajo nuevo y el polvo desastroso que eché con Santi. Ella me cuenta sus miserias de opositora y la poca vida social que tiene. Vive sola en un piso que le dejó su abuela antes de fallecer, así sus padres no controlan sus horas de estudio. Estoy convencida de que las va a sacar porque mi mejor amiga es un cerebro con patas.

Tras una hora de conversación nos despedimos y me dirijo, con el *e-book* en mano y una manta, a mi lugar favorito: mi banco de la terraza.

Me siento y miro a mi alrededor antes de ponerme a leer. Las plantas de Álex hacen que me guste más esta terraza. Le dan un toque relajante al ambiente y el olor a tierra me recuerda a la huerta de mi abuela. Cada día estoy más enamorada de mi rincón.

Tras intentar leer la misma página por tercera vez, cierro mi libro electrónico. Me cuesta centrarme en la lectura, ya que estoy molesta

con Álex y no sé muy bien el motivo. Creo que me cabrea el simple hecho de sentirme atraída por él, porque no me conviene. Sé perfectamente que podía acabar colgada de él y es lo último que quiero.

De hecho, últimamente pienso en él mucho más de lo que querría. Antes de meterme en mi habitación, tomo la firme decisión de mantener una distancia prudencial con Álex.

Me aterra el volver a sufrir o a perderme, ahora que empiezo a reconocerme de nuevo en el espejo.

Capítulo 14
DESCOLOCADO
Álex

Han pasado varias semanas y sigo evitando a Ariadna. Odio sentirme atraído por ella por distintos motivos. El primero es que se lo prometí a Carlota. El segundo porque, cada vez que la veo, me viene a la cabeza la imagen de su lengua enredándose con la mía. Recuerdo que, por mucho que intente, no consigo olvidar. Y el tercero porque, desde esa semana, cada vez que nos cruzamos me mira como si le desagradara mi presencia.

Además, desde que Carlota las presentó oficialmente, se ha hecho muy amiga también de Sara, que es mi mejor amiga y a la que también estoy evitando por no estar con Ari.

La mañana en la tienda ha sido muy tranquila, así que no he dejado de darle vueltas al tema. ¡Joder! Nunca se me había metido tanto una chica en la cabeza y me frustra la situación más de lo que me gustaría reconocer.

Al salir del curro voy a comer con Sara. Lleva unos días bastante ausente y no tardo en sacar el tema en cuanto nos sentamos en la mesa.

—¿Qué ha hecho esta vez Salva?

—¿Te acuerdas de que el fin de semana pasado me quedé a dormir con Ari y Carlota en vuestro piso? —Asiento cuando me mira y continúa—: Al volver el domingo me encontré carmín y pelos rubios en las sábanas. Se ve que le pareció divertido tirarse a otra en nuestra cama. ¡Joder! Si yo soy morena, hay que ser retrasado —explota y se echa a llorar.

Me cambio de silla para sentarme a su lado y la abrazo hasta que se calma un poco. Siento cómo la rabia empieza a fluir por mis venas. Nadie obliga a tener pareja y menos si quieres tirarte a otras personas. Nunca entenderé para qué comprometerte con alguien si no puedes ni quieres mantener la polla dentro de los pantalones.

—¿Y qué explicación te dio? —pregunto intentando parecer calmado.

—Primero lo negó todo, pero cuando le enseñé el carmín me dijo

que había sido solo esa vez. Se cansó de repetirme que me quería y que lo perdonara. Entonces le cogí el móvil y me encerré corriendo en el baño para leer todo. Resulta que llevaba un mes tirándose a su nueva compañera de trabajo. Y no solo eso, también zorreaba con todo lo que podía.

—¡Si es que lo sabía! Nunca me ha dado buena espina. Sabía que era un cabrón. —Me duele la mandíbula de apretarla—. No creo que esté bien revisarle el teléfono a tu novio, pero te habría quedado la duda de si fue un desliz aislado o no.

—Lo sé y no estoy orgullosa de haberlo hecho, pero me daba en la nariz que había más. No sé, es como si al haberlo cazado se me hubiera caído una venda enorme de los ojos. Ahora mismo hay muchas cosas que han pasado, como reacciones suyas o comentarios de sus amigos, que me cuadran… No creo que fuera la primera vez, Álex.

—Yo tampoco lo creo. ¿Y ahora? —tanteo.

—Ahora, él se ha llevado todas sus cosas y yo me dedico a mantenerme ocupada e intentar pasar página —responde segura.

—¿Pero estás bien? Si necesitas algo, sabes dónde estoy.

—Sí, de verdad. Pensaba que iba a estar peor si lo dejábamos algún día, pero la hostia ha sido tan grande que solo siento decepción. Así que está siendo bastante llevadero. —Sonríe por primera vez en los últimos diez minutos.

—Me alegro mucho. Estar soltero es lo más divertido, y candidatos no te van a faltar —la pincho mientras pienso en si Hugo por fin se atreverá a dar el paso.

—De disfrutar de la soltería sabes tú demasiado —contesta riéndose abiertamente.

—Soy todo un maestro. ¡Déjate llevar!

Acabamos de comer mientras nos ponemos al día de mis clases y ella de su viaje a su pueblo de hace unas semanas y de sus fiestas con Ari.

Al acabar de comer acompaño a Sara a su casa, que vive cerca de

la mía. Mientras me dirijo a la nuestra me vibra el bolsillo.

SANDRA: *¿Quieres quedar para follar?*

ALEX: *A las 19h en mi casa.*

SANDRA: *Perfecto, compra condones.*

Me encanta el punto en el que estoy con Sandra. Me escribe para follar una vez a la semana. Viene, lo hacemos y se pira. Sin dramas ni pretensiones. Apenas hablamos más de cuatro frases de cortesía antes de ponernos al tema.

Esta vez no es diferente del resto y, en cuanto terminamos, se despide sin poner excusas. Decido tumbarme en el salón a ver un capítulo de *The Wire*. Carlota lleva toda la tarde desaparecida, algo raro en ella, así que decido enviarle un mensaje.

ALEX: *¿Dónde andas?*

CARLOTA: *Hoy no duermo en casa.*

ALEX: *Tendrás que contármelo en algún momento.*

CARLOTA: *En algún momento lo haré, pero todavía no. Te veo mañana, guardaespaldas.*

Me río por el nuevo apodo que me ha asignado y sigo viendo capítulos el resto de la tarde, que he decidido tomarme de descanso.

Ari lleva en su habitación hablando por videollamada desde que llegó de trabajar. Hasta he escuchado un par de risas desde el salón. Sabe reírse a carcajadas y todo.

Son las once de la noche cuando llaman al timbre. Es la cena que he pedido hace más de una hora. Cojo la caja de malas formas y pago al repartidor. Cuando estoy cerrando la puerta, Ari sale de su habitación y me mira como un perrito hambriento.

—¿Qué es eso que huele tan bien? —pregunta esperanzada.

—¿Te gusta la *pizza*?

Sonrío mientras muevo la caja frente a sus narices. Ella asiente

olisqueando el aire.

—Me encanta la *pizza*, ¿qué lleva?

—Es de carne y queso.

Me mira sonriendo y va la cocina a coger platos y bebida.

—Voy a ver una película, ¿te apetece o vas a seguir en tu cueva hablando con tu amiga? —Me mira sorprendida.

—No, ya he agotado todos los temas de conversación posibles con Laura. ¡Me apunto!

Después de discutir media hora sobre qué película ver, ponemos *American History X*. Nunca la he visto y ella insiste en que tengo que verla sí o sí.

—¿Qué te ha parecido? —pregunta nerviosa en cuanto aparecen los créditos finales.

—¿Siempre eres tan curiosa? —le contesto con otra pregunta.

—¿Y tú tan irritante? —responde suspirando.

—Me ha gustado. —No puedo evitar reírme ante su exasperación—. Se te caían las bragas con el protagonista.

—Sí, me ponen los tíos con tatuajes.

Se queda callada de repente mientras su cara se pone colorada al darse cuenta de lo que se le ha escapado sin querer.

—Es decir, obviamente un tío con una esvástica no me pone cachonda. Me pone Edward Norton como tío y, en general, algunos tíos tatuados. No todos.

—No intentes arreglarlo. Te he pillado más de una vez mirando mis tatuajes. Te pongo. Es normal. Les pasa a todas. —Sonrío mientras le guiño un ojo.

—Ya, claro, como si un tío como tú me pudiera atraer. Ya he llenado el cupo de capullos, gracias.

Noto cómo la ira empieza a nublar mi buen humor. Y es difícil, porque me lo estaba pasando bien e incluso estaba disfrutando de este rato juntos.

—¿Y por qué se supone que soy un capullo?

Pregunto como si no me importara su respuesta, aunque me importa más de lo que pensaba. Ella me mira incrédula, como si la respuesta fuera lo más obvio del mundo.

—En un mes que llevo viviendo aquí, te has follado a varias tías. De la primera ni siquiera te sabías el nombre, la segunda se fue de casa enfadada diciendo que eras un hijo de puta y hace tan solo tres horas se fue, de nuevo, tu amiga la del portal —esto último prácticamente lo escupe. Está claro que Sandra no es su persona favorita—. Así que permíteme que tenga esa opinión como hombre. Como compañero de piso me caes bien —suelta con una naturalidad pasmosa.

—¿Te has quedado a gusto?

—Sin más. Tú me has preguntado —responde indiferente.

Se levanta del sofá dispuesta a irse a su habitación. Mi cabreo aumenta al ver en su actitud que nuestra conversación le aburre. Que yo le aburro.

—Pero ¿tú quién coño te crees que eres para juzgarme? Hace un par de semanas te tiraste al pijo solo para llevarle la contraria a Sandra y, el fin de semana pasado, te fuiste del *pub* con un tío al que no conocías de nada. —Me encaro a ella—. Pero yo no te juzgo, si te apetecía hacerlo, me parece de puta madre.

—Yo no me acuesto con alguien y lo trato como una mierda después. —Me mira desafiante, alzando el mentón, como siempre—. Tú ni siquiera te molestas en hablar con ellas más de cinco minutos.

—Yo les dejo muy claro que no quiero nada más que un polvo esporádico. No incluye una conversación previa de dos horas.

Estoy intentando justificarme y no debería hacerlo. Ari me mira fijamente, niega con la cabeza y se gira dirigiéndose a su habitación.

—Todavía no hemos acabado de hablar —digo sujetándola del

brazo.

Me mira ¿con miedo? De repente en sus ojos se ve el pánico, se pone blanca y suelta su brazo de mi mano mientras me dice muy seria:

—Ni se te ocurra volver a agarrarme. Nunca.

Su tono frío y tranquilo me produce un escalofrío. Me echo hacia atrás contrariado y ella se va a su habitación.

Me quedo descolocado. No comprendo su desproporcionada reacción. Incluso la había agarrado del brazo con delicadeza, ya que me pone nervioso tenerla tan cerca y sé que no le gusta que la toquen.

Después de tranquilizarme, me meto en la cama con una sensación extraña. Me siento culpable por haber perdido los papeles, pero me irrita más el hecho de que ella piense que sería capaz de hacerle daño.

Jamás le pondría la mano encima. Una cosa es no querer comprometerme con nadie y otra muy distinta es lastimar de ese modo a otra persona. Nunca prometo nada más que sexo, si ellas se crean falsas ilusiones no es mi culpa.

Consigo dormirme después de dar vueltas en la cama durante media larga hora de insomnio. Por suerte mañana trabajo de noche y no pensaré demasiado al meterme en la cama.

Tengo un sueño muy raro en el que se mezclan ojos verdes que se alejan y un bosque oscuro que no tiene fin.

Capítulo 15
CICATRICES BAJO LA PIEL
Álex

Tras dormir mal toda la noche, decido levantarme pronto e ir al gimnasio a liberar la frustración y la culpa que siento.

He cambiado el turno a un compañero que me lo ha pedido, así que hoy trabajo de tarde y puedo aprovechar la mañana. Después de correr media hora en la cinta y hacer pesas, me ducho y vuelvo a casa.

En cuanto llego, hago un repaso a mis plantas. Riego las que lo necesitan y me centro en podar la planta más grande que tengo: una mahonia. Es un arbusto que mide casi metro y medio y que, en breves, tendré que llevar a casa de mis padres para que pueda seguir creciendo libremente en su jardín. Es una de mis plantas favoritas. Sus flores, que son amarillas y tienen forma de campana, huelen especialmente bien. Las hojas, por el contrario, son verde oscuro y tienen bordes espinosos, así que hay que tratarla con delicadeza. Me recuerda a Ariadna: bonita, pero pincha.

Cuando termino me centro en estudiar lo que resta de mañana. Me quedan pocas semanas hasta los exámenes, así que tengo que adelantar todo lo que pueda.

Al mediodía como con Carlota antes de irme a la tienda a trabajar. He preparado para los dos berenjenas rellenas al horno. Llevamos media comida prácticamente en silencio. Ha intentado sacarme conversación un par de veces, pero he contestado escueto. No me saco de la cabeza lo que pasó ayer.

—¿Me lo vas a contar ya o se supone que tengo que adivinarlo? Te pasa algo. Estás demasiado callado.

—No tengo un buen día.

Carlota suspira y hace un gesto con la mano indicándome que continúe. Decido sincerarme porque me conoce demasiado bien y va a insistir hasta que se lo cuente.

—Ayer discutí con Ariadna y no entiendo la reacción que tuvo.

—¿Qué ha pasado?

Le cuento lo que ocurrió ayer y, cuando termino, suelto lo que llevo todo el día dándole vueltas:

—Yo nunca le haría daño y no entiendo que pueda pensar eso. ¿Es la imagen que doy? ¿Que soy agresivo?

Levanto la mirada y me sorprendo, Carlota se ha puesto pálida y me mira con tristeza.

—No es por tu culpa. —Suspira profundamente.

Me pongo en alerta en cuanto noto que está nerviosa y no sabe qué contarme exactamente para no fallarle a su amiga.

—El exnovio de Ari la trataba muy mal —me explica con cara de pena.

Mi cabeza empieza a funcionar rápidamente. Mil preguntas rondan mi cabeza, pero no quiero meter a Carlota en un compromiso. ¿Por eso odia que la toquen? ¿Por eso se apartó ayer tan bruscamente? Tal vez lo que hice la llevó de viaje al pasado. ¿Hasta dónde habría llegado ese hijo de puta? Las preguntas no paran de acumularse en mi cabeza, así que hago la única que me importa realmente.

—¿Le puso la mano encima? —pregunto con miedo a su respuesta y con una opresión en el pecho que me desconcierta.

—No me corresponde a mí contarte esto, Álex. Pero sí te puedo decir que Ari tiene cicatrices bajo la piel que todavía no están cerradas. Y, aunque pase el tiempo, algunas van a ser difíciles de olvidar.

—¡Mierda! —exclamo con furia, lo que hace que Carlota pegue un pequeño bote en su silla, y me voy a mi habitación.

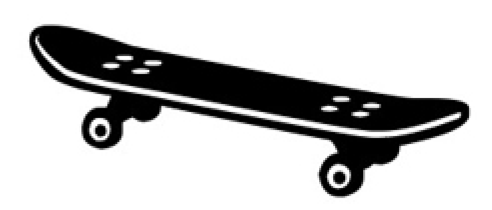
Empiezo a pasarme las manos por el pelo y a dar pequeños tirones a las puntas. Una manía que solo hago cuando estoy agobiado o muy cabreado, como ahora mismo.

Por lo general, soy una persona tranquila. Nunca he sido de meterme en peleas ni buscar broncas absurdas, aunque mentiría si dijera que ahora mismo no me gustaría partirle la cara al exnovio de Ariadna.

¿Por eso ella se vino a Madrid? ¿Para huir de él? Sabía que ocultaba algo más por su forma de ser. Más de una vez la he observado con la mirada perdida en la cocina y he notado cómo se tensaba en Trueno si alguien se le acercaba demasiado.

Mis pensamientos se mezclan unos con otros y tengo demasiadas preguntas sin respuesta. ¿Cómo puede una persona tratar tan mal a la persona con la que, voluntariamente, mantiene una relación? ¿Por qué me importa tanto? No dejo de pensar en cómo le hice sentir ayer. Si llego a saberlo, no hubiera sido tan brusco al hablarle o habría bloqueado la puerta con mi cuerpo en lugar de sujetarla del brazo. Pero, siendo sincero, lo que más me jode es que ella se asustara pensando que podría hacerle algo.

Me voy a trabajar con la cabeza centrifugando sin pausa. Apenas hablo cuatro palabras con Sara y Hugo cuando nos cruzamos en los vestuarios. Por suerte, con mis compañeros de la tarde no tengo tanta confianza, así que no me preguntan nada cuando notan que estoy más serio de lo normal.



Llego a casa a última hora para cenar algo rápido, cambiarme e irme al bareto a trabajar. Al llegar me encuentro a Ari en la cocina cenando. Creo que se merece una disculpa por cómo me comporté, así que me siento en la silla libre enfrente de la suya. Me mira con cautela, como si no supiera cómo actuar.

—Quería disculparme por lo que pasó ayer. Desde el primer día me dejaste claro que no te gustaba que te tocaran y no tenía que haberte sujetado del brazo. No quería que salieras del salón, pero podía haberlo hecho de otro modo.

Está muy sorprendida por mis disculpas y tarda un par de segundos de más en contestar.

—No tienes que disculparte, en tal caso tendría que hacerlo yo por mi reacción. En ningún momento me hiciste daño ni pensé que fueras a hacérmelo. No reaccioné bien porque me altero con las discusiones.

—Entonces, ¿estás bien?

—Vaya, no esperaba que me fueras a pedir perdón y menos a preocuparte por cómo estaba. Eres una caja de sorpresas, Alejandro —dice sonriendo tímidamente.

—Apenas me conoces. Sé pedir perdón cuando creo que me equivoco.

Justo en ese momento suena el timbre y Ari se levanta de la silla.

—Es Sara, hemos quedado para tomar algo. Nos pasaremos por vuestro local luego.

Camina hacia la puerta, pero antes de traspasarla se gira y me mira sonriendo.

—Gracias, de corazón —susurra, removiendo algo, desconocido por mí hasta ahora, en mi pecho.

Ya se ha ido de la cocina cuando reacciono a la sonrisa que me ha regalado al darme las gracias, porque no puedo dejar de pensar en lo mucho que me gustan las pecas que le salpican la cara cuando está relajada.

Capítulo 16
¿AMIGOS?
Ari

Salgo de la cocina todavía alucinando por lo que acaba de suceder.

Llevo todo el día nerviosa tras la discusión de ayer con Álex. A pesar de que estaba claro que él llevaba semanas evitándome, durante la *pizza* y la película había llegado a pensar que podríamos llevarnos bien. Me sentí cómoda a su lado por primera vez, hasta que empezamos a discutir.

Es cierto que lo juzgué por su forma de tratar a las chicas y, tal vez, no sea justo puesto que, por lo que me dicen siempre Carlota y Sara, él es sincero con las personas con las que se acuesta. Aun así, me cabreó que asegurara que me pone porque lleva tatuajes, ¿de verdad cree que soy tan básica?

Sin embargo, cuando me agarró del brazo, no pude evitar recordar situaciones pasadas que todavía me cuesta digerir. El miedo volvió a mí y sé que lo notó, vi su cara de confusión.

Me pasé toda la mañana en el trabajo pensando en el asunto y sabiendo que debía hablar con él. De todos modos, dudaba de si podríamos mantener una conversación cordial al respecto.

Lo que no contaba era con que Álex me pediría perdón ni mucho menos le importaría si estaba o no bien después de lo que sucedió. Me ha sorprendido gratamente. Tal vez no sea tan gilipollas como pensé al principio.

En cuanto abro la puerta, Sara empieza a hablar con su alegría habitual.

—No sabes las ganas que tenía de salir. Si llegas a decir que no, te habría suplicado horas.

Me río ante su dramatismo.

—Tranquila, me apetece mucho salir hoy. ¿Has cenado?

—Sí. ¿Está Álex o ya se ha ido?

—Está en la cocina. Me arreglo mientras hablas con él.

—Genial. De paso voy preparando nuestras primeras copas —añade guiñándome un ojo.

Me pongo un vestido negro flojo de manga larga. Como pasar frío no es una opción para mí, me declino por unas medias tupidas y mis botas Dr. Martens negras. Añado algo de color con una camisa grande verde militar.

Me recojo el pelo en un moño despeinado y apenas me maquillo. Nunca me ha gustado especialmente el maquillaje, así que no suelo echarme ni base ni colorete.

Cuando vuelvo a la cocina, Álex ya se ha ido a trabajar y Sara me está esperando con dos copas, tal y como me ha prometido.

—¿Te puedes creer que me ha escrito Salva para vernos? Que echa de menos estar conmigo dice —me cuenta en cuanto nos sentamos en los sofás.

—¡Qué sinvergüenza! ¿Qué le has dicho?

—Nada, no le he contestado —responde riéndose.

—Muy bien. Brindemos por ello.

Tras varias copas y un poco de música comercial, nos movemos al *pub*. Lo primero que hacemos es ir a saludar a Carlota. Esta semana la he visto poco entre mi trabajo y que ella ha quedado bastante con Marcos. Aun así, hablamos continuamente por mensajes y nos mantenemos informadas de la vida de la otra.

—¿Mejor con Álex? —pregunta cuando Sara se va a la otra barra a hablar con él.

—Sí, me ha pedido perdón cuando estaba acabando de cenar. La verdad, me ha descolocado.

—Es buen tío, lo que pasa es que le cuesta mostrarse tal y como es con la gente que apenas conoce. Marcos habla de él como si fuera su hermano y el mejor tío del mundo. Creo que están enamorados el uno del otro desde que eran adolescentes porque Álex dice exactamente lo mismo de él.

Empezamos a reírnos de su ocurrencia cuando Sara vuelve junto a nosotras. Ni siquiera pregunta de qué nos reímos, simplemente se une a nuestras carcajadas.

Nos despedimos de Carlota con nuestras consumiciones y nos vamos a la pista. No sé cuánto rato estamos bailando y pasándolo bien hasta que un par de chicos empiezan a molestarnos.

—Guapa, ¿bailamos? —dice uno de ellos con chulería.

—No, gracias —respondo.

—Tal vez tu amiga sí quiere bailar, ¿quieres? —responde su amigo mirando a Sara.

—Tampoco. Estamos bien solas, gracias —contesta ella secamente.

Siguen insistiendo, pero nosotras ni siquiera les contestamos y seguimos a nuestra bola como si no existieran. De repente, uno de ellos me agarra la cintura y, justo cuando me estoy girando para empujarlo, su agarre desaparece bruscamente.

—Tío, no la toques. Os han dicho que no varias veces. —Escucho la voz de Álex.

Sara mira la situación sorprendida y no es para menos. Álex ha apartado de malas formas al chico que me ha agarrado.

—¿Y tú quién te crees que eres? Anda, dedícate a poner copas.

—Fuera —dice una voz ronca comiéndose la respuesta de Álex.

El portero que acaba de llegar echa a los dos chicos, que se van sin protestar. Tal vez que sea igual de ancho y grande que un armario empotrado ayude bastante.

En ese momento, me giro hacia Álex, que me está mirando intensamente.

—Gracias, pero sé defenderme solita.

—No tengo ninguna duda. Simplemente venía del baño, he visto cómo te agarraba y sé que no te gusta. Además, trabajo aquí y Ángel siempre nos dice que si alguien se pone pesado le llamemos la

atención o avisemos a los porteros, que es lo que he hecho antes de apartarlo —dice levantando los hombros como si fuera lo lógico.

Voy a rebatirle, pero ya se está dirigiendo cabreado a su barra. Me ha descolocado totalmente su reacción. ¿De verdad lo ha hecho porque es su trabajo o ha sido por lo que pasó ayer?

—Si no lo conociera, diría que Álex se ha puesto celoso —dice Sara riéndose a mi lado.

¿Celoso? Lo dudo mucho.

Empieza a sonar *Corazón de mimbre* de Marea y no puedo evitar mirar a Álex disimuladamente cuando la letra llega a la parte que dice: «Y me confesó… Cuando quieras arrancamos, que las líneas de la mano lo leyó, que se acabó el que la quemara el sol, pero se asustó. Como te retumba el pecho, tranqui, solo es mi maltrecho corazón, que se encabrita cuando oye tu voz, el muy cabrón…».

Álex sigue sirviendo copas, pero su rostro está serio. Cuando hacemos contacto visual, aparto la mirada rápidamente.

Llego a casa con Carlota antes de que cierre Trueno. Ya quedaba poca gente y su jefe la ha mandado a casa porque no se encontraba del todo bien. Lo cierto es que no tiene muy buena cara.

—¿Qué ha pasado antes? ¿Por qué el portero ha echado a un par de tíos? —pregunta mientras estamos comiendo algo antes de irnos a dormir.

—Unos gilipollas se pusieron muy pesados. Álex empujó a uno cuando se nos acercó demasiado.

—Me cuadra. Álex es protector con sus amigas, le sale sin que pueda remediarlo. Al menos parece que las cosas han mejorado entre vosotros.

—Será eso.

Cuando me meto en la cama no paro de pensar en sus palabras.

Álex y yo, ¿amigos? No sé por qué, pero esa idea no me gusta. Álex no me mira como mira a Sara o Carlota o me trata como las trata a ellas. Que yo sepa, no se ha besado con ninguna de las dos. Pero

tampoco creo que fueran celos como me ha dicho Sara. Dudo mucho que Álex sienta ese tipo de atracción por mí. Aunque a mi autoestima no le importaría creer que él pueda llegar a sentir celos porque otro chico ligue conmigo. Esa idea sí que me saca una pequeña sonrisa.

Capítulo 17
CAMBIOS DE HUMOR
Ari

Es sábado y no consigo dormir hasta tarde como tenía planeado. A las diez, cabreada con mi afán de madrugar todos los días, decido ir al gimnasio a dar unos largos en la piscina.

Preparo la bolsa y paso por la cocina a desayunar algo. Mientras se calienta mi café dejo un mensaje en la nevera: «¡Fin de semana por fin!».

Tras nadar un buen rato, me doy una ducha caliente. Cuando estoy saliendo por la puerta del gimnasio, siento cómo vibra mi móvil.

SARA: *¿Te apetece comer en mi casa?*

ARI: *Acabo de salir del* gym*, ¿te viene bien si me acerco ya? Si paso por casa me dará pereza salir luego.*

SARA: *Cuando quieras, aquí te espero.*

Tras una comida tranquila con Sara hablando de la noche anterior y ver una película, decido irme a casa a media tarde para descansar y leer. Pero al llegar me encuentro a Carlota con muy mala cara.

Dejo la mochila en la puerta del salón y me acerco rápido hasta el sofá.

—¿Qué te pasa? —le pregunto preocupada—. ¿Estás peor que ayer?

—No lo sé. Pensé que había cogido frío por la tarde, pero ahora puede que sea un virus. Lo he vomitado todo y he ido al baño cinco veces. Creo que tengo gastroenteritis. Me siento muy débil. —Suspira.

—Espera, te voy a dar suero para beber y ya verás como te sienta bien.

Cojo un sobre del cajón de medicamentos que tenemos en el salón y voy a la cocina para preparar la mezcla con agua. Al volver al salón diría que incluso tiene peor cara que antes.

—Toma. En un rato te encontrarás mejor.

Le paso la botella mientras le pongo una mano en la frente. Parece que al menos fiebre no tiene.

—Tengo que estar bien. Entro a las once a trabajar —me dice convencida.

—Imposible, Carlo. Así no puedes salir de casa y menos ir a poner copas con todo ese jaleo y yendo al baño cada diez minutos. Hasta mañana, mínimo, dudo mucho que estés mejor.

—No puedo dejar tirado a Ángel a tan pocas horas de abrir. Siempre se ha portado muy bien conmigo.

—Lo sé, pero no puedes…

No puedo terminar la frase porque me aparta y se va corriendo al baño a vomitar. Al volver me mira con cara de resignación.

—Tienes razón. Pasaría más tiempo en el baño que atendiendo la barra.

Se queda pensativa hasta que me echa una mirada que no tiene buena pinta. Me puedo imaginar por dónde van los tiros y no me gusta nada la idea.

—Necesito que me hagas un favor.

—¿Cuál? —pregunto cruzando los dedos porque haya entendido mal su expresión.

—Necesito que me cubras. ¡Por favor! El dinero de esta noche es tuyo, lógicamente —suplica.

—Ni de coña. No tengo ni idea de servir copas —digo negando con la cabeza—. Yo soy más de bebérmelas.

—Es muy fácil. Mi barra es pequeña y no tardarás nada en hacerte con ella. La gente pide chupitos o cubatas: vaso, hielo, limón, alcohol y refresco —explica como si fuera lo más sencillo del mundo.

—No. No me gusta llevar tacones ni tengo ropa sexi para ponerme

—replico al instante.

—Es un bar de *rock*, no un sitio de cócteles. A Ángel le da exactamente igual si vas en zapatillas y vaqueros. Él solo quiere a alguien que cubra la barra. Soy yo la que se arregla para trabajar porque me gusta, pero no es necesario —aclara sonriente sabiendo que está tirando por tierra todos mis argumentos.

—Además, no quiero trabajar con Álex. Aunque la cosa esté un poco mejor entre nosotros, sigue siendo todo muy tenso cuando estamos los dos en el mismo espacio.

—Tonterías. Si prácticamente no vais a cruzar palabra en toda la noche. Cada uno tiene su barra. Venga, si hasta te pidió disculpas ayer. Eso es porque le caes bien.

Ahora la que suspira frustrada soy yo. Sé que ya no me quedan casi excusas y decido lanzar mi última carta.

—¿Y crees que tu jefe aceptará que vaya alguien que no tiene nada de experiencia?

—Lo llamo y confirmamos. Dudo mucho que ninguno de los extras que usa cuando hay fiestas privadas o en fechas especiales esté libre si avisa con tan poco tiempo.

Tras la llamada vuelve y me dice que a Ángel le parece perfecto, que no tiene tiempo para buscar a nadie y que vaya a las diez para que Álex me explique todo antes de abrir. Genial, tiene que ser justamente él quien me enseñe.

Después de muchos abrazos por parte de Carlota y la promesa de darme clases para mantener mi nivel de inglés, me pongo un vestido negro con brillos, unas medias de topitos y unas Vans clásicas. Me aliso el pelo y me maquillo los ojos con sombra negra y rímel para que resalte el color verde. Esta vez sí me pinto los labios de rojo, me gusta el contraste.

Cuando voy a salir de casa, llega Marcos para cuidar a Carlota. Estos dos van más en serio de lo que se creen y yo me alegro mucho por ellos. Me pregunto cuándo se dará cuenta nuestro compañero de piso de lo que pasa. Aunque a su favor tengo que decir que disimulan muy bien cuando estamos con todo el grupo.

Al llegar a Trueno me encuentro con un Álex que me mira de arriba abajo sin cortarse un pelo y frunce el ceño. Me presenta a Ángel y me enseña todo lo que tengo que saber con frases cortas y secas. Adiós al buen rollo de ayer.

Cuando ambos creen que ya tengo todo controlado, me dejan sola en la barra de la derecha, mientras Álex cubre la de la izquierda y Ángel se encarga de la música. Además, hay otro camarero, que se llama Fran, que se dedica a recoger las copas vacías y a reponer las bebidas y refrescos mientras nosotros servimos.

La noche está siendo bastante tranquila y poco a poco me siento más cómoda mientras pongo copas y atiendo a los clientes más rápido.

—¿Qué te pongo? —le digo al chico de ojos azules que me sonríe desde el otro lado de la barra.

—Un Barceló con Coca-Cola. ¿Eres…

Justo en ese momento se acerca una chica y grita lo que quiere por encima de la música, cortando la pregunta. Veo que el chico me sonríe tímidamente mientras me agacho para coger dos vasos limpios.

—Perdona, te estaba preguntando si eras nueva. No me suena que trabajes aquí.

—Estoy cubriendo a la camarera que está enferma —contesto mientras echo un par de hielos en los vasos.

—Ya me parecía. Me habría…

—¿Puedes echar un poquito más?

La chica de antes vuelve a interrumpirlo cuando estoy echando la bebida y él suspira exasperado. Le pongo a la chica delante la copa con la cantidad exacta que me ha dicho Álex antes y ella se marcha airada tras pagar. En ese momento, el chico me agarra del brazo. Me enderezo al instante, me hace sentir incómoda que me toque.

—No paran de interrumpirnos. ¿Puedo esperar a que salgas de trabajar?

—No, lo siento. No se nos permite ligar con clientes —improviso

sobre la marcha mientras le aparto el brazo con una sonrisa tirante.

Es guapo y parece simpático, pero lo último que me apetece hoy es ligar con desconocidos o que cojan esas confianzas sin apenas conocerme de nada.

—Bueno, tenía que intentarlo —responde cogiendo su cubata y mezclándose con la gente después de guiñarme un ojo.

He notado que Álex ha estado pendiente de mí todo el rato. No ha parado de mirar y vigilar que todo estuviera bien. De hecho, ahora mismo está fulminando con la mirada el cogote del chico.

Al cerrar el bar, llega el personal de limpieza mientras nosotros recogemos las mesas bajas que hay junto a los sofás y las copas sueltas que hay en las barras altas.

—Lo has hecho muy bien, ¿quieres trabajar como extra? —me propone Ángel cuando estoy acabando de recoger vasos vacíos.

—Creo que he tenido suficiente con hoy. Lo mío es más trabajo de oficina. No podría seguir el ritmo de trasnochar sí o sí todos los fines de semana —le contesto.

—Bueno, como vives con Carlota y Álex, si cambias de opinión en cualquier momento, solo tienes que pedirles mi número.

—Lo tendré en cuenta. —Sonrío agradecida—. Gracias.

—Me voy. Hoy le tocaba a Carlota cerrar, así que Álex te ayudará a reponer las neveras y dejar todo listo para mañana. —Se gira y, mirando a mi compañero de piso, añade—: Te debo una noche libre por haber venido hoy antes y por quedarte ahora. Avísame con tiempo para llamar a alguien cuando sepas qué día necesitas.

Tanto el personal de limpieza como Ángel y Fran se despiden, dejándonos completamente solos. Álex se muestra más callado que nunca, apenas me ha dirigido la palabra en todo este rato y me está poniendo nerviosa.

Pasados veinte minutos, ya hemos hecho lo requerido en un sepulcral silencio. Prácticamente hemos terminado, pero la situación es ridícula e incómoda. Pensaba que habíamos avanzado, pero se ve que no.

Sus cambios de humor me enfurecen y hacen que mi peor versión quiera salir a pasear. No sé cuánto tiempo más voy a poder aguantar su actitud de mierda sin explotar.

Capítulo 18
INEVITABLE
Álex

Desde que vi llegar a Ariadna con ese vestido negro corto, no he podido dejar de mirarla. Además, los labios pintados de rojo resaltan todavía más sus ojos verdes. Sabía que iba a ser una auténtica tortura no pensar en borrarle el carmín a mordiscos esta noche.

Pensaba que le iba a costar más controlar la barra, pero lo cierto es que ha pillado todo a la primera y no he tenido que repetirle ni la distribución de las bebidas ni cómo debía marcar las consumiciones en la caja registradora.

Me he pasado el turno observando de reojo su barra. Bastantes tíos se le han acercado con ganas de candela, pero ella ha despachado a casi todos con una sonrisa. Aun así, me jode estar celoso.

Estoy demasiado pendiente de ella. No dejo de mirar sus labios rojos, deseando volver a devorarlos. Me pone cachondo. Mejor dicho, llevo un rato pensando en meter las manos por debajo de su vestido. Me frustra y me cabrea no poder sacarla de mi cabeza.

—¿Te pasa algo? ¿Todavía estás enfadado por lo que pasó el otro día? —pregunta cuando terminamos de reponer las bebidas en los congeladores de ambas barras.

—No, para eso tendrías que importarme.

—¿Es necesario que contestes así?

Pone los ojos en blanco y cruza los brazos para demostrarme que le ha molestado mi respuesta. Tal vez he contestado demasiado borde, pero mi cabreo por sentirme celoso contesta por mí.

—¿Era necesario sonreír tanto a todos los chicos que se han acercado a tu barra? —le suelto bruscamente y veo cómo me mira alucinada—. No me mires así, no estoy diciendo ninguna gilipollez.

—¿Perdona? Yo sonrío a quien me da la gana. Además, ¿me lo dices tú? El tío que se va cada noche con una después de trabajar —contesta enfadada.

—Al menos todas tienen muy claro que van disfrutar de buen

sexo.

—Estás demasiado pagado de ti mismo. Seguramente ellas no piensen lo mismo —responde altiva.

—¿Quieres comprobarlo? —pregunto con una sonrisa de lado y acercándome un paso a ella.

Ni siquiera sé lo que estoy haciendo. ¿Ligando con Ari? Tal vez, aunque dudo que ella me siga el juego.

—Eso te gustaría a ti, follarme. Pero dudo mucho que folles como me gusta.

Me deja sorprendido con su reto, pero todavía más cuando da un paso y se queda a dos metros de mí, mirándome fijamente.

Sé que es muy mala idea tener esta conversación, pero veo que ella sonríe de una forma nueva, traviesa. Me está desafiando.

—Cuida esa boquita, Ariadna. No te pega nada hablar así de sucio —contesto lentamente saboreando todavía lo bien que han sonado sus palabras.

—¿Qué pasa? ¿Te pone mi forma de hablar o es que sabes que no estarías a la altura? —pregunta con cara de inocente.

—Sería muy fácil hacer que te corrieras gritando mi nombre. Seguro que eres de las que se tumban y dejan que el chico haga todo. Una chica mueble, de las que aburren —añado riéndome mientras me acerco un paso a ella.

—A lo mejor no me conoces tanto como crees. Te sorprendería. —Se ríe negando con la cabeza.

—¿Es una proposición? —le pregunto tanteando con una sonrisa ladeada.

Esta conversación me está poniendo cachondo y me estoy olvidando de la promesa que le hice a Carlota de no tirarme a nuestra compañera de piso. Aunque, siendo justos, ella también tiene parte de culpa de lo que está pasando.

—No tienes cojones para comprobarlo.

Me acaba de retar mientras se acerca y se queda a un palmo de mi cara, desafiándome con la mirada.

En ese momento besarla de nuevo se convierte en una necesidad. De hecho, creo que es la mejor idea que he tenido en mi vida. Sus ojos también se han posado sobre mis labios mientras entreabre inconscientemente la boca. Me lo tomo como una clara invitación.

Acorto la poca distancia que nos queda y estampo mis labios contra los suyos. Ella me devuelve el beso y pega su cuerpo al mío, agarrándome por la camiseta. Suelta una exclamación de sorpresa al sentir mi polla dura. Nuestra conversación y su actitud me han puesto a mil.

Sin dejar de besarnos, entramos en la sala de empleados. Empiezo a besarle el cuello lentamente, deslizando la lengua desde el hombro a la oreja y dando un pequeño mordisco al llegar al lóbulo. Ella gime e impulsa sus caderas contra las mías, buscando el contacto de nuestros cuerpos.

Disfruto de su tacto cuando mete sus manos nerviosas por debajo de mi camiseta. Al notar su mano deslizándose por mis abdominales, la llevo al sofá y la deposito allí con cuidado, sin separar nuestras bocas en ningún momento.

Pierdo la noción de cuánto tiempo pasamos manoseándonos por encima de la ropa y besándonos. Estoy a punto de quitarle el vestido cuando soy consciente de dónde estamos.

—Por mucho que me joda, no creo que este sea el mejor sitio para echar un polvo —le digo mientras observo sus labios rojos, que me piden a gritos que los siga devorando.

Ari mira a nuestro alrededor desorientada.

—No, no sé qué ha pasado.

—Hay atracción y la estamos resolviendo, nada más.

—¿Estamos?

—Eras tú la que me estaba tocando el culo hace cinco minutos. Así que diría que sí, la estamos resolviendo juntos.

—No lo recuerdo —responde riéndose mientras vuelve a poner sus manos sobre mi trasero y me besa.

Al final va a ser cierto que me va a sorprender. Esta Ari traviesa me vuelve loco.

Tras varios besos más y alguna que otra caricia furtiva, hago acopio de toda mi fuerza de voluntad y me separo de ella. Antes de levantarme del sofá, me inclino y le doy un beso corto.

Ari se agarra a la mano que le estoy tendiendo y se levanta. La miro y está increíble con el pelo despeinado y los labios hinchados.

—¿Por qué me miras así? —pregunta frunciendo el ceño—. Estoy hecha un asco, ¿verdad?

—Para nada. Estás jodidamente sexi.

Se pone colorada y me sonríe tímidamente antes de salir hacia el *pub*.

Acabamos de recoger en un silencio muy distinto al anterior. Este silencio es cómodo, toda la tensión anterior ha desaparecido.

Cuando terminamos nos dirigimos a casa sin hablar, cada uno sumido en sus pensamientos.

Capítulo 19
QUE QUEDE ENTRE NOSOTROS
Álex

¿Qué coño ha pasado?

A medida que nos vamos acercando a casa empiezo a dudar de si ha sido una buena idea enrollarnos esta noche, por todo lo que podría implicar tanto en la convivencia como en nuestro grupo de amigos. Y yo dando consejos a Marcos que para mí no cumplo.

Ari me pone. Mentiría si dijera que no había vuelto a pensar en besarla desde que lo hicimos en el concierto. También mentiría si dijera que me arrepiento de lo que ha pasado hace un rato en el bareto, porque no me arrepiento en absoluto, pero todo esto podría complicarse mucho.

Entramos en el ascensor y, por primera vez en media hora, mantenemos contacto visual cada uno en una esquina del ascensor. No sé en qué estará pensando, pero primero me mira como si estuviera en mitad de un gran dilema y, a continuación, se lanza sobre mí y me besa muy segura.

Me quedo quieto sin saber qué hacer. Ari debe sentirlo y se empieza a retirar arrepentida, pero reacciono y la agarro de la cintura para acercar de nuevo nuestros labios y meter mi lengua en su boca.

Entramos en casa y vamos directos a su habitación. En cuanto cerramos la puerta volvemos a besarnos con urgencia.

Me quito la camiseta y ella no disimula al mirar mi cuerpo mientras vuelve a morderse el labio inferior. Se acerca y empieza a depositar besos lentos por mi pecho. Es una maravillosa tortura.

Nos vamos explorando cada vez con más ganas hasta que nos tumbamos en la cama. Cuando ya no puedo más, le saco el vestido por la cabeza y me quedo fascinado con su cuerpo. Tal y como pensé en su día, sus pechos encajan a la perfección en mi mano. Antes de centrarme en ellos, le quito las zapatillas y las medias, dejándola únicamente con la ropa interior.

Noto cómo se pone tensa y se intenta tapar. Me levanto y bajo la persiana. No quiero que sus inseguridades le impidan disfrutar del momento.

—¿Mejor así? —pregunto inseguro.

—Gracias.

Cuando mis ojos se acostumbran a la penumbra distingo su cuerpo en la cama. Me quito los pantalones antes de tumbarme a su lado.

Tras unos minutos más explorándonos por encima de la ropa interior, desabrocho su sujetador, cuando noto que vuelve a estar relajada, se lo quito con cuidado, dejando un reguero de besos desde el cuello hasta el pezón. Cuando mi boca se lo succiona, se le escapa un pequeño gemido, que produce una fuerte sacudida en mi polla. En ese momento, mete la mano dentro de mis bóxer y empieza a subir y a bajar la mano con calma, provocando que se me corte la respiración al sentir el contacto.

Aprovecho para meter la mano libre en sus bragas y empiezo a hacer movimientos circulares con el dedo sobre su clítoris.

—¡Joder, estás empapada! —gimo mientras deslizo un dedo en su interior.

Ari acelera el movimiento de su mano. La beso con hambre a la vez que le aparto la mano de mi miembro.

—Como sigas así me voy a correr —explico con la respiración agitada—. Déjate llevar —le suplico.

Acelero mis movimientos sobre su centro, hasta que se deshace en mi mano. Me acerco el dedo a la boca y lo saboreo lentamente. Sabe tan bien como me esperaba.

—Creo que sí sé follarte como te gusta —susurro en su oído cuando noto un último espasmo, antes de darle un pequeño mordisco en el cuello—. Tardaré en olvidar esos gemidos suplicando que acelere.

—Cállate, Álex —responde con una sonrisa traviesa—. Ahora me toca a mí demostrarte que no me conoces en absoluto.

Estiro una mano para coger un preservativo de mis pantalones y me siento en la cama, con la espalda apoyada en la pared. Ella entiende mi invitación y se pone a horcajadas sobre mí. Voy a

agarrármela para meterla en su estrechez, pero ella se adelanta. La coge con su mano suave y la coloca en su entrada.

Va deslizando mi miembro en su interior poco a poco, haciéndome enloquecer. Está apretada y contrae los músculos con cada pequeño impulso que intento hacer. Me pone las manos en el pecho para que le deje marcar el ritmo a ella. Yo encantado, me está volviendo loco con sus movimientos lentos.

Una vez que está toda mi longitud dentro, se mueve arriba y abajo sensualmente mientras yo le agarro los pechos. Con cada bajada siento un placer inmenso. Tengo que reconocer que sí sabe moverse bien.

Empieza a acelerar y yo ya no puedo más. Le agarro el culo y empiezo a darle embestidas siguiendo su ritmo mientras ella me besa y gime contra mis labios.

Tras unos minutos moviéndonos al unísono pongo las manos en sus caderas y, con un movimiento rápido, la coloco debajo. No dejo de besarla mientras me vuelvo a introducir en ella. Fuerte y conciso. Se le escapa un grito de placer y pongo su mano en su boca.

—Shhh, nos va a escuchar Carlota —susurro antes de saborear su cuello.

Esta vez no dedicamos tiempo a explorarnos. Levanto su pierna para apoyarla en mi hombro cuando ella arquea la espalda y me deslizo más profundo. Pongo mi mano en su clítoris, presionando su punto sensible de nuevo. Aceleramos el ritmo y me corro cuando Ari aprieta mi polla con sus paredes al alcanzar otro orgasmo.

Me tumbo a su lado y la abrazo, acercando nuestros cuerpos. Ambos estamos agotados y pasamos varios minutos en silencio intentando respirar.

Cuando noto que mi erección empieza a perder fuerza, le doy un beso en la frente y me levanto sin demasiadas ganas. Echo el preservativo en la papelera y escucho cómo ella reacciona y se incorpora.

Mi cabeza también espabila y empieza a ser consciente de lo que acaba de pasar. Sigo sin arrepentirme. Tal vez sea porque es la primera vez que follo con alguien que me saca tanto de mis casillas o por la que siento tanta atracción, pero ha sido uno de los mejores

polvos de mi vida.

Vuelvo a la realidad cuando la escucho andar. Enciende la luz y veo que se ha puesto uno de sus pijamas de dibujos. Me observa seria y, pasados un par de segundos, su mirada recorre mi cuerpo, todavía desnudo. Deja de mirarme cuando carraspeo incómodo.

—Esto ha sido un error. No debería haber ocurrido —suelta.

—Cualquiera lo diría después de tu asalto en el ascensor —respondo con voz ronca dejándome caer en la cama.

—Fuiste tú el que se abalanzó sobre mí en el bar —contraataca.

Giro la cabeza y veo que está mirando la pared fijamente.

—Lo estabas deseando… Y ni te molestes en negarlo —añado en cuanto noto que va a replicar.

—No volverá a pasar.

—Tranquila, no soy de los que repiten, ya lo sabes. No te quiero llorando detrás de mi dentro de unas semanas —afirmo cabreado viendo su cara de arrepentimiento y su manía de calificarme como error.

Me levanto y me pongo el calzoncillo dirigiéndome a la puerta con el resto de la ropa en una mano y las deportivas en la otra.

—No, vete por la terraza. No quiero que Carlota se entere. Es mejor que quede entre nosotros.

—Totalmente de acuerdo. Tú y yo no nos hemos acostado.

Abro la puerta de la terraza, pero antes de irme me giro con mi sonrisa más canalla.

—Jamás te he escuchado gemir mi nombre mientras te corrías en mi mano —suelto con chulería.

—Capullo.

Cierro la puerta riéndome cuando la veo lanzarme un cojín frustrada.

Capítulo 20
RESACA EMOCIONAL
Ari

Vaya cagada de las grandes.

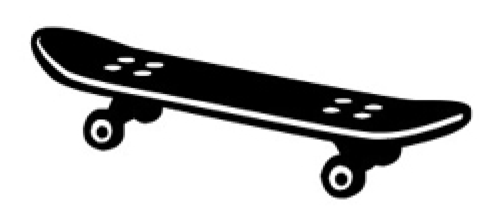
Por mucho que intente entender cómo he terminado con Álex en mi cama, no consigo encontrar una explicación.

En el *pub* me dejé llevar y disfruté de su forma de tocarme. Sentí que le gustaba mi cuerpo y eso me dio confianza. Pero cuando entramos en el ascensor, no sé si fue porque estaba muy sexi con la boca llena de mi pintalabios, algo de lo que parecía no haberse dado cuenta, o que tuve la necesidad de volver a sentirme deseada, pero me lancé sobre él.

Antes de todo lo que pasó con Quique, yo era una persona decidida que hacía lo que quería. Parece ser que todavía quedan trazos de la Ari que me gustaba.

Pero esto ha sido una idea pésima por varios motivos, que empiezo a enumerar mentalmente. Primero, me siento sucia, solo soy un nombre más en su lista de conquistas, ¿la tercera o la cuarta desde que lo conozco? Segundo, esto puede perjudicar la convivencia en el piso y no quiero, bajo ningún concepto, que afecte a mi relación con Carlota. Y tercero, y no menos importante, no me cae bien. Es un gilipollas y apenas hemos conseguido mantener un par de conversaciones decentes.

Suspiro frustrada. Va a ser una larga noche de insomnio y ni siquiera puedo culpar al alcohol porque no habíamos bebido ni una gota. Me giro en la cama e intento conciliar el sueño.



Apenas he dormido más de dos horas seguidas en toda la noche. Cada vez que despertaba me sentía confusa por lo que había ocurrido y tardaba demasiado en volver a dormirme. Mi mente no deja de recrear su forma de tocarme y besarme. Hacía tanto que no me sentía tan deseada que es extraño.

Besa bien, eso es innegable. Además, está bueno. Cuando lo vi desnudo, fue difícil apartar la mirada. No tiene cuerpo de revista, pero sí los músculos definidos. Me encantó sentir cómo se estremecía cuando lo tocaba.

Sin embargo, no me gustó cómo me sentí cuando me vio desnuda. Mi exnovio consiguió borrar toda la confianza que tenía en mí misma. Es algo que todavía tengo que trabajar y me cuesta. Por suerte, él lo notó y bajó la persiana. No puedo negar que me gustó ese detalle, que no insistiera en verme desnuda.

Noto un suave cosquilleo creciendo en mi estómago y decido que es el momento de levantarme de la cama. Tendré que cambiar la ropa de cama hoy sin falta.

Al llegar a la cocina, me encuentro a Carlota y a Álex desayunando mientras hablan animadamente. Carlota está de pie cambiando los imanes, cuando se aparta para dejarme pasar leo: «Se ruega que respeten las horas de sueño ajeno».

—¡Buenos días, Ari! Estaba comentándole a nuestro compañero de piso que vaya gemidos la chica de anoche. Se la escuchaba desde mi habitación. Deberíamos comprarnos unos cascos con cancelación de sonido —dice partiéndose el culo.

Avergonzada, me giro rápidamente con la excusa de meter las sábanas en la lavadora y miro de reojo hacia la mesa.

—¿Sí? No escuché nada. —Decido hacerme la tonta, pero como Álex no dejar de mirarme fijamente sonriendo con arrogancia saco mi lado cabrón a pasear—. De todos modos, dudo mucho que sepa follar pensando en algo más que él mismo. La chica fingiría para ver si así acababan pronto.

Le devuelvo una sonrisa falsa a Álex, que se pone serio y tensa la mandíbula.

—Hay cosas que no se pueden fingir, como la humedad al meter la

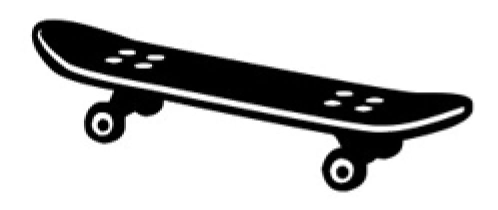
mano bajo las bragas —contesta sin reparo y noto cómo el calor empieza a subirme por la cara—. Pero ¿qué sabrás tú? Si dudo mucho que sepas ponérsela dura a un tío.

Carlota estalla en carcajadas mientras nos mira alternativamente impidiendo que suelte la contestación que estaba a punto de escaparse de mi boca.

—Haya paz, chicos. Tenemos que trabajar vuestra relación —dice mirándonos a ambos, y añade—: ¿Qué tal se te dio la noche?

—Bien, pero no me pidas que te vuelva a sustituir. No quiero tener que compartir con este más tiempo del estrictamente necesario.

Pongo en marcha la lavadora y salgo de la cocina mientras noto la mirada de Álex taladrándome la nuca.



Paso la mañana del domingo en la piscina del gimnasio intentando sacar de mi mente la sensación de suciedad. Cuando vuelvo a casa para comer, está Carlota sola. Todavía no está recuperada del todo y decidimos pasar la tarde viendo *Shameless*.

Por la noche llamo a mi mejor amiga, y voz de la conciencia, al meterme en la cama.

—Hola, bicho, ¿cómo estás? —responde contenta.

—Lau, he hecho algo horrible.

Me mira expectante haciendo un gesto impaciente con la mano, así que confieso mi crimen en voz baja.

—Me he tirado a mi compañero de piso.

—¿Cómo? ¿Al capullo? ¿Pero no te caía mal? —Su cara de sorpresa lo dice todo.

—Sí, por eso es un drama y estoy rayada.

Me paso los siguientes veinte minutos detallando el beso en el concierto, que no le había contado en un intento de hacer como si no hubiera existido, y la noche anterior. Laura me hace todo tipo de preguntas indiscretas y, cuanto termino, da su veredicto.

—Bueno, si ambos habéis acordado que eso no volverá a ocurrir y que nunca ocurrió, mejor para la convivencia. Acuéstate con otro pronto y así te lo quitas de la cabeza.

—¿De verdad? ¿Ese es tu gran consejo? —pregunto riéndome a carcajadas—. ¿Te he contado todo con pelos y señales para que solo me digas que me tire a otro? Por tirarme a alguien justamente me siento así de sucia.

—No sé si es bueno o no, pero es el único que te puedo dar ahora mismo. Disfruta porque lo estás haciendo muy bien. Madrid te está sentando genial. Ya empiezo a ver a mi Ari de siempre —dice orgullosa—. Además, no deberías sentirte sucia. El hecho de que hayas echado un buen polvo, te hayas desinhibido y lo hayas disfrutado debería hacerte sentir bien porque estás tirando las barreras que Quique te impuso —añade con una sonrisa sincera que me tranquiliza.

—¿Tú también lo notas? La verdad es que hacía tiempo que no me sentía tan bien conmigo misma… Por eso no quiero cagarla. Carlota me cae de puta madre y no sé cómo se tomaría que me haya acostado con Álex.

—No tiene por qué enterarse. Fue cosa de una noche. No le des más vueltas.

—Tienes razón. No quiero seguir hablando del error, como lo llamaremos a partir de ahora. ¿Qué día llegas?

—Pues justo en un mes. ¿Qué planes has hecho para mí?

Continuamos hablando hasta las once. Al poco de colgar, se abre la puerta de la entrada y escucho las pisadas de Álex por el pasillo. Parece que no viene acompañado y eso me hace sentir un poco mejor.

De todos modos, Laura tiene razón, ¿qué más da a cuántas se tire él? No debería sentirme sucia por acostarme con un tío que me pone, porque a estas alturas negarlo sería mentir descaradamente. Pero lo más importante de todo es que me estoy reencontrando con mi mejor versión y Álex me ha ayudado justamente a tomar el control y dejarme llevar siendo yo misma, sin censuras.

Me viene a la mente la letra de la canción *El viaje* de El Chojin: «En este viaje no hay camino. Hay un final y hay un principio. Somos nosotros los que inventamos el recorrido, así que elige al menos uno que sea entretenido». No quiero repetir con Álex, pero el sexo, sin duda, ha sido entretenido.

Con esta nueva mentalidad de disfrutar del camino me meto en la cama con una mejor sensación y una sonrisa.

Capítulo 21
ESTOY JODIDO
Álex

La he liado a lo grande.

Desde que me he acostado con Ari no puedo dejar de pensar en ella ni en sus gemidos. Se ha metido bajo mi piel y no hay forma de sacarla.

He salido con los chicos, pero ni siquiera me apetece ligar. No hay manera de que, al meterme en mi cama por la noche, mi mente no acabe pensando en ella. Es una mierda.

Llevo semanas evitándola, pero esta noche es el cumpleaños de Carlota y vamos a hacer una fiesta privada en Trueno, así que va a estar complicado evitarla. Además, no sé qué coño le pasa a Raúl, pero últimamente está muy pesado con Ari y me pone nervioso.

Son las diez de la noche y llevo veinte minutos esperando a mis compañeras de piso. Paso por la cocina para cambiar el mensaje de la nevera, «¡Felicidades, Carlota! Hoy beberás hasta vomitar», y me siento en el sofá a esperar.

Esta tarde he quedado con Sandra para ver si se me quitaba la tontería, pero no ha sido una buena idea. He estado disperso y no he conseguido echar un polvo en condiciones, por lo que mi cabreo ha ido en aumento. Obviamente ella ha disfrutado y yo me he corrido, pero las sensaciones han sido totalmente distintas a las que tuve con Ari.

—Menos mal, iba a echar raíces en el sofá —le digo a Carlota de malas formas en cuanto las veo entrar en el salón.

—Perdón, estábamos arreglándonos.

Ari está impresionante. Lleva un vestido rojo oscuro que marca todas sus curvas y, encima, una cazadora de cuero. Sonrío al ver los pies calzados con sus Vans de siempre. Además, lleva los ojos pintados de negro, por lo que el verde de su iris destaca más de lo habitual.

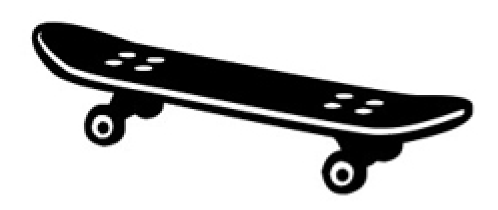
Me mira con una ceja levantada y gesto serio por el repaso que le acabo de meter.

—¿Algún problema? ¿No llevo suficiente escote para tu gusto? —suelta borde.

Me cansan sus juicios morales constantes, así que le hago un corte de manga y me dirijo a la puerta.

—Tampoco hace falta que seas tan borde con él. No ha dicho absolutamente nada. —Escucho a Carlota por lo bajo—. Incluso creo que estaba sonriendo.

—Está bien, intentaré ser más agradable —contesta Ari resoplando mientras salimos de casa—. Me ha puesto nerviosa su repaso.



Cuando llegamos al bareto ya están allí la pandilla y el resto de los amigos de Carlota. Ángel ha contratado a los camareros de los que tira cuando hay fiestas o conciertos cerca y el aforo se incrementa notablemente, para que nosotros podamos disfrutar.

En cuanto se acerca Marcos a saludarnos, me fijo en que él y Carlota se sonríen de una forma distinta. Marcos deja la mano en su cintura con confianza, como si fuera su sitio favorito, mientras le da dos besos y la felicita. ¿Desde cuándo son tan cercanos?

Decido acercarme a la barra para pedir una copa mientras mi cabeza empieza a enlazar cosas que han pasado las últimas semanas. Cuando quedamos los chicos, Marcos siempre está pendiente del móvil, pero no cuando quedamos en grupo. Carlota desaparece tardes o incluso noches enteras y sigue evitando contestar cada vez que le pregunto con quién está quedando. Incluso, en las noches que trabajamos, Marcos se queda hasta el final y se ofrece a acompañar a Carlota a casa cuando yo me voy acompañado o me toca cerrar el bar. Pensaba que era por amistad, pero probablemente esté bastante equivocado.

—Bravo, por fin te has dado cuenta. —Escucho la voz de Ari.

—¿Lo sabías?

—Era bastante obvio —responde prepotente—. Están todo el día poniéndose ojitos y con una sonrisa enorme en la cara.

—Ninguno me ha dicho nada —comento dolido.

—Plantéate el porqué.

Dicho esto, se marcha sin opción a replicarle. Esta noche está especialmente cabrona. Justo en ese momento, Carlota me mira y le hago un gesto con la mano para que se acerque.

—Así que Marcos, ¿eh? —le suelto cuando está a mi lado.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso? —pregunta nerviosa mirando hacia cualquier lado menos a mí.

—Carlota, que acabo de ver cómo os miráis y cómo te ha agarrado al llegar —decido no andarme con rodeos—. De hecho, ahora me cuadran bastantes cosas.

—Vale, nos has pillado. Él es el chico con el que llevo meses quedando.

—¿Cuántos?

—¿Importa? —Ve mi cara de obviamente sí y confiesa nerviosa—: Está bien, cuatro meses.

—¿Cuatro putos meses? ¿A qué esperabais para contármelo? —Alzo un poco la voz y Marcos se acerca.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estáis discutiendo? —pregunta con su calma habitual.

—¿Cuándo pensabas decirme que te estás tirando a mi compañera de piso? Somos amigos desde el instituto y tengo que enterarme así de estas cosas, ¿de verdad?

—Tío, justamente por esto no sabíamos cómo decírtelo. Te recuerdo que al último novio de Carlota le partiste la cara cuando lo

dejaron —me aclara mirándome fijamente—. Estamos muy bien juntos y no queríamos malentendidos.

En ese momento, Carlota le agarra la mano y le da un apretón cariñoso. Detalle que no me pasa desapercibido.

—Ya, joder, pero eso fue distinto. Era un cabrón y la trató mal. Sé que tú nunca le harías eso. Te conozco y no eres así —explico frustrado.

Me jode que mis amigos me oculten cosas, pero en realidad entiendo los motivos. Marcos me mira con una gran sonrisa en la cara.

—No es mi intención hacerle daño. Debería haberme dado cuenta de que te alegrarías por nosotros. Lo siento, tío —dice y me extiende un puño, que choco al momento.

—Entonces, ¿no te importa? —interviene Carlota mirándome con cautela.

—¡Claro que no! Os aprecio a los dos y me parece bien que estéis juntos —aclaro sonriendo.

Carlota me abraza y Marcos me mira sin dejar de sonreír mientras me da una palmada en la espalda.

—Gracias, Álex. Ya puedo dormir en tu casa tranquilamente sin tener que escaparme antes de que te levantes —me dice riéndose.

—Es que tócate los cojones, ¡vaya dos! —Me uno a sus risas.

A partir de ese momento no se molestan en disimular sus sentimientos. Se me hace raro verlos abrazarse o besarse, pero están tan felices que solo puedo alegrarme por ellos.

Las horas pasan y estoy deseando irme a casa. Raúl lleva toda la noche lanzándole indirectas a Ari y no me gusta cómo me siento al respecto. Además, las pocas veces que me he acercado al grupo, Ari me ha contestado borde manteniendo mucho las distancias.

Veo a Carlota en la barra y me acerco a ella, que tiene delante varios chupitos. Levanto la mano para pedir una copa cuando Ari llega y se bebe del tirón uno de ellos.

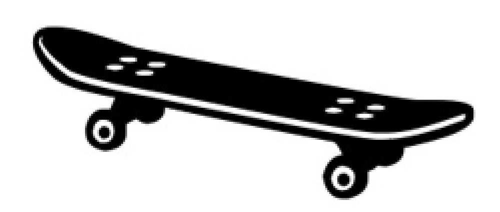
—Deja de mirarme con cara de mala hostia. No te he hecho nada —me dice desafiante.

—¿Esta actitud de mierda solo la guardas para mí o es extensible a cualquier tío al que te hayas tirado? —suelto con rabia por lo bajo, para que Carlota no nos escuche—. Porque no hace tanto estabas gimiendo en mi oreja —añado solo por joder.

—Yo a ti no te tengo que dar explicaciones —añade poniéndose seria.

—En eso tienes toda la razón. Tú y yo no somos nada.

—Genial, me alegro de que estemos de acuerdo. No quiero que te hagas ilusiones —aclara girándose y dejándome, por segunda vez esta noche, con la palabra en la boca.



Vaya noche de mierda. Mi enfado sigue en aumento cuando se acaba la fiesta y nos dispersamos. Incluso Carlota se va a casa de Marcos, ya que este quiere darle su regalo de cumpleaños en privado.

Así que nos quedamos Ari y yo solos, de camino a casa, sin cruzar ni una palabra. Está lloviendo a mares. De repente, Ari sale de los soportales y se para en mitad de la acera con los brazos abiertos mirando al cielo.

Se está empapando, pero ella solo sonríe. Es una de esas sonrisas que transmite paz. Una calma totalmente inesperada se instala en mi pecho y mi cabreo se evapora. Siempre está con el ceño fruncido, al menos, la mayoría de las veces que se relaciona conmigo, y la calma de su rostro me fascina. Me mira y me hace un gesto con la mano.

—Ven. A ver si así se nos quita la cara de seta con la que llevamos toda la noche —dice con una risa tan bonita que necesito al instante

volver a escucharla reírse así.

Me acerco y disfruto. Abro los brazos como ella y me dejo llevar. Bajo la vista y la observo. Está feliz, pletórica y yo no puedo dejar de fijarme en cómo las gotas de lluvia resbalan por sus pecas y mueren en sus labios.

No sé cuánto tiempo estamos bajo la lluvia, pero cuando empieza a llover más suave reanudamos el camino a casa. Esta vez en un silencio cómodo y tranquilo.

Cuando llegamos, me quito las deportivas y la ropa en la entrada. Ari se me queda mirando hasta que me dejo únicamente los calzoncillos. Entonces aparta la mirada.

—Venga, no es nada que no hayas visto antes. Quítate la ropa y te traigo una toalla para que no dejes todo encharcado.

Me dirijo al armario donde guardamos las toallas y cojo dos grandes antes de volver a la entrada. Coge la que le extiendo, se tapa con ella para sacarse la ropa mojada, la coge en las manos al terminar y se mete en su habitación sin mirarme. Pongo los ojos en blanco, me desespera su actitud cambiante.

Me meto en la cama y no puedo evitar cerrar los ojos y pensar en Ari bajo la lluvia. Noto que algo ha cambiado dentro de mí, pero no estoy seguro de qué es.

Mi cabeza empieza a pensar en todo lo que Carlota me contó sobre su exnovio y siento que me importa más de lo que reconoceré. Además, cuando no estamos discutiendo, disfruto del tiempo que pasamos los dos solos tranquilos.

Lleva apenas dos meses en casa y mi forma de ver la vida está cambiando.

Capítulo 22
PAÑUELOS Y MOCOS
Ari

Me despierto encontrándome fatal. Tal vez mi idea de ayer de quedarnos bajo la lluvia no fue la mejor que he tenido. Tengo dolor de cabeza y, en parte, es por los tira y afloja que tengo con Álex. No nos entiendo.

Pensaba que me iba a mandar a paseo cuando le dije que me acompañara bajo la lluvia, pero vino y se quedó conmigo todo el tiempo que quise, mirándome y sonriendo. La verdad es que cuando no se comporta como un capullo me gusta estar con él. Aunque, siendo sincera, ayer mi actitud dejó bastante que desear. Estaba frustrada por pensar demasiado en él y quería alejarlo como fuera.

Aun así, sigo pensando que acostarme con él fue un error, no es el tipo de chico que me conviene. Su forma de ser no casa para nada con la mía.

Miro el móvil y veo un mensaje de Carlota a las seis de la mañana.

CARLOTA: *Me quedo con Marcos hasta el lunes. Me ha regalado un finde de* spa *Avisa a Álex, por favor.*

ARI: *Ok, pásalo muy bien*

CARLOTA: ¡*Ni lo dudes!*

Supongo que, ahora que no tienen que esconderse, aprovecharán todo lo que puedan para estar juntos.

Me pongo una sudadera por encima del pijama y salgo a buscar a Álex. Me lo encuentro desayunando en la cocina.

—Buenos días. Me ha escrito Carlota. —Baja la taza de café y me mira sin decir nada, así que continúo—: Marcos le ha regalado pasar el fin de semana en un *spa* por el cumpleaños. No vuelve hasta el lunes.

—Vale. ¿Estás bien? Tienes mala cara —contesta con el ceño fruncido.

—No me encuentro muy allá. Creo que tengo un poco de fiebre.

Se acerca a mí y me pone la mano en la frente. Me toca con una delicadeza muy poco propia de él.

—¡Joder, Ari! Estás ardiendo —exclama—. Espera aquí. Siéntate.

Sale de la cocina mientras yo me quedo pensando que es la primera vez que me llama por mi diminutivo y me gusta como suena. Aunque cuando dice Ariadna tampoco me desagrada. Debo tener más fiebre de la que pensaba si de verdad estoy analizando la forma en la que Álex pronuncia mi nombre.

Vuelve a entrar en la cocina con cara de preocupación.

—Anda, ponte esto y después tómate esta pastilla con agua. —Me pone en la mano un termómetro y un ibuprofeno.

—Vale, doctor López —le digo riéndome.

Él me mira fijamente, pero su ceño sigue fruncido y no dice nada. Tengo la sensación de que está molesto conmigo por algo. Aunque ¿cuándo no lo estamos el uno con el otro? Es como si siempre estuviéramos enfadados.

—Creo que no fue buena idea el paseo de ayer —añado con una sonrisa de disculpas después de un par de minutos en silencio, intentando relajar la situación—. ¿Tú estás bien?

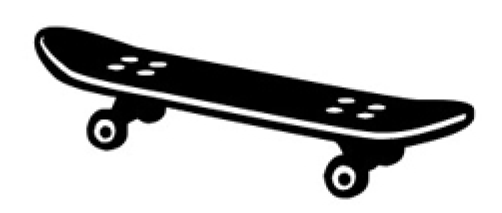
—Sí, me encuentro bien. Mi abrigo era impermeable, no me mojé tanto como tú. —Me quita el termómetro en cuanto pita y lo mira—. Tienes treinta y ocho de fiebre. Será mejor que este fin de semana te lo tomes con calma.

—Tienes razón. Quería adelantar unas cosas del trabajo, pero creo que voy a dormir otro rato porque tengo la cabeza embotada.

—Vale. Yo voy a comer con mi familia. Volveré pronto. Tienes mi número del grupo del piso que creó Carlota cuando te mudaste, escríbeme si te encuentras peor y vengo antes.

Se marcha dejándome en mitad de la cocina alucinando por su preocupación. Reacciono cuando escucho la puerta de la calle. Me

preparo un chocolate caliente y me pongo a leer en la cama esperando a que haga efecto la pastilla y pueda dormir un poco más.



Me despierto desorientada y miro el reloj, son las dos. Llevo un par de horas durmiendo. Antes de nada, me pongo el termómetro, aunque me encuentro un poco mejor. Cojo el móvil mientras espero a que pite y veo que tengo un mensaje de Álex de hace un rato.

ÁLEX: *¿Estás mejor? Mi madre ha hecho cocido. Te manda caldo, no prepares comida.*

ARI: *Estoy mejor. La fiebre ha bajado.*
Dale las gracias de mi parte.

ÁLEX: *Genial. Nos vemos en un rato.*

Este nuevo Álex me descoloca un poco, pero no voy a negar que me gusta que esté pendiente de mí y me cuide. ¿A quién no le gustaría?

Decido darme una ducha para despejarme. Cuando me estoy secando el pelo, entra mi compañero de piso por la puerta. Deja el cuenco en la cocina y se va a cambiar. Nos juntamos en el salón, cada uno en un sofá. Él con el mando eligiendo una película y yo con mi taza de caldo calentita que sabe a cielo.

—Mmm, esto está buenísimo. Tu madre cocina muy bien.

—Lo sé, por eso voy a casa a por táper cada vez que puedo —dice orgulloso.

—¿Hoy trabajas? —pregunto.

—No, le he pedido a Ángel el día libre que me debía.

Decido no preguntar si lo ha pedido para quedarse conmigo o porque ya lo tenía cogido de antes. La posible respuesta me acojona tanto que no me atrevo.

Cuando por fin se decide, pone una película de acción donde al final hay subtrama romántica. Veo que suspira molesto cuando los protagonistas se besan en medio de un ataque rebelde.

—Pensaba que un tío duro como tú no vería películas con romance. —Me apetece picarlo un poco.

—Me gusta la acción, toda la parte de efectos especiales. Por desgracia en casi todas hay historias de amor. ¡Como si no fuera posible separar sentimientos! —indica suspirando.

—Es que no es posible. Todo son sentimientos, incluso el sexo —le contradigo.

—No, claro que se pueden separar sentimientos y follar. Las sensaciones son otra cosa. Te gusta dar o recibir más o menos placer, pero eso no implica que remueva ningún tipo de sentimiento.

— ¿Estás seguro? —pregunto, y él asiente convencido.

Me levanto y me siento a su lado en el sofá, bajo su atenta mirada.

—Entonces, ¿si yo paso el dedo así por tu brazo no notas nada?

—Es agradable, pero no hay sentimientos —dice convencido.

Me siento a horcajadas encima de él y Álex, de forma automática, me pone las manos en los muslos.

—¿Si me siento así tampoco sientes nada?

—Me gusta que estés sentada encima de mí, pero no siento nada romántico.

Sus manos acercan nuestros cuerpos para que encajen mejor. No sé lo que estoy haciendo, pero empiezo a notar un cosquilleo en mi bajo vientre.

—¿Y si hago esto…?

Me apetece tentarlo sin pensar en las consecuencias, así que acerco mi boca y empiezo a darle besos pequeños bordeándole la mandíbula hasta llegar a la oreja. Sé que no es una buena idea, pero no puedo evitar darle un pequeño mordisco en la base de la oreja.

Álex se tensa y se le escapa un pequeño suspiro. Me encanta que reaccione así gracias a mí.

—Este juego es peligroso —dice con voz ronca—. No te olvides de lo que pasó la última vez que quisiste jugar.

—Y eso ¿fue solo sexo? —pregunto con curiosidad mientras me aparto satisfecha por su reacción a mi contacto.

Siento frío en cuanto nuestros cuerpos rompen el contacto. Por su cara, diría que él siente el mismo vacío.

—Exacto, sin sentimientos de por medio —afirma—. No te vayas a enamorar de mí —añade con esa sonrisa de suficiencia que tanto me saca de mis casillas.

—Puedes estar tranquilo, no voy a llorar pensando en ti cada noche —respondo molesta por su chulería—. Nunca me volvería a acostar contigo.

—¿Tan horrible sería? —pregunta serio.

De repente, nos interrumpe el sonido de mi móvil. Es un número desconocido. Miro a Álex, que me observa fijamente y me levanto del sofá antes de responder.

—¿Diga?

—Buenas tardes, Ari —dice a través de la línea una voz que conozco demasiado bien.

Se me corta la respiración. Tantos meses sin escucharlo y me vuelvo a sentir pequeña. Odio que tenga este efecto en mí.

—¿Qué quieres, Quique?

Me tiembla la voz y no quiero que Álex me escuche, así que me voy corriendo a mi habitación.

—Hablar. ¿Cuánto tiempo crees que podrás seguir ignorándome? —dice en tono pausado—. Iré a buscarte a donde sea que vivas para que vuelvas a casa —añade en voz baja.

—¿Por qué? Ni siquiera te importo, solo soy un adorno más en tu vida. —Noto cómo las lágrimas me empiezan a caer por la cara.

—Eres mía y eso nadie lo va a cambiar —dice con altanería.

—Ni quiero estar contigo ni te quiero. Déjame en paz —suplico llorando apoyando la espalda en la pared.

—Volverás a mi lado, que es donde tienes que estar —resuelve quitando importancia a lo que le digo.

—No, Quique. No voy a volver.

Intento hablar con seguridad, aunque me tiembla la voz. Me dejo resbalar por la pared y acabo sentada en el suelo.

—Te estoy diciendo que iré a por ti y volverás a casa. ¿No me escuchas cuando hablo? —pregunta levantando la voz. Sigue siendo el mismo de siempre.

—Te escucho, pero eso no va a pasar. No vuelvas a llamarme o avisaré a la policía.

Cuelgo rápido y tiro el móvil lejos. Estoy temblando. Me pongo a llorar en silencio con miedo, expulsando la tensión de los últimos minutos. Me cuesta respirar y noto una presión apretando mi pecho. Creo que estoy teniendo un ataque de ansiedad. Hacía tanto que no tenía uno que me agobio y eso hace que todavía me cueste más que entre el aire.

Escucho un ruido en la terraza y veo a Álex entrando por la puerta. Me mira con ojos cautelosos. Se sienta a mi lado despacio, sin hablar, y me abraza fuerte, muy fuerte, como si quisiera juntar todos los trozos rotos.

Me agarro a él y me echo a llorar como hacía tiempo que no lloraba. Como aquellas noches en casa de Laura que me parecían ya



tan lejanas, como de otra vida.

Capítulo 23
CLIC. ¡MIERDA!
Álex

Es increíble cómo las cosas pueden cambiar tanto de un día para otro. Hace un mes apenas soportaba a Ariadna y ahora estoy preocupado por ella.

Su cara se puso blanca al escuchar la voz de la persona que llamaba. Automáticamente supe que tenía que ser su exnovio y me puse en tensión.

Escuché parte de la conversación desde la terraza y, en cuanto la escuché tirar algo con fuerza, entré sin pensar por la terraza. Estaba temblando.

Me desarma verla así, como una muñeca rota, asustada. La abrazo como nunca he abrazado a nadie, queriendo llevarme todo ese miedo que está sintiendo.

Ari se agarra a mí como si estuviera a punto de hundirse y yo fuera su salvavidas. Empieza a llorar muy fuerte, sollozando y empapando mi camiseta. No me importa, solo quiero que deje de sentir ese dolor. La acerco más a mí y empiezo a acunarnos sentados en el suelo para que se tranquilice y respire mejor.

Poco a poco fuera va oscureciendo y nosotros seguimos en la misma posición. Ella sigue llorando en silencio, pero su respiración agitada y los temblores han desaparecido. Yo no quiero soltarla, no hasta que esté seguro de que está bien.

Más tarde, cuando deja de llorar, le pregunto si le apetece pedir algo para cenar. Acepta a regañadientes y solo porque tiene que tomarse otra pastilla para su resfriado, le está subiendo la fiebre de nuevo.

Cenamos unas hamburguesas prácticamente en silencio, con la televisión de fondo, aunque ninguno de los dos le hace caso. Ari está mirando un punto fijo en la pared y yo la estoy mirando a ella. Parece que está bloqueada, como si no supiera qué hacer.

Al cabo de un rato decidimos irnos a dormir. Ella está agotada, tanto mental por la llamada como físicamente por estar enferma. Y yo estoy preocupado. Esta persona que tengo delante no es la chica de

estos dos meses que me desafía a la mínima oportunidad que tiene o a la que le encanta bailar bajo la lluvia.

—¿Estás bien? —pregunto cuando pasamos por su puerta.

—La verdad es que no, pero lo estaré —responde con la sonrisa más triste que he visto jamás y que aprieta mi corazón.

—Si necesitas algo, avísame. Dejaré la puerta de la habitación abierta —le susurro.

Le doy un beso en la sien y un breve abrazo de lado. Ella suspira y entra en su habitación.

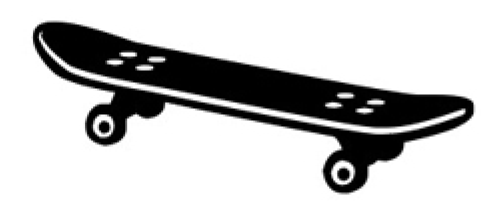
Media hora después sigo dando vueltas en la cama. No dejo de revivir su mirada y su forma desgarradora de llorar. Nunca había visto a otra persona sentir tanto dolor.

Escucho un ruido en la puerta y veo a Ari entrando en mi habitación. Lleva un pijama de dibujos horrible y todavía tiene los ojos hinchados de tanto llorar. Está nerviosa, como si no supiera qué decir.

—Esto… no quiero dormir sola. —Su voz suena insegura—. ¿Puedo...? —Se queda callada avergonzada mirando el suelo.

—Anda, ven —digo en voz baja.

Levanto el edredón y le hago un gesto para que se meta en la cama. Se queda en la esquina, muy alejada de mí. Murmura un bajo gracias y se gira. Al rato la escucho respirar tranquila y, por fin, consigo relajarme y quedarme también yo dormido.



Me despierto notando una presión en el estómago y un calor muy

agradable. Poco a poco mis sentidos se despiertan y empiezo a recordar que Ari vino a mi habitación por la noche. Me espabilo por completo cuando soy consciente de todos los puntos en los que nuestros cuerpos se rozan.

Miro hacia abajo y me encuentro un brazo encima del estómago abrazándome fuerte, como si temiera que me fuera a escapar. Su pierna está sobre mi cadera y su cabeza descansa sobre mi pecho. Mis brazos la rodean. Me asusta pensar que nuestros cuerpos encajan a la perfección.

Sigo bajando la mirada lentamente por nuestro enredo. Se le ha subido la camiseta y puedo leer el tatuaje que tiene en el costado, bajo el pecho, y que no pude descifrar en su día: «Aprender a sonreír, aunque el día esté gris». Sonrío al reconocer la frase de la canción *Carretera* de Natos y Waor.

Me hormiguean los dedos con ganas de seguir el contorno de las letras. Cada vez soy más consciente de todo lo que ha pasado y de que, tal vez, su actitud siempre a la defensiva sea justamente porque me ve como alguien capaz de hacerle daño.

Inspiro profundamente y me llega el olor de su pelo, que está esparcido sobre mi cuello. Ari huele a camomila, a verano. ¿Pero qué coño estoy pensando? Me frustro todavía más cuando noto la erección que empieza a crecer en mis calzoncillos y que empieza a doler.

Me separo con cuidado para no despertarla. Ayer fue un día muy duro para ella y está durmiendo plácidamente. Pero en cuanto me levanto se despierta desubicada. Se frota los ojos y mira alrededor. Siento un cosquilleo en el estómago al ver lo guapa que está recién levantada y mis instintos primarios acaban de florecer por completo.

Me quedo de pie al lado de la cama sin saber muy bien qué hacer. En cuanto Ari asimila que no está en su habitación, me mira. Baja su mirada, todavía adormilada, por mi pecho desnudo y continúa bajando hacia los pantalones de pijama. Al llegar a mi entrepierna abre los ojos escandalizada.

—No, no. Eso no va a volver a pasar —exclama roja.

Se pone de pie y no puedo evitar fijarme en su pecho, no lleva sujetador y sus pezones se insinúan por debajo de la camiseta.

—¿Te importa no mirarme las tetas? —dice mientras pone un brazo por delante y frunce el ceño, visiblemente molesta.

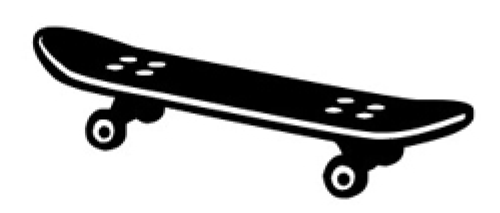
—Hace medio minuto me has mirado de arriba abajo y te has recreado bastante en mis pectorales y en mi polla. ¿Cuál es la diferencia? —pregunto levantando una ceja.

—La diferencia es eso —aclara señalando mi entrepierna.

—Esto —indico señalando hacia abajo— no es por ti. Es algo que nos suele pasar a los tíos por las mañanas —aclaro lentamente, como si estuviera hablando con una niña pequeña.

—Más te vale que así sea —dice airada y se va a su habitación.

Me meto en la ducha cabreado. No entiendo cómo le puede dar tanto rechazo lo que pasó. Me pongo a pensar en ello y no puedo evitar masturbarme recreando la conversación de ayer en el sofá, aunque añadiendo unos cambios en cuanto al final.



Hago algo rápido de comer y me paso el resto de la tarde estudiando. Estoy bastante agobiado por todo lo que todavía me queda por estudiar. La semana que viene tengo los exámenes finales. Si los apruebo solo me quedará presentar el trabajo de fin de grado, que ya está terminado. Incluso tengo ya el visto bueno de mi profesor, así que espero haber terminado la carrera en un mes.

Cuando mi cabeza ya no retiene nada más, me dirijo a la cocina para prepararme la cena. Mientras se cocina el pisto, cambio el mensaje de la nevera a «Norma 1. No quiero escuchar gemidos de mis amigos. Gracias».

Escucho una risa, me giro y me encuentro con Ari leyendo lo que acabo de escribir por encima de mi hombro. Se aleja un paso en

cuanto se da cuenta de lo cerca que estamos.

—Gracias por estar conmigo ayer —dice—. Antes me he ido sin decírtelo y no de las mejores formas, perdona. Ha sido raro despertarme contigo —añade.

—De nada. ¿Estás mejor? —Prefiero no seguir con el tema para no discutir.

—Sí, he bloqueado ese número. Espero que no vuelva a molestarme.

Todavía puedo ver miedo en sus ojos cuando sonríe sin ganas.

—No deberías aguantar ciertas cosas. No merece la pena estar con alguien que no te quiere tal y como eres —le digo mientras recojo un mechón de pelo, que se le ha escapado del moño despeinado que lleva, tras su oreja.

—Gracias… —susurra confusa.

No sé en qué momento nos hemos vuelto a acercar tanto, pero apenas nos separa un palmo. En ese mismo instante aparece Carlota y nos apartamos rápido.

La he llamado antes de salir de mi cuarto para contarle por encima lo que había pasado. Obviamente, omití la parte de que habíamos dormido juntos y me había levantado empalmado. Me ha dicho que vendría pronto y ha cumplido con su palabra.

—¡Hola! Espero que me hayáis echado de menos —dice sonriente.

—¿Qué haces aquí? ¿No te quedabas con Marcos hasta mañana? —pregunta Ari, pero cuando ve su cara de culpable se gira hacia mí—. ¿Se lo has contado?

—Lo siento. He pensado que no querrías estar sola por la noche —aclaro levantando los hombros en señal de disculpa.

—¿Cómo no me llamaste para contármelo? Habría venido ayer —interviene Carlota.

—No quería fastidiarte tu fin de semana romántico de cumpleaños. Estoy bien.

—Tonterías, podemos estar juntos el siguiente. Esto es más importante. Vamos, quiero que me lo cuentes todo —resuelve Carlota arrastrándola hacia el salón.

Antes de salir Ari de la cocina, se gira y me regala una enorme sonrisa de gratitud. Es la primera vez que me sonríe de esa forma y mi corazón se salta un latido.

Clic. ¡Mierda!

Capítulo 24
EL MEJOR DE TUS ERRORES
Ari

El lunes llego a la oficina agotada y arrastrando el resfriado del fin de semana.

A pesar de ello, estoy entusiasmada preparando mi siguiente reportaje sobre la historia del hiphop en España en los años noventa, época en la que este género urbano despegó en nuestro país.

Mi primer reportaje, el de mayo, está teniendo buena acogida por parte de los lectores y hemos decidido continuar con esa temática.

Tras un par de horas trabajando, Miriam ha decidido adelantar nuestra reunión semanal. En cuanto entro en su despacho, me mira preocupada y deja de escribir en su ordenador.

—No tienes muy buena cara, llevo toda la mañana escuchándote toser. Vamos a hacer un rápido repaso de lo que tienes preparado hasta ahora y te vas a casa.

—Tengo mocos y algo de catarro, pero puedo trabajar.

—Entonces, trabajas desde casa hasta que estés mejor. Los días que necesites. Así te ahorras el venir hasta aquí y, si te encuentras mal, puedes tumbarte un rato. Y si empeoras, vas al médico y no trabajas. ¿Entendido? —pregunta sin opción a réplica.

—Entendido.

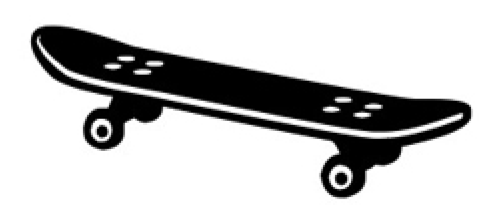
—Bien. Ahora, cuéntame, ¿cómo va el siguiente reportaje?

—Está cogiendo forma. He reunido bastante material sobre la vieja escuela del panorama español como CPV, Doble V, SFDK, Nach, ZPU, 7 notas 7 colores o Mala Rodríguez, entre otros. Además, he conseguido contactar con la revista *Hip Hop Nation* y permiten que los mencionemos como fuente, puesto que en nuestra hemeroteca había mucho material suyo. De hecho, me han dado las gracias por darles espacio en nuestra revista de historia.

—Perfecto. Envíame lo que tengas hasta ahora y te remito hoy mismo mis notas sobre ello —dice sonriendo—. Venga, vete ya y mejórate.

—Gracias.

Al llegar a casa me pongo mi pijama más cómodo y me paso el resto del día leyendo y redactando mientras escucho a todos los artistas que menciono en el reportaje.



El miércoles ya me encuentro mucho mejor. Mañana iré a la oficina. A pesar de que Miriam quería que teletrabajara toda la semana, me apetece ver a mis compañeros. Además, no perdono nuestras comidas de los viernes.

Harta de estar en mi habitación, me he instalado en la mesa del comedor con todo el material extendido a mi alrededor. Esta mesa es mucho más grande que la que tengo en mi cuarto y agradezco el espacio extra.

Llevo un par de horas enfrascada en el trabajo cuando escucho la puerta de la calle. Levanto la mirada y veo a Álex, que llega de su turno en la tienda.

—Hola, ¿ya es la hora de comer? Se me ha ido la mañana.

—Sí, voy a comer algo rápido y me pongo a estudiar, que tengo los exámenes la semana que viene —responde más serio de lo normal.

—Seguro que lo consigues —intento animarlo.

Asiente con la cabeza sin decir nada más y se va a la cocina. A los cinco minutos se mete en su habitación con un sándwich.

Nuestra relación ha mejorado. Al menos, nos llevamos medianamente bien y la convivencia es mucho más cómoda. Hasta Carlota se ha dado cuenta y está encantada.

Decido comer yo también algo y descansar un rato antes de continuar trabajando.

A media tarde me voy al gimnasio para nadar en la piscina y desconectar. Lo he echado de menos estos días que he estado enferma.

Al volver me encuentro a Álex dando vueltas por nuestra casa con un libro en la mano.

—¿Todo bien?

—No te he escuchado llegar. Estoy estudiando la teoría, pero mi fuerte no es memorizar información. Suelo retener los datos dando vueltas por mi habitación, pero me estaba agobiando, así que me he venido al salón —responde nervioso.

—¿Y ha funcionado? ¿Estás más tranquilo? —me intereso.

Álex suelta una carcajada seca y carente de humor.

—En absoluto. No consigo memorizar nada.

—Todavía te queda una semana. Tienes tiempo de sobra para estudiar y repasar.

—Tengo que aprobar como sea. Si paso estos dos exámenes, solo me quedará el proyecto para acabar la carrera y poder, por fin, trabajar en algo que me guste. Pienso en pasarme otro año más estudiando y me agobio todavía más.

Frustrado, se sienta en el sofá dejando el libro a su lado. Empieza a tirarse suavemente de la punta del pelo, algo que he notado que hace cuando está estresado o enfadado.

Me siento a su lado con el ánimo de ayudarlo. Cuando yo lo he necesitado, él estuvo ahí para calmarme. Pero en realidad no lo hago por devolverle un favor, sino porque de verdad quiero ayudarlo. No me gusta verlo así.

—¿Cuál es tu lugar favorito de Madrid?

—¿Por? —pregunta con curiosidad por mi cambio brusco de conversación.

—Me apetece dar un paseo. El Retiro me encanta, pero siempre hay mucha gente. Todavía no he encontrado un lugar en el que relajarme. ¿Conoces algún sitio así?

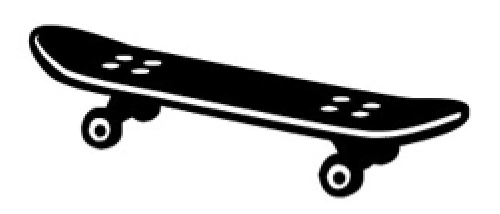
—Sí, te mando la ubicación por el móvil.

—No, Álex. Tú te vienes conmigo.

—No puedo, tengo mucho que estudiar —dice cogiendo el libro de nuevo entre sus manos—. Imposible.

—Tú mismo has dicho que ya no podías retener nada más. Necesitas desconectar. Ya verás como al volver estudias mejor.

Me mira con duda, pero, cuando me pongo en pie y le extiendo la mano con una sonrisa sincera, me la agarra y se levanta.



Media hora después estamos en lo alto de una colina contemplando Madrid. Álex me ha explicado que el parque se llama Cerro del Tío Pío, pero que se le conoce como las Siete Tetas, por las siete colinas desde las que se observa toda la ciudad.

Nos hemos sentado en lo alto de una de ellas sobre una manta que tenía en mi coche. Las vistas del atardecer son impresionantes. El color del cielo mientras el sol está ocultándose entre los edificios es increíble y lo observamos en un cómodo silencio.

Cuando ya solo las estrellas cubren el cielo, decidimos quedarnos un rato más. Ninguno de los dos quiere irse todavía a casa. Hablamos de mi nuevo reportaje y de sus exámenes. Hace un rato que he sacado el móvil para escuchar música. Cada uno se ha puesto uno de los auriculares, así que nuestros hombros se rozan. Las canciones se suceden y noto cómo Álex se ha relajado y una sonrisa cubre su cara.

Empiezan a sonar los acordes de una guitarra que me enamoraron desde la primera vez que los escuché. Es una de mis canciones favoritas de Rayden y Alice Wonder. Cierro los ojos y disfruto de sus voces, que remueven mil emociones en mi interior.

«Habla por ti, pero no digas lo que quiero oír. O dime que me quieres, aunque sea querer dejarme ir. Sí, sí, explícame el chiste que dijiste para que nos podamos reír. Y así me convierta en el arrepentimiento más recurrente al que siempre quisiste acudir».

Cuando abro los ojos, Álex me está mirando intensamente. Pero cuando creo que me va a besar niega con la cabeza y vuelve a fijar su mirada en el cielo. Estoy segura de que está pensando en todas las veces que lo he alejado después de un acercamiento.

A pesar de todo, me acerco más a él y apoyo la cabeza en su hombro mientras acabamos de escuchar la canción, porque sé perfectamente lo que viene a continuación: «Despacio. Tan solo vete despacio. Prométeme que yo he sido el mejor de tus errores. Y que, si vamos a irnos, es para echarnos en falta entonces».

No sé cuál de los dos entrelaza su mano con la del otro, pero nos quedamos con ellas unidas hasta que empezamos a tener frío.

Mientras caminamos en silencio hacia el coche, pienso que el título de la canción que acabamos de escuchar nos describe a Álex y a mí a la perfección: *El mejor de tus errores.*

Capítulo 25
GRATIFICANTE
Ari

Lo que resta de semana ha pasado volando. Apenas he visto a Álex porque se pasa el día metido en la biblioteca. Puede decirse que estamos en un buen punto de cordialidad y convivencia desde que hemos enterrado el hacha de guerra.

Lo que no consigo sacarme de la cabeza es el tema de Quique. Me preocupa que consiga mi dirección y se plante aquí. Lo he hablado con Laura y piensa que solo quería asustarme para que volviera con él. Aun así, no consigo olvidarme por completo del asunto.

Tras comer el viernes con mis compañeros de trabajo, me uno a Carlota, Hugo, Lucía y Sara, que están en una terraza del barrio. Sigo sin acabar de sentirme cómoda con Lucía. Sé, por mi compañera de piso, que es amiga de Hugo desde el instituto, por eso sale con ellos de vez en cuando. Sara opina que le gusta Álex y que Lucía cree que hay algo entre nosotros. Por suerte, el resto cree que sus sospechas son celos infundados y no pienso sacarlos de su error.

—¿De qué habláis? —pregunto al sentarme.

—Lucía estaba contándonos que se estaba liando con uno de su curro —contesta Carlota.

—¿En qué trabajas? —intento ser agradable.

—En una empresa de *marketing* digital.

—Ah. No me imaginaba que trabajarías en algo así.

—¿Qué pasa? ¿Crees que porque soy guapa también soy tonta? —pregunta molesta.

—Para nada. Simplemente nunca me he parado a pensar a qué te dedicabas —respondo conciliadora.

—Al salseo, ¿entonces, te lo has tirado? —interrumpe Sara dando una palmada.

—No, solo quedamos un par de veces, pero la última vez nos encontramos con un compañero del trabajo y le dijo que nos

acabábamos de encontrar. ¡Menudo gilipollas! —exclama Lucía—. Así que, para no contradecirlo, me despedí y los dejé allí plantados a los dos.

—¿Y no has vuelto a hablar con él? —pregunta Carlota.

—Me ha escrito un par de veces e intenta hablar conmigo en la oficina, pero lo ignoro. Ayer mismo, me dijo que era una borde y, desde entonces, no me ha vuelto a escribir ni a acercarse.

—¿Borde? ¿Tú? Imposible —dice Hugo riéndose.

Los cinco nos echamos a reír por la forma en la que Hugo lo ha dicho y me fijo en que Lucía le sonríe con cariño. Justo cuando me estoy planteando darle una oportunidad, me mira fijamente.

—Y tú, Ariadna, ¿cómo te va lo de ligar en Madrid? —me pregunta sin disimular nada su interés.

—Bien. He ligado, pero nadie que conozcas.

—Bueno, mientras tengas claro que ciertos chicos del grupo están fuera de tu alcance, no habrá problemas.

—¡Lucía! Álex no es de tu propiedad. No puedes atacar a cualquiera que tenga relación con él. Fue un polvo de una noche hace tres años. Supéralo de una vez —le reprocha Sara con dureza.

—Lo tengo más que superado —aclara Lucía con mala cara—. De todos modos, Ariadna no es para nada su tipo. No la tocaría ni con un palo.

—Tranquila, no me interesa. Pero, si quisiera, te aseguro que sí me tocaría. No tengo ninguna duda al respecto.

Me levanto dejándola con la boca abierta y me giro hacia el resto, que nos observan serios.

—Me voy, tengo que acabar unas cosas del curro. Carlota, ¿te quedas?

—Sí. Ceno con Sara y voy directa al trabajo después —contesta Carlota—. ¿Seguro que no te quieres quedar un rato más y cenas con nosotras?

—Seguro. Nos vemos mañana.

De camino a casa mi furia va aumentando. ¿Quién se cree que es Lucía para pretender tener algún derecho sobre Álex? Y sobre todo, ¿por qué coño se cree que no soy su tipo? ¡Y tanto que lo soy! Poco a poco mi baja autoestima va ganando la partida y acabo pensando que simplemente fui lo que tenía a mano esa noche.

Llego a casa con un mosqueo importante y me encuentro al susodicho en el pasillo.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué traes esa cara de querer matar a alguien?

—¿Por qué me besaste en el concierto? ¿Y en Trueno? ¿Soy tu tipo o fue un calentón del momento? —suelto directamente.

Álex me mira fijamente, con las cejas levantadas sin saber muy bien qué contestar. Cuando pienso que no va a decir nada, lo bordeo para entrar en mi habitación.

—El calentón del momento ayudó, lógicamente. Pero sí eres mi tipo. —Su voz me hace girarme.

—¿Y cuál es tu tipo?

—Aunque pienses lo contrario, inteligentes. Que les importe una mierda ir arregladas. Y guapas. Me tienen que atraer físicamente.

—¿Crees que soy guapa? —pregunto a pesar de sentirme como una niña de doce años con el chico que le gusta.

Me empiezo a arrepentir de la pregunta hasta que veo que él asiente como si fuera lo más obvio del planeta.

—No lo creo, lo eres.

—¿Más guapa que Lucía?

Lo estoy utilizando para que mi autoestima no se vaya a pique, pero no me voy a sentir culpable por ello. Mis inseguridades luchan por salir y necesito volver a encerrarlas bajo llave.

—¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

Decido ser sincera, ya que él también lo está siendo y le cuento lo sucedido hace apenas veinte minutos.

—Así que, tal vez, tu tipo sea ella y yo simplemente alguien que tenías a mano en ese momento.

—¿Lucía? —Me mira incrédulo—. Lucía fue cosa de una noche de borrachera de la que apenas recuerdo nada. Un error.

—Y yo ¿he sido un error?

Álex me observa cauteloso y yo no bajo la mirada. Tal vez no me guste lo que va decir, pero siento la urgente necesidad de conocer su respuesta.

—Para nada, pero sí creo que tú piensas que lo fue.

—¿Por qué crees eso? —pregunto sorprendida.

—No paras de repetirlo. Constantemente —responde hastiado.

—No quiero que nuestra relación personal afecte a Carlota. Valoro su amistad. Pero no sé… fue… gratificante.

—¿En serio? ¿Gratificante? —me dice con una sonrisa de lado—. Seguro que puedes definirlo mejor, Ariadna.

—¿Aceptable? —Reprimo una sonrisa.

Acorta la distancia que nos separa y se queda a menos de un metro. Levanta una ceja esperando otra respuesta. No sé qué me pasa cuando lo tengo tan cerca, pero me sale la vena juguetona.

—No estuvo mal, pero no fue el mejor polvo de mi vida. Ni siquiera fue el mejor beso.

—¿Estás segura? —Asiento y me da un golpe suave en la nariz con el dedo índice—. Porque yo creo que estás mintiendo y te va a empezar a crecer la nariz en cualquier momento.

La respuesta muere en mi cabeza, ya que en ese momento agarra mi nuca y me acerca a él. Me besa con ansia, devorando mi boca. Me entrego al beso y dejo que mi lengua también lo explore a él.

Me gusta sentirlo de nuevo y notar sus manos recorriendo mi cuerpo ansiosas, como si no supieran elegir qué parte quieren tocar primero. Finalmente, las coloca en mi espalda y me acerca más a él.

Nos dirigimos al salón, besándonos. Me quita la cazadora y la tira sobre el sofá. Pone sus manos en mi culo y me levanta de un impulso. Le enrosco las piernas en la cintura y él me sienta en la mesa del comedor. Me empieza a besar el cuello mientras poso la mano en su erección por encima del pantalón.

Entre jadeos, Álex mete una mano por debajo de mi camiseta y saca un pecho por encima del sujetador. Empieza a succionar el pezón a través de la tela de mi camiseta, pasando su lengua alrededor. Lo agarro del pelo al recibir descargas de placer en mi centro y acelero el movimiento de mi mano, que está sobre sus pantalones de chándal. Nuestras respiraciones se aceleran a la par que nuestros movimientos.

Estoy a punto de arrastrarlo al sofá cuando escuchamos las llaves en la puerta. Nos separamos rápido y él se esconde tras la puerta del salón. Me hace un gesto para que no diga nada, señalando su entrepierna. Imposible disimularlo.

Rápidamente me coloco la ropa y me apoyo en la puerta para tapar a Álex. Aunque desde este ángulo yo sí puedo verlo. Está increíblemente sexi con el pelo despeinado y los labios hinchados de besarnos. Me mira con una sonrisa traviesa y la respiración agitada.

—¿Qué haces aquí sola a oscuras? —pregunta Carlota desconcertada.

—¿Y tú? ¿No ibas a cenar con Sara y directa a trabajar? —Evito responder.

—Sí, pero hace mucho frío, vengo a por una cazadora. Sara está abajo. —Mira el pasillo y añade—: ¿Álex no está?

—Ni idea. He llegado hace poco, no lo he visto.

—¿Por qué tienes una teta mojada? —pregunta de repente.

Miro para abajo y veo un charquito de babas alrededor del pezón que estaba chupando Álex hace un par de minutos. Lo miro disimuladamente y veo que está intentando aguantar la risa con una

mano en la cara.

—Me ha caído agua al beber —respondo lo primero que se me ocurre.

—¿Estás bien? Te noto nerviosa. ¿Es por lo de Lucía? Ha sido un poco cabrona, lo siento.

—Me ha dejado un poco descolocada —miento—. No te preocupes, se me pasará.

—Ignórala. No es mala tía, pero puede ser bastante desagradable cuando quiere.

—¿No tienes a Sara abajo esperando? —Quiero terminar cuanto antes con esta conversación tan incómoda—. Vas a llegar tarde a trabajar.

—Cierto, me voy. Nos vemos mañana. ¿Seguro que estás bien?

Asiento segura y Carlota se despide tras coger un abrigo del perchero. En cuanto se cierra la puerta, suspiro de alivio y dejo caer el brazo. Álex y yo nos miramos y empezamos a reírnos.

—Este sí que ha sido el mejor beso de tu vida —afirma muy pagado de sí mismo.

Se marcha dejándome en mitad del pasillo con la boca abierta y sin saber qué responder, porque sí que lo ha sido.

Estoy tan cachonda que me meto directa en la ducha para refrescarme, pero acabo recreando la escena del salón en mi cabeza mientras muevo estratégicamente la alcachofa de la ducha hasta alcanzar un intenso orgasmo.

¡Maldito Alejandro!

Capítulo 26
CLASES PARTICULARES
Álex

Mayo ha pasado volando entre curro, biblioteca y exámenes. He aprobado las dos asignaturas que me quedaban, así que estoy muy cerca de acabar la carrera.

No he vuelto a estar a solas con Ari desde nuestro agradable encontronazo en el salón. Me puso en bandeja darle una lección por decir que no había sido el mejor beso que le habían dado. Nos besamos como si fuera el último día de nuestras vidas.

Tenía tantas ganas de follar como yo, pero como se empeña en poner barreras continuamente, decidí que esa vez le vendría bien quedarse con las ganas.

Desde ese momento ha mantenido las distancias conmigo. Se ha aprovechado de que Marcos ha estado estas dos semanas fuera de Madrid por trabajo, por lo que Carlota ha dormido en casa todos los días, para evitar las situaciones complicadas.

Es sábado y hemos decidido ir a la pista de *skate* de Madrid Río. Carlota ha conseguido que Marcos le dé clases con su tabla vieja y ha decidido invitar a Ari para que no se quede sola en casa.

—Carlota, no puedes ir con plataformas. ¿Quieres romperte una pierna? —Escucho a Marcos en el pasillo.

—Voy a parecer un gnomo, pero todo sea por aprender. —Se resigna y se dirige a su habitación mientras él la sigue negando con la cabeza.

En ese momento entra Ari riéndose en el salón. No puede estar más guapa. Lleva unos vaqueros, una sudadera grande de felpa amarilla y un gorro negro. Lo completa con unas Vans negras. Sonrío satisfecho.

—¿Por qué esa sonrisa?

—Me gusta tu *look*. —Me devuelve la sonrisa—. Al menos una de mis compañeras de piso sabe vestir bien —añado guiñándole un ojo.

Ella baja la mirada ruborizada. Vaya, hacía tiempo que no veía sus pecas relucir y es algo que me encanta. Con ella siempre me relajo y

soy simplemente yo, un chico normal al que le gusta reírse. Normalmente pienso antes de hablar o actuar, pero con Ari es imposible.

—Vamos, ¿ahora te da vergüenza que te haga un cumplido? —pregunto riéndome—. Además, hace tiempo que tú y yo sabemos que de inocente tienes poco —añado en voz baja mientras le doy un cachete en el culo.

—Oye, ¿a ti quién te ha dado permiso para tocarme el culo? —exclama con el ceño fruncido y los brazos cruzados—. ¿Te gustaría que te tocara el trasero cada vez que me apeteciera?

—Soy todo tuyo, pecas —le digo mientras me giro y me levanto la camiseta—. Puedes tocar todo lo que quieras.

Se queda mirando fijamente mi culo pensando qué hacer. Pasados un par de segundos, se acerca y lo agarra con ganas, con ambas manos. Me pilla totalmente desprevenido.

—No lo recordaba tan duro —dice riéndose mientras se aparta.

—Tengo que reconocer que me has sorprendido para bien, pensé que no te atreverías —apruebo su osadía.

—Sacas mi peor versión —dice negando con la cabeza, pero con una sonrisa divertida en la cara.

—Yo creo que es la mejor —añado volviendo a guiñarle un ojo y, entonces, sí se ruboriza de nuevo.

Justo en ese momento escuchamos la puerta de la habitación de Carlota y aparecen ambos por el pasillo. Cogemos los *skateboards* y nos dirigimos a mi coche.

Hemos madrugado para poder estar más tranquilos, así que cuando llegamos apenas hay gente. Sacamos del maletero las tablas y nos dirigimos a la pista.

El tiempo pasa volando entre risas y caídas. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien y estaba tan relajado. Es perfecto para desconectar tras el agobio de los exámenes.

Después de dos horas, Ari se queda mirando a Carlota y a Marcos,

que se han apartado a una esquina y no paran de darse abrazos, besarse y hacerse fotos. Veo que los observa seria y decido animarla porque no soporto verla triste.

—Vamos, súbete a la tabla. —Me mira con curiosidad—. La clase no ha terminado. Ahora que sabes mantener el equilibro, vamos a empezar a deslizarnos por la pista.

—¿No te cansas de verme en el suelo? —me dice riéndose.

—Venga, ya verás como antes de irnos a casa sabes hacerlo bastante bien. —Le extiendo la mano—. Sé valiente.

—Vale, pero no me sueltes.

Se sube a la tabla cogiendo mi mano. Me mira nerviosa y le sonrío para tranquilizarla. Empezamos a movernos y, una vez veo que está estable, le indico cómo debe impulsarse con el pie.

Después de unos cuantos intentos, decido soltarla cuando coge impulso. Ari se desliza un par de metros sola y frena sin caerse. Se gira sonriendo, viene corriendo y me abraza riéndose. Clic. Mi corazón se salta otro latido.

—¿Lo has visto? ¡Lo he conseguido! —No para de sonreír y me contagia su alegría—. Eres buen profesor, muchas gracias.

Seguimos haciendo el tonto el resto de la mañana. Acabamos subidos los dos a mi tabla con ella en mi espalda animándome a deslizarnos más rápido por la pista.

Nunca me había sentido tan cómodo con una chica sin practicar sexo, ni siquiera con Carlota o Sara. No quiero pensar en ello, porque implica analizar demasiado lo que estoy empezando a sentir, así que lo aparto y sigo disfrutando.

Cuando me doy cuenta, Carlota nos está haciendo una foto, le hago un gesto con la cabeza y me saca la lengua. Se acercan a nosotros y nos vamos a comer.

Acabamos en Costello Río devorando unas de las hamburguesas más ricas de Madrid y volvemos a casa agotados. Al llegar voy a mi habitación directo para dejar las tablas y a cambiarme de ropa para ir a trabajar, cuando Carlota me envía una foto a mi móvil.

CARLOTA: *Para no caerte bien, diría que empieza a gustarte pasar tiempo con ella* ❤

ÁLEX: *(Corte de manga)*

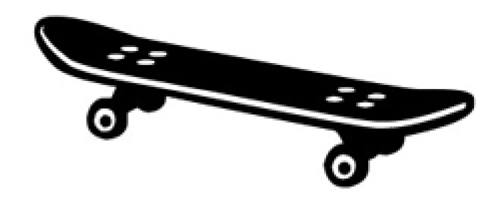
CARLOTA: *(Beso)*

Me río negando con la cabeza y miro la foto. La verdad es que me gusta. Salimos juntos encima de la tabla. Yo estirado en mi metro ochenta y ella agarrada como un koala a mi espalda. Le estoy agarrando los muslos con los brazos mientras nos reímos e intentamos mantener el equilibrio sin caernos. La paso al ordenador y la imprimo para ponerla en el corcho de la pared, junto a las fotos del resto de la pandilla y mi familia.

Paso lo que queda de tarde preparando la presentación del trabajo de fin de grado. Una vez lo presente, habré terminado por fin la carrera y podré centrarme en encontrar unas prácticas remuneradas o, si tengo suerte, un trabajo a jornada completa, aunque no me paguen demasiado al empezar.

Tras cinco horas en Trueno, vuelvo a casa y caigo agotado en la cama. Al girarme veo movimiento en la terraza. Desde mi cama, con la luz apagada, veo el banco de Ari sin que ella me vea a mí. Está leyendo envuelta en su manta. Se la ve relajada y tiene el móvil a su lado con música bajita, apenas escucho un murmullo.

Sé que en algo más de un mes es su cumpleaños, porque Carlota lo comentó de pasada el otro día, y se me acaba de ocurrir un buen regalo. Cojo el teléfono y le compro un altavoz para la terraza. Así podrá escuchar esas canciones de rap que tiene todo el día puestas a través de un buen equipo.



El domingo me levanto pronto y, después de regar y podar las plantas que lo necesitan, me voy al gimnasio. Tras hacer dos horas de máquinas vuelvo a casa duchado y con mucha hambre.

Con la comida al fuego, miro el nuevo mensaje que ocupa nuestra nevera: «Norma 2. Se prohíben las normas. Queda abolida la Norma 1». Me giro riéndome y pongo la mesa mientras se acaba de calentar el delicioso táper de albóndigas de mi madre.

Después de comer hablo con mi hermano Roberto. Está muy nervioso porque Verónica está a punto de dar a luz. Quedan solo dos semanas para que salga de cuentas. Consigo calmarlo y le prometo que estaré allí con él.

Cuando enciendo la *Play,* para echar una partida, golpean la puerta.

—¿Cómo llevas la presentación? —pregunta Marcos entrando y sentándose en la cama a mi lado.

—Ya está todo hecho. Bonito mensaje, pero sigue sin apetecerme escucharte follar —aclaro señalándolo con el dedo.

—Tomo nota, prometo intentar no hacer ruido —dice riéndose.

—Iba a jugar a *Call of duty*, ¿te apetece? —propongo.

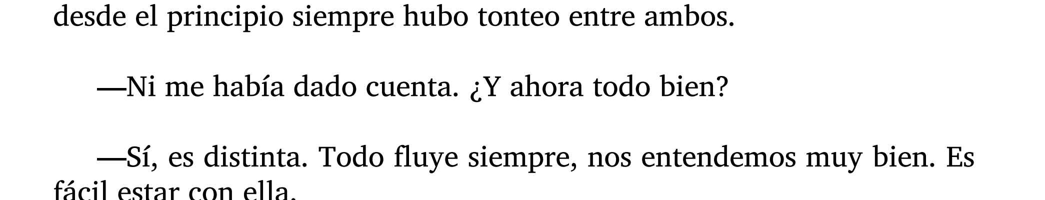
Coge el otro mando y nos ponemos a jugar. Probablemente hayamos hecho este plan más de cien veces, pero nunca nos cansamos de él.

—¿Cómo surgió lo de Carlota? —pregunto pausando el juego cuando ya llevamos un par de horas viciados.

—Pues después de varias noches acompañándola a casa al salir de fiesta para que no viniera sola, empecé a darme cuenta de que ya no me fijaba en otras chicas, pero estaba muy pendiente de ella cuando estábamos juntos. Una noche, al llegar al portal, nos quedamos en silencio como si ninguno se quisiera ir, la besé y hasta hoy.

—¿No fue raro? Se supone que erais amigos.

—No, se supone que era tu amiga. Desde que la conocí siempre me atrajo físicamente, pero no pensé que fuera más que eso. Aunque


desde el principio siempre hubo tonteo entre ambos.

—Ni me había dado cuenta. ¿Y ahora todo bien?

—Sí, es distinta. Todo fluye siempre, nos entendemos muy bien. Es fácil estar con ella.

—¿Fácil? No me imagino teniendo nada fácil con una chica —le digo riéndome y pensando en mi nueva compañera de piso.

—¿Y qué te traes tú con Ari? —Veo que está observando la foto nueva del corcho.

—Me gustó la foto, nada más. —No quiero tener esta conversación.

—Carlota cree que pasa algo raro entre vosotros. —Me mira serio.

—Carlota está equivocada, simplemente nos llevamos mejor que antes —digo negando con la cabeza.

—Espero que sea así —dice creyéndome—. Ari es buena tía y tú no quieres nada más que un polvo. Le acabarías haciendo daño y ya lo ha pasado suficientemente mal.

Dicho esto, vuelve a darle al mando y sigue jugando mientras yo me quedo pensando en sus palabras.

En realidad, ella es la que no quiere más que un polvo. ¿Y yo? Yo sé que no quiero nada serio, pero también sé que cada día me gusta más estar con ella.

Capítulo 27
SIN FILTROS
Ari

La semana pasa tranquila y en el trabajo todo marcha de maravilla. Incluso Miriam me ha dado la enhorabuena por el último reportaje.

Este mes de junio me centro en el panorama del hiphop español en la actualidad. He decidido hablar de la Crew madrileña, la Utopía del Norte, que une a distintos raperos o grupos del norte de España, o cantantes como Ayax, Prok, Ezetaerre o Ambkor. Intento que todos tengan cabida en el reportaje, pero es complicado. Así que voy a centrarme por zonas del mapa español para los artículos semanales del blog. De este modo podré abarcar más artistas.

Disfruto de cada texto que escribo y de la investigación previa; pero sobre todo me encanta sentir que se valora mi esfuerzo y dedicación. Miriam es una de esas jefas que te orientan y ayudan. Cuando tiene que reñir porque vamos justos con los plazos y no llegamos, lo hace de una forma que salimos motivados de la reunión y rendimos el doble. Es la primera vez que siento que trabajar es un auténtico placer.

Es viernes y estoy en el metro, camino al aeropuerto, para recoger a Laura. Viene a pasar el fin de semana a Madrid.

Cuando por fin nos encontramos, hay muchos abrazos y risas, no puedo dejar de sonreír. Estaba deseando tenerla conmigo.

Laura siempre ha sido ese soplo de alegría en mi vida, con ella a mi lado todo es mucho más fácil. Ya sea a medio metro o a demasiados kilómetros de distancia.

Al llegar a casa le presento a mis compañeros de piso. Laura abraza a Carlota como si fueran amigas de toda la vida y le mete un repaso a Álex de arriba abajo cuando él no está mirando.

—¡Vaya con el error! —me susurra en bajito levantando las cejas. Mi amiga no tiene arreglo.

Esta noche Carlota y Álex no tienen que trabajar, ya que Ángel se ha ido el fin de semana con su familia y no quiere estar pendiente del trabajo, por lo que ha cerrado el *pub*.

Cuando llegamos a Medias Puri, la discoteca que teníamos que conocer sí o sí según mi compañera de piso, las chicas nos pedimos la consumición de la entrada y nos dirigimos a la pista para bailar.

—Raúl no deja de mirarte —me dice Laura al poco de encontrar un lugar lo suficientemente amplio para todos.

—No está mal, pero después de lo de Álex no quiero liarme con nadie más del grupo —le contesto en voz baja para que no me escuche el resto.

—No te estoy diciendo que te lo tires, pero por bailar un rato no vas a matar a nadie —dice levantando las cejas—. Mira, vienen hacia aquí.

Los chicos, que estaban pidiendo sus copas, se unen a nosotras. Hugo no deja de mirar a Sara, que está bailando con nosotras, y me parece increíble que ella no se dé cuenta de lo pillado que está. Lucía está en una esquina hablando con un chico muy guapo. Mejor para nosotras. Después del encontronazo del otro día, ya ni siquiera disimulamos la antipatía mutua. Y Álex está hablando animadamente con Marcos y Carlota.

Desvío la mirada cuando siento que unos brazos rodean mi cintura. Giro la cabeza asustada y veo a Raúl sonriéndome. ¡Qué coño! Por bailar no le hacemos daño a nadie. Bailamos un par de canciones, pero cuando noto sus labios en mi cuello, me separo por completo.

—Lo siento, Raúl, solo somos amigos —le aclaro negando con la cabeza con una sonrisa de disculpa.

—No te preocupes. Tenía que quemar el cartucho —se disculpa con una sonrisa.

Tras este momento incómodo, me voy al cuarto de baño para refrescarme la cara. Espero que Raúl haya captado que no tengo interés por él. Estaba bailando con él como bailaría con Hugo, Marcos o cualquiera de las chicas.

Al salir del baño, un brazo me arrastra hacia la parte oscura del pasillo. Al girarme, veo la cara de Álex a dos palmos de la mía. Me apoyo en la pared de enfrente para dejar distancia entre nuestros cuerpos.

—¿Qué coño te pasa? —le pregunto seria.

—¿Qué te pasa a ti? ¿Te vas a liar con Raúl?

—¿Perdona? ¿A qué viene esto? Que yo sepa tú y yo no somos nada. No te tengo que dar ninguna explicación.

—Y no lo somos, pero tampoco me gusta que se rían de mí y menos con mis amigos.

—¿Estás celoso? —pregunto con incredulidad cuando la idea aparece con claridad en mi mente.

—No vayas por ahí. Esto es cuestión de respeto. ¿Te gustaría que me pusiera a restregarme con tu amiga? —contraataca.

—Por mí te puedes tirar a quien quieras, Álex. No podría importarme menos —contesto desafiándolo.

—¿Seguro? ¿Me dices que si me llevo a otra a casa hoy te daría exactamente igual? —pregunta, y añade con confianza—: ¿Te daría igual escucharla gimiendo cuando en realidad te gustaría ser tú la que esté conmigo en la cama?

—Eso es. De hecho, probablemente también yo me vaya hoy acompañada. Para que te quede claro de una puta vez que no quiero follar más contigo —respondo enfadada.

Cuando creo que Álex me va a contestar, simplemente niega con la cabeza y se marcha.

Vuelvo con los demás y Raúl me sonríe como siempre al llegar. Respiro tranquila, no se ha enfadado. Menos mal, lo último que me apetece es tener un drama en el grupo o cabreos innecesarios. Suficiente con los que tengo con Álex.

En cuanto llego a la pista de baile, Laura me lleva a una esquina.

—¿Qué ha pasado? —pregunta mirándome desconfiada.

—¿Por qué ha tenido que pasar algo? —Me hago la inocente.

—Vamos, Ari, que soy tu mejor amiga desde el colegio. Cuando te has ido al baño he visto que Álex iba detrás. Habéis estado un rato

desaparecidos y, cuando ha vuelto, parecía bastante enfadado.

Miro hacia él. Sí, está enfadado, ¿o más bien dolido? Es complicado seguirnos el ritmo.

—Está bien —digo claudicando—. Me ha abordado cuando salía del baño. Está celoso. No sé qué le pasa, porque ambos acordamos que no iba a volver a repetirse.

—¡Qué ciega estás! Entre tu error y tú hay más de lo que ambos queréis reconocer —afirma—. Además, puedo entender que le moleste que su amigo te bese el cuello. No creo que sea algo agradable de ver cuando te gusta otra persona.

—Pero ¿qué dices? Yo no le gusto. Ni él a mí. —Me pongo a la defensiva, cuando en realidad hasta yo misma estoy empezando a dudar de qué es lo que está pasando entre nosotros.

—Piensa lo que quieras —dice segura—. Ya te darás cuenta.

—Deja el tema, ¿vale? Si te digo que no me importa es porque no lo hace. Fin.

—Anda, vamos a pedir otra copa.

Me agarra de la mano y me arrastra hacia la barra. Sabe perfectamente cuándo presionar y cuándo no. Ventajas de ser como hermanas.

Continuamos bailando y pasándolo bien un rato más. Mi mejor amiga adora bailar y lo hace desde pequeña. Intento seguirle el ritmo para no pensar en lo que acaba de decirme. Laura siempre ha sido de esas personas que dicen las cosas sin filtros y, aunque me joda reconocerlo, sus palabras siembran la duda.

¿Me gusta Álex? Hasta ahora pensaba que simplemente sentía atracción por él, pero después de nuestro atardecer escuchando juntos música y las clases de *skate* ya empiezo a dudar de todo.

Capítulo 28
BAJO MI PIEL
Álex

La noche está siendo una auténtica mierda.

Es una de esas veces en las que, sin duda, estaría mejor en casa viendo una película o jugando al ordenador y sin nadie a mi alrededor.

Es la primera vez que siento celos por otra persona y es algo que no me gusta sentir. Me considero una persona racional que sabe gestionar sus emociones, pero esta noche no lo consigo. Enfadado, por no poder controlar mis sentimientos, salgo de la discoteca.

Fuera, empiezo a caminar de un lado al otro de la acera. Además del rechazo continuo de Ari, tengo que lidiar con que no me apetezca estar con otras chicas. Ni siquiera he tenido ganas de fijarme en si había alguien interesante dentro porque me he pasado toda la noche mirándola a ella y memorizando su sonrisa mientras bailaba con su amiga.

Escucho unos pasos y veo a Sara acercándose. Se apoya en la pared y me mira preocupada.

—Álex, ¿estás bien?

—Ahora no es buen momento.

—¿Qué te pasa con Ari? —Me conoce demasiado bien.

—No lo sé. Necesito echar un polvo. —Me siento como un animal enjaulado mientras le escribo a Sandra un mensaje para vernos.

—¿Crees que eso solucionará lo que te pasa con ella? —me pregunta con cautela—. He visto vuestras miraditas… ¿Os habéis liado?

—Han pasado cosas.

—¿Sientes algo por ella?

—No… No lo sé —decido sincerarme con mi mejor amiga—. Me gusta estar con ella.

—Entonces, inténtalo —me aconseja—. Nunca te he visto mirar a nadie como la miras a ella.

Cuando empiezo a plantearme lo que dice, escuchamos unas risas en la acera. Nuestro grupo ha salido de la discoteca y nos está esperando.

Ari me mira altiva y pienso en todo lo que me ha dicho esta noche y lo segura que sonaba. En ese momento Sandra me contesta que está en su casa y puedo acercarme.

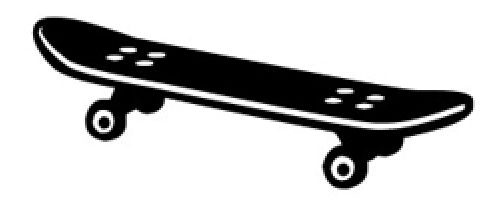
—No, Álex. No la cagues —pide mi mejor amiga, leyendo mi móvil —. Un polvo con otra no va a arreglar lo que sea que está pasando entre vosotros. No seas tonto. Tal vez solo necesitéis hablar las cosas como adultos.

—No hay nada que hablar. Me ha dejado muy claro hoy que no va a pasar nada más.

Sara niega con la cabeza decepcionada, pero no añade nada más cuando paro un taxi.

Mis pensamientos van a mil por hora. Apenas se ha puesto en marcha el coche cuando le doy al taxista la dirección de mi casa y le escribo un mensaje a Sandra disculpándome e indicándole que es mejor no volver a vernos.

Ari se ha metido bajo mi piel y veo complicado que salga de ahí.



Me levanto casi a mediodía cuando me llama Roberto para informarme de que Verónica está en el hospital. No dudo en ir corriendo.

Cuando llego mi cuñada ya está en el paritorio dilatando. Mi madre me explica que rompió aguas en casa y parece que todo va a ir rápido. A ella ya no podremos verla antes de que se convierta en madre.

Roberto solo ha salido un momento mientras le administraban la epidural. Estaba histérico y apenas lo hemos visto porque al momento ha vuelto a entrar para apoyar a su mujer durante el parto. No quería separarse ni un minuto de ella. Incluso han buscado un hospital en el que él pudiera entrar a quirófano en caso de necesitar una cesárea, pero estoy seguro de que todo saldrá genial. ¡En nada voy a ser tío!

—¿Qué te pasa, hijo? Estás enfadado —pregunta mi madre, que está sentada a mi lado, sacándome de mis pensamientos.

—Nada importante —respondo sin ganas.

—Importante es si estás con esa cara. ¿Problemas con el proyecto? —tantea.

—No, el proyecto ya lo tengo terminado, solo me queda exponerlo en un par de semanas.

—Entonces es por una chica. ¿Qué te pasa con ella? —Mi madre siempre ha sabido leerme muy bien.

—Que justamente no sé qué me pasa con ella —me sincero—. Estoy muy bien solo, como siempre, pero ella es diferente.

—¿Diferente en qué sentido? —pregunta con una sonrisa.

—En el sentido de que sabe ponerme en mi sitio y no me baila el agua. Sé que no quiero nada serio, pero me gusta pasar tiempo con ella. Soy yo mismo en todo momento.

—¿Ella lo sabe?

—No. Hay veces en las que estamos bien juntos, pero después mantiene las distancias y me dice constantemente que no somos nada ni vamos a serlo.

—Si lo dice tan menudo es porque no está tan segura de sus palabras o tiene miedo.

—No sé, puede ser.

Nos quedamos en silencio y ella no presiona. Mi madre siempre ha sabido darnos nuestro espacio y hacernos pensar las cosas desde otro punto de vista. Es inteligente y analiza a la perfección a las personas. Sigo pensando en sus palabras cuando Roberto entra emocionado y nos comenta que ambos están bien.

Entramos en la habitación y nos presenta a Dylan. Han vivido dos años en Estados Unidos por trabajo y, desde que han vuelto, no han parado de repetir que si tenían un hijo se llamaría así.

Dylan es el bebé más pequeño que he visto en mi vida. Es increíble la sensación de calma que me llena al observarlo. Duerme tranquilamente y me aseguro de que está respirando, ya que apenas se mueve. Veo que mi hermano y Verónica se miran con tanto amor que no puedo evitar sonreír.

—Y estos, Dylan, son los empalagosos de tus padres. Te acostumbrarás a ellos —le susurro a mi sobrino en voz baja para no despertarlo.

Paso con ellos un rato más y me despido para que puedan descansar, Verónica está agotada y necesita dormir después del esfuerzo del parto.

Al llegar a casa, Laura, Carlota y Ari están en el salón con un montón de bolsas en el suelo. Las saludo y me voy directo a mi habitación sin parar a hablar para cambiarme. No sé cómo actuar después de lo que pasó ayer. Cuando voy por el pasillo escucho a Carlota hablar.

—¿A este qué le pasa?

—Ni lo sé, ni me importa. —Escucho responder a Ari.

Cabreado, doy un portazo y pongo música alta. Esa indiferencia me jode. Cualquiera diría que venía contento del hospital por el nacimiento de Dylan.

Capítulo 29
LEVANTAR MUROS
Ari

Después de pasar el día visitando los sitios más emblemáticos de Madrid y gastarnos más de lo que deberíamos en ropa, Laura y yo decidimos quedarnos hoy en casa cotilleando y viendo películas. Carlota, que se ha pasado el día con Marcos, se apunta a nuestro plan en cuanto se lo comentamos.

Llevo todo el día evitando pensar en lo que pasó ayer con Álex. Incluso estoy empezando a tener dudas sobre mi determinación de mantenerme alejada de él. Algo que se me está dando francamente mal.

Hemos entrado en un bucle absurdo de tontear, sobarnos, evitarnos o incluso ponernos celosos. Porque no sería del todo sincera si no reconociera que siento celos cuando lo veo interaccionar con Lucía, a pesar de que no he visto ningún tipo de tonteo por su parte.

Se supone que nos atraemos y, de vez en cuando, pasamos tiempo juntos. Sin mayores pretensiones, ¿no? Pero lo cierto es que últimamente las líneas se están empezando a desdibujar.

Lo cierto es que cuando Raúl me besó el cuello no sentí los nervios en el estómago por la anticipación que siento cada vez que Álex está peligrosamente cerca. Me asusta sentir tanto con él por un simple roce y tan poco con el resto.

En cuanto estamos las tres instaladas en los sofás, Carlota no tarda en sacar el tema.

—¿A qué ha venido la contestación tan borde? ¿Qué está pasando entre Álex y tú? —Va directa al grano.

—Ojalá lo supiera, pero no lo tengo claro.

—¿Os habéis liado?

—Sí. —Suspiro frustrada y decido sinceramente del todo—. Un par de veces y nos acostamos una vez. Solo fue sexo.

—Ya, claro —interviene Laura.

—Lo fue. El problema es que después de eso hemos pasado algo de tiempo juntos y me he sentido cómoda con él, pero también discutimos a la mínima. Así que no sé qué pensar.

—¡Joder! Mira que le pedí que tuviera las manos quietas contigo.

—No, no. Esto no ha sido culpa de Álex, yo también lo he buscado. Hemos jugado con fuego y ambos nos hemos quemado.

—¿Quieres estar con él? —dice Carlota.

—Estoy muy tranquila sola.

—Eso no responde a mi pregunta, pero lo pasaré por alto —dice con una sonrisa de comprensión—. Álex no es mal tío. Es más, no suelo ver que repita con casi nadie y si me dices que os habéis liado más de una vez, será por algo.

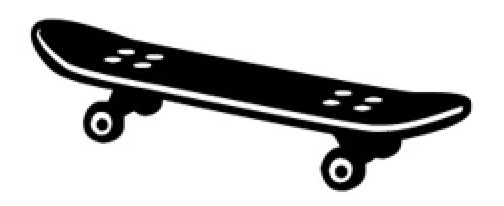
—No quiero hablar más del tema —la corto bruscamente—. Perdona, es que no quiero pensar en ello.

—Vale, cuando quieras hablar ya sabes dónde estoy. La habitación al otro lado del pasillo, no la de al lado, eh —aclara Carlota riéndose.

—¿Pedimos algo de cenar y elegimos peli? —propone Laura.

Agradezco a Laura con una sonrisa el cambio de tema. Sabe que este tema me agobia y que, cuando me agobio, soy incapaz de pensar con claridad.

Nos pasamos lo que queda de día vagueando en el sofá las tres juntas. Álex no ha salido de su habitación más que para coger comida y no ha interaccionado con nadie. Noto cómo mi compañera de piso está pendiente de ambos y me fastidia. Justo esto es lo que quería evitar.



El domingo Laura y yo vamos a comer a un tailandés con Sara y a ver un musical. Es el primero que vemos en nuestra vida y nos ha encantado, creo que se convertirá en nuestro plan estrella cuando baje de visita a la capital.

El lunes, en cambio, me cuesta despertarme para ir a trabajar y, cuando lo hago, estoy triste sin saber el motivo exacto. Creo que es porque Laura se ha ido hoy a primera hora y que ayer, la única vez que vi a Álex, lo noté distante.

Cuando estoy acabando de vestirme para ir a trabajar, veo una nota encima de la mesa, es la letra de mi bicho favorito.

«Puede que Álex no sea lo que crees que necesitas, pero te hace sentir viva. Vuelves a ser la Ari de siempre y, en parte, diría que es gracias a él. Déjate llevar y disfruta. Tu mejor amiga, a la que sin duda adoras, Lau».

Sonrío al leer sus palabras. Es cierto que me vuelvo a reconocer, pero justamente el problema es que no quiero volver a perderme por estar con otra persona. Creo que no estoy preparada para estar con nadie hasta que esté bien yo sola. Puede que por fuera parezca la Ari de siempre, como dice Laura, pero dentro hay muchos miedos e inseguridades que la antigua Ari no tenía y que a mí me aterran.

¿Qué pasa si vuelvo a dejar que otra persona controle mi vida por completo? Con Quique siempre lo hacía todo mal. Me sentía inútil, como si no sirviera para nada. Pero ahora estoy encantada con mi trabajo nuevo, me siento valorada. Incluso ya no siento rechazo al mirarme en el espejo. Me gusta mi nueva vida y no quiero que eso cambie.

El día pasa lento en el trabajo. La sensación de tristeza no me ha abandonado. Al salir decido dar un paseo para despejarme. Tras un

par de horas sentada en El Retiro, vuelvo a casa cuando empieza a anochecer.

Preparo con Carlota verduras para cenar. Mientras se acaban de hacer al horno, ella deja un mensaje con los imanes: «Álex, baja la basura. Primer aviso». El susodicho entra en la cocina a los pocos minutos.

—Álex, tienes un mensaje —le dice Carlota señalando con la cabeza el frigorífico.

—Se me olvidó. La bajo ahora después de cenar —contesta al leerlo sonriéndole.

—Siempre se te olvida —contesta ella poniendo los ojos en blanco —. Es el mensaje que más se repite en nuestra nevera.

Álex ni me ha mirado desde que ha entrado. Como si no existiera. Nos sentamos los tres a la mesa y, cuando llevamos diez minutos en silencio, decido hablar, ya que es muy raro que Carlota se mantenga callada durante tanto tiempo.

—¿Qué tal las clases de hoy? —le pregunto.

—Bien, mis niños sacarán buenas notas en junio seguro —contesta con una sonrisa orgullosa—. Y tú, ¿qué tal el lunes?

—Sin más. He hecho el esquema del reportaje con la información que recabé la semana pasada y he escrito el borrador del artículo semanal.

—Productivo entonces —contesta—. ¿Qué tal tú, Álex? ¿Cuándo presentas el proyecto? —añade mirando a nuestro compañero, que no ha levantado la mirada de su plato.

—El jueves.

—Seguro que lo bordas —afirma sonriendo.

Él le devuelve la sonrisa y se levanta. Mete su plato en el lavavajillas y murmura una breve despedida antes de irse a su habitación.

—Lo siento, Carlota. Esto es justo lo que no quería, que las cosas

fueran raras en el piso —me disculpo pasados unos segundos.

—No te preocupes, todo se arreglará. Solo necesitáis tiempo —responde apretando mi mano.

Asiento y acabamos de cenar en silencio. Nos sentamos en el salón a ver *Shameless* y, cuando llega Marcos, nos vamos los tres a dormir.

Después de estar un rato dando vueltas sin poder pegar ojo en la cama, decido salir a la terraza. Ya estamos en junio y han subido notablemente las temperaturas. Me siento en el banco y pongo en volumen bajo mi lista de canciones favoritas de Spotify.

Un par de canciones después, la letra *Fuego* de Chusterfield me remueve por dentro: «Rompí a volar, incomprendido como el Sol en el sistema solar. Me empecé a quemar. No supe parar. Me hice daño a mí mismo. Estuve a punto de abandonar. ¿Para qué llorar si puedo luchar? Ser como un rayo, devastar segundos antes de tronar. Volví a sonar, como el rugido al romper las rocas con las olas del mar». Esta canción describe perfectamente cómo está mi vida en este momento y cómo ha cambiado durante los últimos meses. Así me siento yo, luchando tras estar a punto de abandonarme por completo.

Escucho un par de canciones más y decido ponerme a leer sin música, ya que las letras me están haciendo pensar demasiado y perder la concentración en la lectura. Cuando llevo más de media hora en silencio, se abre la puerta de Álex y este sale sin darse cuenta de que estoy en mi esquina. Veo como saca una cajetilla de tabaco y enciende un cigarro mientras apoya los brazos en la barandilla.

—No sabía que fumabas.

Le sobresalta mi voz. Noto que cierra los ojos y suelta el humo despacio.

—Prefiero estar solo, Ari —dice en tono cansado.

—¿Estás enfadado? —tanteo—. ¿Por qué?

—Ni yo quiero hablar de ello ni tú quieres escuchar los motivos. No insistas.

—Quiero saber qué te pasa. No me gusta estar así. Antes al menos nos llevábamos bien, como el día del *Skatepark*. ¿No podemos volver a

eso?

Dejo el *e-book* a un lado y me levanto cuando pasan los segundos y no responde. Al acercarme advierto que se pone tenso. Alargo la mano para tocarle el brazo, pero se aparta antes siquiera de rozarlo. Me duele que lo haga.

—Paso. No puedo seguir así. —Vuelve a suspirar y me mira por primera vez en tres días—. Me jode sentir celos y me jode que no pares de levantar muros. Muros que, por cierto, solo levantas conmigo.

—Eso no es cierto —susurro—. Tú eres el que más se acerca.

—¿En serio? —Afirmo con la cabeza—. Entonces, ¿por qué me apartas?

—No lo sé. Solo sé que, si dejo que esto vaya a más, dolerá y mucho. Lo siento. No puedo, de verdad.

Se queda callado, mirándome y noto la decepción en su cara.

—A partir de ahora somos solamente compañeros de piso. Nada más.

Apaga el cigarro en la barandilla y lo tira al cubo de basura que tiene junto a sus plantas. Sin mirarme y sin esperar una respuesta, se mete en su habitación. Cierro los ojos cuando escucho que baja la persiana.

Ahora es él el que ha levantado un muro entre los dos.

Siento que se me humedecen los ojos y empiezo a llorar. Álex se acaba de alejar de mí y eso me asusta, porque ni siquiera sabía que lo sentía tan cerca.

Capítulo 30
MIRADAS QUE HABLAN
Álex

Acabo de llegar a la universidad y estoy muy nervioso. Hoy publican las notas de los trabajos de fin de grado que presentamos hace un par de semanas. Voy directo al tablón y veo un notable alto al lado de mi nombre. Mi humor mejora considerablemente, ya que llevo un par de semanas complicadas.

Llamo a mis padres al momento para contarles la buena noticia. Me han apoyado siempre y ambos se alegran mucho por mí.

Tantos años de esfuerzo y malabares entre los dos trabajos, las clases y estudiar han dado sus frutos. Tras un par de cervezas con mis compañeros de carrera, paso por casa para cambiarme antes de salir a celebrarlo con mis amigos.

Al llegar al piso me encuentro con mucha gente en la terraza del salón y una pancarta hecha a mano que dice «¡Enhorabuena, Alex!». Estoy convencido de que es cosa de Carlota. Le encantan las manualidades y cualquier ocasión le sirve para sacar su enorme caja de material escolar.

Están todos, incluidos Roberto y Verónica con el pequeño Dylan, mis padres y Ángel. Estoy pletórico y no dudo en repartir abrazos para todos. Al llegar a Ari, nos quedamos uno frente al otro mirándonos sin saber muy bien cómo actuar.

Llevamos semanas sin cruzar más que las palabras necesarias de convivencia. Todavía me escuece nuestra última conversación, pero desde ese momento he cumplido con mi parte y la trato de forma cordial, únicamente como compañera de piso.

Es más, he intentado pasar el mínimo tiempo posible en casa para no quedarme a solas con ella. Porque, cuando la veo, me cosquillean los dedos por las ganas que tengo de tocarla y mis ojos viajan continuamente a su boca con ganas de besarla de nuevo. Así que voy del trabajo al gimnasio y después a casa de cualquiera de mis amigos o de mi hermano para ver a mi sobrino.

Ha sido complicado lidiar estas semanas con todo lo que siento por ella. Nunca he sentido antes algo así, quiero protegerla de todo. Ni siquiera me apetece follar con otras. He salido un par de veces con mis

amigos y me lo he pasado bien, pero cada vez que intentaba ligar conmigo alguna tía la he ignorado. El simple hecho de pensar en besar a otra persona me produce rechazo. Estoy bien jodido.

—¡Felicidades! Me alegro mucho de que hayas aprobado con tan buena nota, te lo has currado un montón.

La voz de Ari me saca de mis pensamientos. Me mira nerviosa. Se siente tan incómoda como yo y no sabe qué hacer con sus manos o a dónde dirigir su mirada. Echo un vistazo a sus labios y un anhelo recorre mi cuerpo.

—Gracias —digo torpemente mientras le doy un abrazo rápido, antes de cometer una tontería.

No puedo evitar oler su pelo y me doy cuenta de cuánto he echado de menos su aroma. Al separarnos se entrelazan nuestras miradas, pero ninguno de los dos dice nada. Está triste y me regala una pequeña sonrisa antes de irse al lado de Sara.

Me acerco a mi hermano y cojo a Dylan en brazos. Sigue siendo tan pequeño que parece que se va a romper. Lo agarro con mucho cuidado y lo pego a mí. Me reconforta que algo tan pequeño pueda darme tanta calma en este momento que mi corazón late descontrolado.

Mi madre se acerca sonriente y me pide al bebé. Todos estamos enamorados del nuevo componente de la familia. Incluso mis amigos se han deshecho en halagos hacia mi hermano y mimos para Dylan.

—Estamos muy orgullosos de ti, cielo —me dice con una sonrisa cálida.

—Gracias, mamá.

—¿Cómo llevas lo de aquella chica? —tantea.

—No lo llevo. Hemos decidido ser solo amigos —aclaro.

—Ah. No es lo que me parecía antes —dice mirando de reojo a Sara y a Ari.

—¿Cómo sabes que es ella? —pregunto desconcertado.

—Cuando Carlota nos ha presentado a la otra compañera de piso y he visto que la muchacha se sentía incómoda, he sabido que era ella. Además, ha estado mirando hacia la puerta cada dos minutos nerviosa, esperando a que llegaras.

—Hace semanas que apenas nos dirigimos la palabra o nos evitamos. No hay nada que hacer. —Resoplo frustrado.

—No diría eso después del abrazo que os habéis dado.

—Déjalo estar, mamá. Hoy solo quiero pasarlo bien.

—Vale, cariño. De todos modos, nosotros ya nos vamos. Mañana toca hacer las maletas. El sábado salimos pronto para Cantabria.

—¿Ya os quedáis en el apartamento lo que queda de verano? —Ella asiente y añado—: Vaya suerte, sois los que mejor vivís de todos.

—Ventajas de estar jubilados. Ven a vernos pronto —me pide.

—Por supuesto. No puedo sobrevivir tanto tiempo sin tu comida —contesto al agacharme para darle un beso mientras ella se ríe negando con la cabeza.

Me despido de mi familia y algunos de los invitados. Después de un par de horas, solo quedamos los de siempre, Lucía incluida. Lleva toda la tarde sentada en una silla un poco alejada del resto y con no muy buena cara. Decido acercarme a hablar con ella. Hubo un tiempo en el que nos llevábamos bien y no me gusta verla así.

—Ey, enhorabuena —me dice con poco entusiasmo cuando me siento en la silla que hay libre a su lado.

—¿Por qué esa cara tan seria? ¿Estás bien?

Lucía me mira levantando las cejas y suspira notablemente molesta.

—Sabes perfectamente lo que me pasa, no estoy cómoda. —Nunca ha tenido pelos en la lengua.

—¿Es por mí?

—Sé que en su momento me hice ilusiones, tú en ningún momento

me prometiste nada ni yo estoy enamorada de ti. Nunca lo he estado porque ya me rompieron el corazón una vez y no pienso volver a pasar por eso. Aun así, no es grato ver como por ella sí has cambiado de pensamiento.

—Ari y yo no somos nada.

—No me tienes que dar explicaciones, pero yo no creo que esté todo perdido.

—Lo dudo mucho. No depende solo de mí.

—Eso ya lo veremos —contesta con una pequeña sonrisa y se levanta, pero antes de irse pone una mano sobre mi hombro y añade —: Gracias por preocuparte por mí. Al menos intentemos llevarnos bien.

—Me parece bien.

Lucía avisa de que se va y Sara, Hugo y Raúl se marchan con ella. Es jueves y todos trabajamos mañana. Carlota se va a dormir a casa de Marcos, ya que él teletrabaja los viernes y tiene todo el equipo allí.

Es la primera vez, en semanas, que Ari y yo nos quedamos a solas. No dejo de darles vueltas a las conversaciones que he tenido con mi madre y con Lucía.

¿Estaba Ari nerviosa por verme antes de que llegara a casa? ¿De verdad no está todo tan perdido como yo pienso?

Capítulo 31
EL SITIO EN EL QUE QUIERO ESTAR
Álex

Estaba ya acostumbrado a sentirme cómodo con Ari y esta incomodidad que sentimos ahora me mata. Echo de menos sus sonrisas. Últimamente siempre está triste, con la mirada perdida.

Nos hemos quedado solos recogiendo la terraza. Metemos todo en la cocina y colocamos las sillas y las mesas en su sitio. Una vez acabamos de llenar el lavaplatos con la vajilla sucia que hemos usado esta tarde, nos disponemos a meter la basura en bolsas.

Estamos sumidos en un silencio pesado, hasta que ella me mira fijamente y me hace reaccionar.

—Ari… yo… —digo acercándome a ella.

—No, Álex. Por favor —susurra negando con la cabeza.

Recojo un mechón de pelo que se le ha escapado del moño despeinado al negar y se lo coloco tras la oreja de forma inconsciente. Es preciosa incluso sin arreglar. Podría pasarme horas contando sus pecas.

Se queda sin aliento y me pongo nervioso cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo. Empiezo a apartar la mano, pero ella la coge con cuidado y apoya su mejilla en ella. Cierra los ojos y la sombra de una pequeña sonrisa se asoma en su cara. Suspira profundamente y los vuelve a abrir.

—Lo siento, no sé qué me ha pasado —me dice apartándose.

—No lo sientas. A mí también me ha hecho sentir mejor.

Me acerco lentamente y esta vez no se aparta. Apoyo las manos en su cintura con cuidado. Ninguno dice nada cuando sus brazos me rodean el cuello. Nos miramos varios segundos hasta que acerco nuestros cuerpos y la beso despacio. Ella me devuelve el beso y se le escapa un suspiro cuando mis dientes muerden con suavidad su labio inferior. Le doy un pequeño beso con ternura antes de apartarme.

—Echaba mucho de menos tus labios —susurro apoyando mi frente en la suya.

Ambos soltamos el aire que estábamos reteniendo. Es el beso más íntimo que he dado en mi vida y, en lugar de asustarme, me ha dado la calma que llevo semanas buscando. Ha sido como volver a casa después de haber pasado demasiado tiempo fuera.

—Yo no sirvo para estar con nadie, Álex. No estoy preparada. —Le tiembla la voz sin apartarse de mí.

—No lo sabes si no pruebas. ¿Estas semanas sin hablarnos te han ido mejor? Porque yo me he sentido perdido.

Me mira directamente a los ojos con tristeza y niega con la cabeza lentamente.

—¿Entonces? ¿Por qué no ver a dónde nos lleva esto?

La rodeo con los brazos acercándola más a mí, ella apoya su cabeza en mi pecho y yo la mía sobre su pelo mientras cierro los ojos. Con ella entre mis brazos siento que todo encaja y cobra sentido, que estoy justamente en el sitio en el que quiero estar.

Estoy proponiendo algo que ni siquiera me había planteado hasta este momento. Nunca había sentido la necesidad de tener pareja o ser fiel a otra persona, pero me acabo de dar cuenta de que estar con Ari es justo lo que quiero. Me apetece compartir momentos con ella, hacerla reír, abrazarla para dormir y follar juntos. Esta última parte es la que mejor se nos ha dado hasta ahora, pero quiero más. Necesito más. Nunca me canso de ella. Solo cuando estamos juntos he sido simplemente yo, sin ningún tipo de filtro.

—No puede ser. Lo siento —dice apartándose.

—¡Joder! —mascullo frustrado.

Levanto el brazo para tocarme el pelo y veo como ella se encoge. Otra persona tal vez ni siquiera se habría dado cuenta porque el movimiento ha sido muy sutil, pero conozco sus miedos y su pasado, así que sé perfectamente lo que acaba de pasar y me duele.

Me pongo serio y veo su cara de angustia al darse cuenta de cómo ha reaccionado. Sabe que con su gesto me ha lastimado.

—Álex, yo…

Se intenta acercar a mí, pero ahora soy yo el que da un paso hacia atrás incrédulo.

—Pensabas que te iba a hacer algo —afirmo con la voz rota.

—Ha sido un acto reflejo. Lo siento. —Se muerde el labio nerviosa.

Se aproxima a mí y esta vez no me aparto. Levanto las manos despacio y acuno su cara entre mis manos.

—Yo nunca te pondría la mano encima, Ari. Deberías saberlo —susurro dolido.

—Lo sé —dice segura—. De verdad que lo sé. Me lo has demostrado.

Acerca su cara a la mía y me da un pequeño beso en los labios, apenas un roce suave, que me tranquiliza.

—No sé qué es esto —dice moviendo las manos entre los dos—, pero ahora mismo no puedo.

Está a punto de llorar y yo no entiendo nada. Cuando creo que damos un paso hacia delante, damos cuatro hacia atrás. Una lágrima se escapa de sus ojos y la limpio con el pulgar cuando apenas ha recorrido sus pecas.

No digo nada más, porque sé que nada de lo que yo le diga va a hacer que cambie de opinión. Aspiro su aroma una última vez antes de darle un beso en el pelo y apartarme.

Necesito estar solo, así que me meto en mi habitación y salgo a la terraza con los cascos de música. Me apoyo en la barandilla y le doy a *play* para intentar evadirme, pero parece que mi lista de reproducción va acorde con mi estado de ánimo cuando empieza a sonar *No sé cómo decirte* de Día Sexto.

Las notas suenan mientras la letra me acompaña: «Concédeme este baile, que quiero leer en braille toda tu existencia, acariciarte hasta romper el aire. El miedo a que te marches sé que va a dolerme. Solo quiero equivocarme, perderme por toda tu carne, susurrarte que eres ese libro que no quiero que nunca se acabe».

Paro la canción porque no soporto que la letra describa tan bien qué siento ahora mismo.

Todo esto duele más de lo que pensaba.

Capítulo 32
SINCERARSE
Ari

Volver a sentir las manos de Álex, sus labios y su cercanía han hecho que mi corazón diera volteretas de alegría, pero mis miedos han vuelto a ganar la batalla. ¿Me habré equivocado?

Cierro la puerta de mi habitación antes de ponerme a llorar. Me escurro por la pared hasta quedarme sentada en el suelo y, entonces, sí permito que las lágrimas me mojen la cara.

Nuestra conversación me ha removido mucho. Dista tanto de la persona que conocí hace tan solo tres meses… No me esperaba para nada que me propusiera intentarlo.

El día de la terraza me di cuenta de que él me importa más de lo que pensaba. He estado pensando mucho en ese momento y he llegado a una conclusión: me estoy enamorando de Álex. Y eso es un problema porque todavía me estoy lamiendo las heridas de mi anterior relación.

Estoy dividida. El corazón me dice que me arriesgue, que merece la pena jugársela por lo bien que me siento cuando estamos juntos; pero la cabeza me dice que chocamos mucho y que lo último que necesito es tener que lidiar con otra persona cuando todavía me estoy recuperando a mí misma.

Cuando dejo de llorar, me pongo el pijama y me meto en la cama sin haber tomado ninguna decisión. La nota de Laura, encima de la mesita, llama mi atención: «Vuelves a ser la Ari de siempre y, en parte, diría que es gracias a él. Déjate llevar y disfruta».

Volver a leer sus palabras me hace reaccionar y, cuando me quiero dar cuenta, estoy abriendo la puerta de la terraza. Me asomo y veo que Álex ha dejado la suya abierta. Una pequeña sonrisa se expande por mi cara cuando me doy cuenta de que todavía no ha tirado la toalla, a pesar de mi rechazo en la cocina.

Entro en su habitación con paso lento. Tiene la lámpara de la mesita encendida y gira la cabeza al escucharme. Su expresión muta al alivio y destensa los hombros dejando salir todo el aire que estaba reteniendo.

Nos miramos un par de segundos sin saber qué hacer. Yo me quedo

de pie, al lado de la puerta. Y él está tumbado encima de la cama en calzoncillos y sin camiseta. Me deleito mirando la tinta que le cubre brazos y pecho. Son muchos tatuajes diferentes unidos entre sí recorriendo sus músculos.

Cuando levanto la vista, Álex me observa en silencio.

En su boca se asoma una sonrisa tímida que le devuelvo cuando noto que mi corazón se ha saltado un latido. Me apoyo en la pared antes de hablar.

—Yo… No sé por dónde empezar, Álex —titubeo nerviosa.

Él hace amago de levantarse y hago un gesto con las manos para que se vuelva a sentar.

—No, por favor. Quédate ahí porque, si estás cerca, no sé si seré capaz de decirte todo lo que necesito.

Álex se vuelve a sentar en la cama y espera a que continúe hablando. Respiro hondo y pongo en orden mis ideas. Lo miro y me regala una sonrisa alentadora que me invita a hablar.

—Mi última relación fue una mierda. Me dejó rota en muchos sentidos. Llegué a pensar que no servía para nada. Mi autoestima y la confianza en mí misma se quebraron por completo.

—¿Cómo llegaste a ese punto? —pregunta con calma.

—Quique fue creando una telaraña a mi alrededor sin que me diera cuenta. Al principio todo era maravilloso. Era el novio perfecto, hasta que dejó de serlo. Empezó con pequeñas cosas como decirme que me arreglara o me maquillara para tapar las pecas.

Las cejas de Álex se levantan con sorpresa, como si no entendiera cuál es el problema, así que se lo aclaro.

—Según él parecían manchas y me hacían la cara fea. Yo siempre he vestido como ahora, en chándal o ropa ancha, pero poco a poco empecé a sustituir las Nike por botines de tacón y las sudaderas por camisas.

Me pierdo entre recuerdos, en los gritos cuando llegaba a casa porque no le gustaba la ropa que yo había elegido ese día.

—Si eso fue el principio, ¿qué pasó después?

Levanto la mirada y veo a un Álex serio. Es la primera vez que noto tanta tensión en su cara. Está apretando la mandíbula mientras me mira fijamente.

—Después empezaron los gritos, las humillaciones y las faltas de respeto. Llegó un punto en el que yo empecé a creer que era una inútil porque nada de lo que hacía le parecía bien. Siempre había una queja o un reproche en su boca. Me perdí.

—¿Y tus amigos y familia no notaron el cambio? —pregunta indignado.

—Claro que lo notaron. Tanto mis padres como mis amigas me preguntaban constantemente si estaba bien, pero yo negaba todo lo malo. Incluso Laura un día vino a verme a casa porque la llamé llorando después de una discusión. Le conté cómo me sentía. Ella me vio tan cambiada y tan mal que quiso que me fuera a su piso a dormir, pero llegó él y empezaron a discutir. Laura le dijo que iba a hacer todo lo posible para que yo abriera los ojos y Quique la echó.

—¿Dejaste que la echara de vuestra casa?

—En ese momento me quedé totalmente bloqueada. Cuando nos quedamos a solas se puso echo una furia por contarle nuestros problemas a otras personas. Nunca me había gritado tanto y las cosas se pusieron bastante feas.

Mi cabeza se va a ese día y no puedo evitar ponerme a llorar. Álex se levanta, pero le hago un gesto para que no se acerque. Si me abraza ahora, no voy a ser capaz de seguir contándole todo lo que quiero.

—¿Cómo de feas? —Noto por su tono que teme mi respuesta.

—Si tu pregunta es si me puso la mano encima, la respuesta es sí. Un par de empujones mientras me gritaba y me hacía prometerle que iba a cortar la relación con Laura. —Las lágrimas siguen cayendo por mis mejillas, pero me obligo a continuar hablando—. En ese momento tuve miedo y se lo prometí, aunque nunca pensé cumplir con mi palabra. Continué hablando con ella a escondidas durante los siguientes meses.

—¿Meses? ¿Cuánto tiempo seguiste con él después de que se pusiera violento? —lo pregunta con curiosidad, no siento que me esté juzgando, sino que quiere comprender mis decisiones.

—Medio año más, aproximadamente.

—¿Volvió a hacerlo?

—Un par de veces más cuando se cabreaba mucho. Nunca pasó de un par de empujones. Aunque para mí eran peor los insultos o su forma de menospreciarme. Mentalmente me destrozó, hasta que reaccioné.

—¿Qué pasó? —Puedo sentir el miedo en su voz ante mi respuesta.

—Un día vino a buscarme al trabajo. Mientras lo estaba esperando se había acercado a hablarme un compañero nuevo que él no conocía. Se pasó todo el recorrido a casa gritándome y diciéndome que era una zorra, que no podía articular palabra con ningún otro tío que no fuese él. Cuando llegamos a casa, su cabreo aumentó y se empezó a poner agresivo. Yo todavía no me había quitado ni la cazadora ni el bolso, así que, cuando tiró su móvil contra la pared, me asusté y me fui. Al llegar al portal, eché a correr hasta que llegué a casa de Laura.

Álex se sienta en el borde de la cama apoyando los brazos en las rodillas, sin perderse ni una palabra de lo que le estoy contando. Estamos más cerca, pero él sigue manteniendo la distancia, tal y como le he pedido, aunque sé que le está costando no acercarse a mí.

—Yo pensaba que sería una discusión más y que lo acabaríamos arreglando —continúo—. Me tenía tan absorbida que incluso llegué a pensar que no existía un futuro sin él. Me lo había dicho tantas veces que me lo acabé creyendo, así que siempre cedía yo y me arrastraba pidiéndole perdón por todo lo que le molestaba con tal de que siguiera conmigo. La venda que tenía en los ojos era enorme.

—¿Y qué cambió esa vez?

Vacilo un instante antes de decidir que, si queremos ver a dónde nos lleva todo esto, Álex merece conocer primero toda mi historia. Incluso esas partes que tanto me he esforzado en olvidar.

—Esa noche me quedé con Laura. Ella siempre estuvo al pie del cañón. Nos veíamos a escondidas y fue la única de mis amigas que no

desapareció, sino que estaba ahí para unir todos mis trozos cada vez que me rompía y la necesitaba. Le debo mucho, sin ella no sé si habría sido capaz de arreglar mi vida. —Mi cabeza vuelve a esos días oscuros y dejo escapar un suspiro antes de continuar—. Al día siguiente tuvimos que ir a urgencias porque empecé a sangrar después de pasarme toda la mañana con unos dolores muy fuertes de barriga.

—Estabas embarazada —afirma en apenas un susurro.

—Sí, pero no lo sabía. Aunque después me costó aceptar la pérdida, en ese momento me sentí aliviada por haberlo perdido. ¿Cómo pude sentir más alivio que pena por lo que me acababa de pasar?

Esta vez Álex sí que se levanta en cuanto empiezo a sollozar. Me abraza con delicadeza, como si temiera que me fuera a romper. Aunque en realidad esta vez es él el que une todos mis trozos. Nos quedamos abrazados en silencio hasta que empiezo a calmarme.

—Lo que has pasado no lo debería pasar nadie, Ari. Entiendo totalmente que sintieras alivio, creo que es algo normal en tu situación.

—Me asustó tanto el pensar que Quique fuera el padre de mis hijos y la vida que les daríamos que ya no hubo vuelta atrás. Pedí unos días en el trabajo y al día siguiente recogí todas mis cosas de nuestra casa cuando él estaba trabajando y me instalé en la de Laura.

—¿Y no lo has vuelto a ver?

—Sí, por eso me vine a Madrid, porque aparecía en mi trabajo o me la liaba si me veía en la calle.

—¿Te ha vuelto a llamar desde el día que dormimos juntos?

—No lo sé. Desde ese día está bloqueado y no he vuelto a saber nada más de él, pero ya no respondo llamadas de teléfonos móvil que no conozco.

—Bien.

Nos quedamos en silencio abrazados. Él, asimilando todo lo que le acabo de contar, y yo, sintiéndome mejor después de haberme sincerado.

Un rato después Álex me da un beso en el pelo y yo apoyo la cabeza en su pecho, para que no vea mi cara mientras cambio de conversación. Ahora que ya sabe el porqué de mi rechazo, decido ser valiente y abrirme.

—Por eso me da miedo todo lo que siento por ti, Álex. Me aterra.

—¿Y qué sientes? —susurra contra mi pelo.

—Sé que me gusta cómo soy cuando estoy contigo, me haces sentir viva. Eres como un fuego que arrasa con todo. Cuando estás cerca, solo pienso en la forma en la que me tocas o en que aparezca ese lado travieso que tienes y que me vuelve loca.

—A mí me encantan tus pecas. Si estás cerca me entretengo uniéndolas en mi cabeza creando formas —dice mientras acuna mi cara entre sus manos y deposita un beso suave en mi nariz—. De hecho, cada vez que te veo por casa sin maquillar y con cualquiera de tus ridículos pijamas de dibujos, solo puedo pensar en lo preciosa que eres.

¡Clic!

Capítulo 33
DEJARSE LLEVAR
Ari

Este Álex tierno y dulce consigue que hasta me olvide de respirar. Me mira como si temiera que fuera a desaparecer en cualquier momento. Creo que todavía tiene miedo a que siga rechazándolo.

Enrosco los brazos en su cuello y le doy un casto beso en la boca.

—Desde el primer día que te vi en la tienda me gustó tu forma de vestir. Aunque, siendo sinceros, me gustas más cuando no llevas nada encima —susurra en mi oído mientras un hormigueo de anticipación me recorre de arriba abajo.

Me aparto de él y, cuando me voy a quitar la parte de arriba del pijama, Álex me sujeta con cuidado las manos.

—¿Estás segura? —pregunta con voz ronca.

—Sí —afirmo.

—No quiero que sea un calentón, Ari. No sé si podría lidiar con ello.

Su vulnerabilidad y ver que no duda en mostrármela consiguen que mi determinación crezca y esté más segura de lo que quiero.

—Entiendo las implicaciones de estar aquí ahora mismo. Esto no significa que estemos juntos, pero sí quiero ver hacia dónde nos lleva esta atracción —intento explicarme.

—Creo que ambos sabemos que esto hace tiempo que dejó de ser una simple atracción.

Álex inclina la cabeza sonriéndome de lado. He echado tanto de menos sus sonrisas.

—¿Seguimos hablando o mejor resolvemos primero la parte de la atracción y después el resto?

—Hoy no vamos a follar sin más —me advierte—. Hoy vamos a hacerlo de forma que no sientas la necesidad de alejarme al terminar.

Nos tumbamos en la cama y empezamos a besarnos y acariciarnos. Poco a poco nos vamos desprendiendo de todas las prendas que nos sobran, disfrutando de cada roce.

Cuando solo somos piel con piel, Álex agarra mi cintura y nos hace rodar sobre el colchón. Ahora está encima de mí, besando mi cuello lentamente. Baja hasta mi pecho izquierdo, allí emprende el camino de vuelta a mi lóbulo con su lengua, para después soplar despacito y volver a dejar otro reguero de besos. Ataca el otro lado del cuello mientras yo arqueo la espalda para notar su torso contra mi cuerpo.

Continúa descendiendo mientras va dejando besos húmedos y caricias por cada centímetro de piel que encuentra. Sentir cómo venera mi cuerpo es una sensación increíble.

—Voy a besarte aquí —dice apretando con suavidad mi clítoris—, ¿te parece bien?

—Sí —consigo articular entre respiraciones entrecortadas.

Agarra mis muslos y se coloca entre ellos. Deposita con cuidado besos por su interior. Estoy muy excitada. Cuando se aproxima a mi centro me olvido de respirar al notar su aliento y me dejo llevar.

—Sabes todavía mejor de lo que pensaba —susurra contra mi centro.

Gimo cuando vuelve a empezar a jugar con su lengua. La mueve con destreza y parece saber dónde tiene que tocar en cada momento. A los pocos minutos añade sus dedos a la ecuación.

Noto cómo el calor alcanza mi zona baja y empieza a extenderse por mi cuerpo. Álex también lo nota y acelera el ritmo.

—Ha sido alucinante —susurra cuando he terminado.

Se pone de pie y se empieza a tocar mientras su mirada recorre mi cuerpo con deseo.

—Eres preciosa.

Me incorporo acercándome a él. Aparto su mano y empiezo a mover la mía. Quiero darle el mismo placer que él me acaba de dar a mí. Todavía me tiemblan las piernas del orgasmo tan intenso que me

acaba de sacudir.

—Espera, para —dice con voz entrecortada—. Quiero que hoy terminemos juntos.

Sonrío y nos tumbamos en la cama. Álex agarra mi nuca y nos volvemos a besar mientras nuestras manos viajan por el cuerpo del otro. Su lengua recorre mi boca con parsimonia, entrelazándose con la mía. Es la primera vez que nos exploramos con calma, como si el tiempo no importara. Al menos esta noche así es.

Se incorpora para ponerse un preservativo que ha cogido de su mesita de noche. Coloca la erección entre mis piernas y se desliza en mi interior con movimientos deliciosamente lentos. Enrosco mis piernas en sus caderas mientras él empieza a acelerar el ritmo. Tras unos minutos acabamos juntos entre jadeos y besos.

Ha sido la primera vez que me siento tan cerca de otra persona manteniendo relaciones. Es una nueva intimidad que me enamora un poco más.

Nos quedamos un par de minutos abrazados en silencio. Me da un beso tierno en la nariz antes de levantarse para quitarse el preservativo y vuelve a la cama, a mi lado. Se mete entre las sábanas y me abraza rodeando mi cuerpo de lado con un brazo.

—¿Quieres que me quede a dormir? —pregunto dudosa, aunque deseando quedarme a su lado.

—Ni siquiera tienes opción —susurra riéndose—. No pienso soltarte.

Me aprieta contra su pecho y disfruto de la seguridad de sus brazos. A los pocos minutos su respiración se relaja tanto que estoy segura de que ya se ha quedado dormido.

Cierro los ojos pensando que no querría estar ahora mismo con ninguna otra persona ni en ningún otro lugar.

Capítulo 34
COMO UN TIOVIVO
Álex

Me despierto con la luz que entra por la puerta de la terraza. Bajo la cabeza y veo a Ari dormida sobre mi pecho. Siento la necesidad de acercarla más a mi cuerpo.

Si hace un par de meses alguien me dijera que iba a estar en la cama acurrucado con una chica y deseando despertarme así cada puto día, habría pensado que esa persona no me conocía en absoluto.

Es extraño lo mucho que pueden cambiar las cosas en tan poco tiempo. Me quedé jodido tras nuestra conversación en la cocina, pero cuando la vi entrar por la terraza fue como si me quitaran una gran losa de encima.

La conversación sobre su exnovio no fue para nada agradable, pero me ha ayudado a entender mejor su forma de actuar. Es la primera vez en mi vida que siento tanto odio hacia otra persona sin ni siquiera conocerla.

No puedo ni imaginarme por todo lo que ha pasado Ari. Es mucho más valiente de lo que pensaba, aunque ella piense todo lo contrario. Es algo que intentaré demostrarle día a día, lo mucho que admiro la persona fuerte en la que se ha convertido.

Le aparto un mechón de la cara para poder observarla mejor. Ari se pega más a mi cuerpo y abraza mi pecho desnudo. Abre los ojos con pereza y me regala una sonrisa tímida.

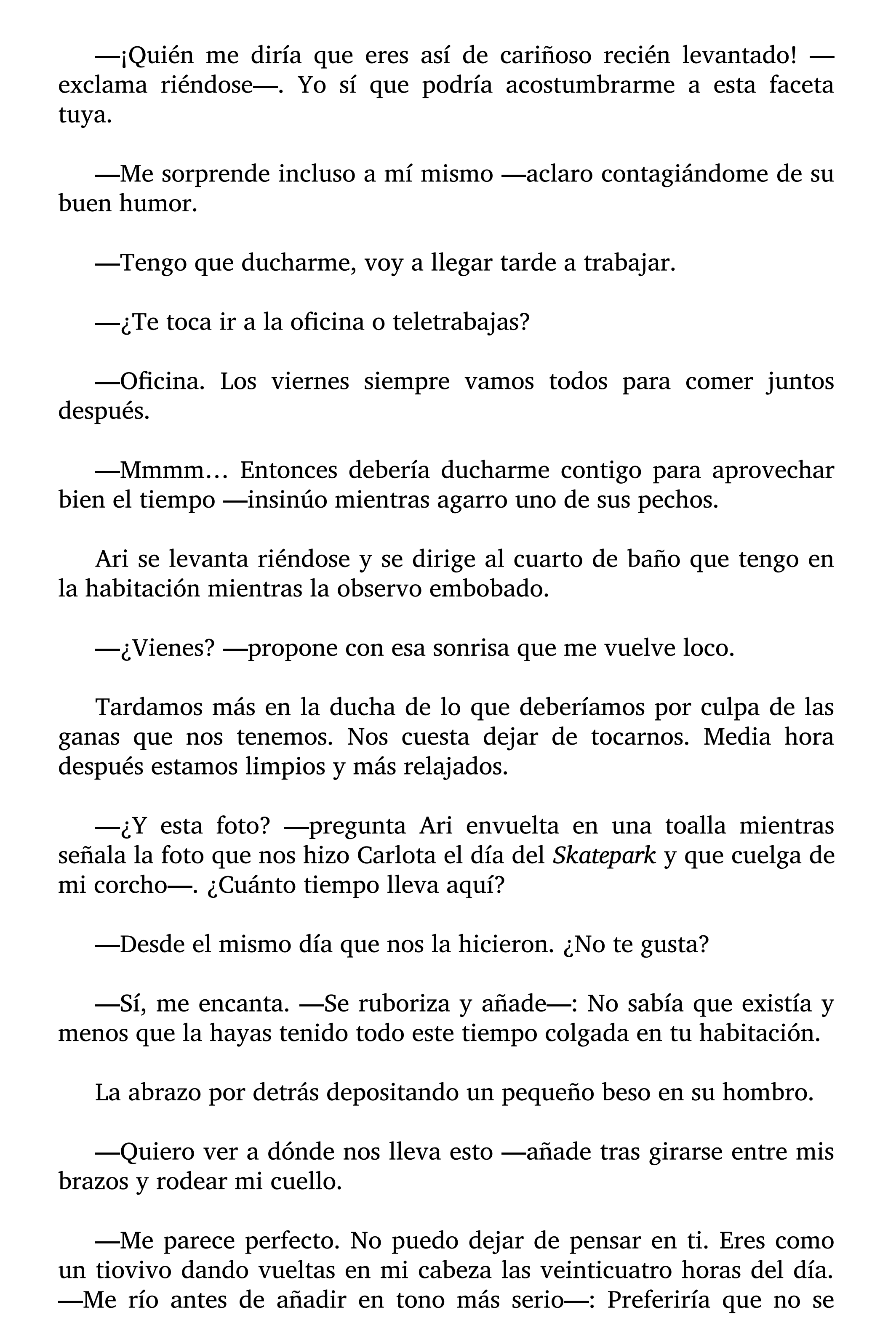
—Buenos días, dormilona. ¿Has descansado bien?

Hace amago de apartarse, pero la aprieto más. Empiezo a pasar mi dedo índice por su brazo, trazando círculos, hasta que se le eriza la piel.

—La verdad es que hacía tiempo que no descansaba tan bien. ¿Y tú?

—Es la primera vez que no me molesta dormir acompañado. Creo que podría acostumbrarme.

Se incorpora y me da un beso suave en los labios.



—¡Quién me diría que eres así de cariñoso recién levantado! —exclama riéndose—. Yo sí que podría acostumbrarme a esta faceta tuya.

—Me sorprende incluso a mí mismo —aclaro contagiándome de su buen humor.

—Tengo que ducharme, voy a llegar tarde a trabajar.

—¿Te toca ir a la oficina o teletrabajas?

—Oficina. Los viernes siempre vamos todos para comer juntos después.

—Mmmm… Entonces debería ducharme contigo para aprovechar bien el tiempo —insinúo mientras agarro uno de sus pechos.

Ari se levanta riéndose y se dirige al cuarto de baño que tengo en la habitación mientras la observo embobado.

—¿Vienes? —propone con esa sonrisa que me vuelve loco.

Tardamos más en la ducha de lo que deberíamos por culpa de las ganas que nos tenemos. Nos cuesta dejar de tocarnos. Media hora después estamos limpios y más relajados.

—¿Y esta foto? —pregunta Ari envuelta en una toalla mientras señala la foto que nos hizo Carlota el día del *Skatepark* y que cuelga de mi corcho—. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Desde el mismo día que nos la hicieron. ¿No te gusta?

—Sí, me encanta. —Se ruboriza y añade—: No sabía que existía y menos que la hayas tenido todo este tiempo colgada en tu habitación.

La abrazo por detrás depositando un pequeño beso en su hombro.

—Quiero ver a dónde nos lleva esto —añade tras girarse entre mis brazos y rodear mi cuello.

—Me parece perfecto. No puedo dejar de pensar en ti. Eres como un tiovivo dando vueltas en mi cabeza las veinticuatro horas del día. —Me río antes de añadir en tono más serio—: Preferiría que no se

incluyera a ninguna tercera persona.

—¿Quieres exclusividad?

—Como me dijiste tú el primer día, no me gusta compartir —respondo sincero—. Pero iremos a tu ritmo, no te preocupes.

—Gracias. —Se apoya en mi pecho y mira el reloj—. ¡Mierda! Llego tardísimo a trabajar, ni siquiera puedo desayunar.

Me da un beso rápido antes de correr hacia su habitación. A los pocos minutos escucho la puerta de la calle cerrarse.

Desayuno tranquilamente antes de ir a la tienda a trabajar. Pongo algo de música y sigue sonando la canción de Día Sexto que paré ayer por la noche, aunque parece que fue hace días. La letra, una vez más, se acopla a mi estado de ánimo: «No sé cómo decirte que te espero, que no importa que estés lejos, que he vuelto a soñar despierto, que me encanta compartir silencios, que se enreden nuestros dedos, que arden nuestros cuerpos, que activen la alarma de incendio y disculpen las molestias».

Acabo de desayunar entre letras y, antes de salir de la cocina, dejo un mensaje para Ari en la nevera: «Como un tiovivo».

Mientras voy de camino al trabajo decido escribir a Marcos. Mi mejor amigo se merece saber por mí todo lo que ha pasado, es lo mínimo después de tantos años de amistad.

ÁLEX: *¿Quedamos para comer?*

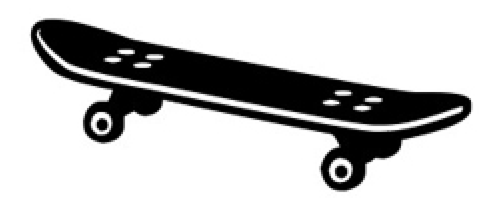
MARCOS: *¿A qué hora sales de la tienda?*

ÁLEX: *A las 15h. ¿A y media en tu oficina?*

MARCOS: *Perfecto. ¿Ha pasado algo?*

ÁLEX: *Sí, después te cuento. Dile a Carlota que se una.*

MARCOS: *Ok.*



Llego a la oficina de Marcos con diez minutos de margen. Busco sitio en la terraza de abajo y me pido una caña mientras espero. Cuando llega la pareja, pasamos un rato poniéndonos al día hasta que Carlota saca el tema.

—¿Por qué nos has convocado?

—Estoy con Ari —suelto directamente mientras dos pares de cejas se disparan. Siempre he sido una persona directa, así que dar vueltas al tema no tiene sentido.

—¿Estar de estar? ¿Ari y tú? —interviene Marcos.

—Sí. ¿Te acuerdas cuando me dijiste que Carlo era distinta y que era fácil estar con ella?

—Oh, ¿de verdad dijiste eso? —Carlota se levanta y le da un sonoro beso en los labios.

—Ya sabes que lo pienso. —Le guiña un ojo y se gira hacia mí—. Me acuerdo, ¿es eso lo que sientes?

—Sí. Además, hace tiempo que no me apetece estar con nadie más.

—De eso sí que me he dado cuenta. Llevas semanas ignorando a cualquier tía que se ha acercado cuando salimos.

—Te dije que acabaría pasando —le dice Carlota a Marcos.

—¿Lo sabías? —pregunto con curiosidad.

—Ari me contó que os habíais liado y yo sospechaba que había algo más. ¡Vamos, Álex! Ha sido muy triste ver cómo queríais estar juntos, pero el miedo os echaba para atrás.

—Bueno, juntos, juntos tampoco estamos. Ari no quiere pareja, pero sí ver hacia dónde vamos.

—¿Y tú sí quieres? —pregunta Marcos extrañado.

—Yo quiero estar con ella, me da igual la etiqueta que tengamos. De hecho, le he dicho que no quiero a terceras personas por el medio.

—Sí que te ha dado fuerte —suelta Marcos silbando—. ¡Me alegro, tío! Ari me cae genial. Aunque supongo que no nos has reunido solamente para declararnos tu amor por ella —añade riéndose.

—Tampoco estoy hablando de amor, capullo; pero, efectivamente, quería proponeros algo. En pocas semanas es el cumple de Ari. He pensado en hacer una fiesta sorpresa en casa de mis padres. Podemos hacer una barbacoa el sábado, pasar el día en la piscina y quedarnos a dormir allí.

—¡Álex! —Carlota se levanta y me da un abrazo—. Es un detalle supercuqui y más viniendo de ti. Me encanta que quieras sorprenderla. ¡Va a flipar! ¿Invitamos a sus compañeros de trabajo? ¿A Laura?

—Justo eso era lo que os iba a pedir, que me ayudéis con la fiesta.

Pasamos la siguiente hora haciendo listas. Carlota se ha empeñado en que tiene que ser una gran fiesta con guirnaldas, globos, banda de cumpleañera e incluso colchonetas graciosas para la piscina. También será la encargada de engañar a Ari para que vaya a la finca y darle una sorpresa.

Concretamos que, el sábado al mediodía, Marcos, nuestro experto chef, hará una barbacoa en la finca con todo el mundo. Pasaremos la tarde en la piscina y por la noche quien quiera puede quedarse a dormir. En casa hay cinco habitaciones, pero podemos tirar colchones en el salón, que es amplio.

Hacemos una lista de invitados que incluye a Laura, a sus compañeros de trabajo y a nuestro grupo al completo. Carlota es la encargada de ponerse en contacto con todos. Por lo pronto, Laura ya ha confirmado, puesto que ya tenía los billetes comprados para bajar a Madrid en su cumpleaños.

A media tarde se une el resto del grupo cuando estamos ya por la

segunda copa. Ari está sentada enfrente de mí mirándome con timidez. Le guiño un ojo y se ruboriza, una costumbre que me encanta.

Carlota y Marcos no dejan de mirarnos y reírse. De momento el resto no sabe nada. Es muy raro estar con todos cuando solo pienso en quedarnos a solas.

La tarde se alarga y acabamos pidiendo unas raciones antes de que Carlota y yo tengamos que ir a trabajar. Es el último fin de semana que trabajamos hasta septiembre, ya que Ángel cierra el bareto en julio y agosto porque se va con su familia al sur de vacaciones.

El turno en Trueno pasa rápido y, al llegar a casa, encuentro a Ari leyendo en su banco. Me apoyo en la puerta de la terraza y la observo un par de minutos en silencio.

—¿Quieres estar sola o puedo interrumpir?

Me regala una enorme sonrisa mientras deja el libro a un lado.

—La verdad es que te estaba esperando. —Duda antes de seguir hablando—. No sé si te apetece ver una película o hacer algo…

—¿Hacer algo? ¿Una partida de ajedrez tal vez? —pregunto levantando una ceja.

—Estaba pensando en algo más divertido —dice acercándose a mí.

Ari pega un pequeño grito cuando la levanto y me la cuelgo de un hombro. Le doy un cachete en el culo antes de meternos dentro y dejarnos caer sobre mi cama riéndonos.

Capítulo 35
MIEDO
Ari

Las siguientes semanas pasan volando. Álex y yo habíamos decidido tomarnos las cosas con calma para ver a dónde nos llevaba lo que había entre nosotros, pero vamos sin frenos y a lo loco.

Hemos dormido juntos todos los días, en su cama o en la mía. Incluso cuando hablamos de ir más despacio y dormir separados, uno de los dos acaba metiéndose en la cama del otro a media noche.

Todo fluye de maravilla. Mi piel llama a su piel cada vez que estamos en la misma habitación. Somos incapaces de estar más de dos minutos juntos sin rozarnos, apoyar una mano en el otro o darnos besos furtivos. Carlota se ríe cada vez que nos ve juntos. Dice que somos sus quinceañeros favoritos.

Fuera de casa las reglas del juego cambian. A excepción de Marcos, Carlota y Laura, nadie más sabe que hay algo entre nosotros. No queremos que después afecte a todos si la cosa acaba mal. Así que, cuando estamos con el resto del grupo, solo intercambiamos miradas o rozamos nuestras manos disimuladamente.

La verdad es que me gusta mi nueva vida. Tengo una pandilla divertida, Laura y yo seguimos tan conectadas como siempre y mis padres me apoyan a cada paso que doy. En el trabajo mis reportajes sobre hiphop están gustando al público y el blog tiene muchas visitas. Por lo que, además de continuar con la temática musical, vamos a introducir entrevistas mensuales a los diferentes artistas. Álex mejora esta suma y consigue que me pase los días deseando llegar a casa.

Hoy es viernes y nos hemos juntado los del trabajo para comer y hablar de los planes que tiene cada uno para vacaciones. En agosto la revista cierra y no publica número, así que este mes nos centramos en los reportajes de septiembre, para dejar todo listo.

Al acabar de comer me despido de mis compañeros y decido ir paseando hasta casa. Cuando llevo diez minutos andando una sensación extraña se instala en mi pecho. Las alarmas comienzan a sonar en mi cabeza, como si algo estuviera mal, pero no consigo descubrir el qué. Acelero el paso y, para cuando llego al portal, estoy ya taquicárdica. Me tiembla la mano al introducir la llave en la puerta de casa porque escucho pasos en las escaleras.

—Hola, Ariadna. ¡Cuánto tiempo!

Reconocería esa voz en cualquier lugar, todavía aparece en mis pesadillas. Mi corazón se para. Miro por encima del hombro y se me corta la respiración. Quique está a poco menos de tres metros. Me giro e intento meterme en casa a toda prisa, pero él es más rápido y consigue meter un pie antes de que cierre la puerta. Doy dos pasos hacia atrás en la entrada rezando para que alguno de mis compañeros de piso esté ya en casa.

Quique entra dejando la puerta abierta. Me fijo en su cara: pelo negro peinado hacia un lado, ojos oscuros, barba perfectamente recortada. Lleva puesta su ropa habitual: unos chinos, una camisa y unas deportivas de marca.

—¿Qué haces aquí? Te dije que no quería saber nada más de ti — me encaro a él—. ¿Cómo me has encontrado?

—¿Pensabas que podías alejarte eternamente? He visto dónde estabas trabajando y he esperado en la calle hasta que te he visto salir. Sabes que no me gusta que me quiten lo que es mío.

—Yo no soy tuya. No quiero estar contigo. Márchate, por favor. —Escucho mi voz suplicante.

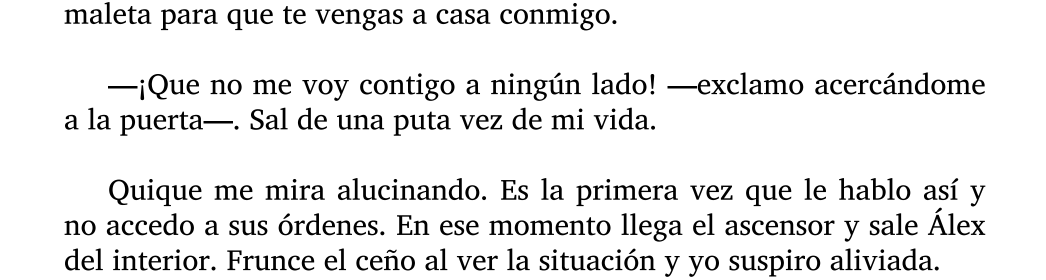
—Tú vas a hacer lo que yo te diga. ¿Crees que alguien más va a querer estar contigo? Nadie va a pasar por alto todos tus defectos. —Arrastra las palabras, creo que está bebido y eso hace que mi miedo se incremente.

—Valgo mucho más de lo que tú crees. Tú no sabes querer a nadie que no sea a ti mismo —aclaro con rabia.

—No vales nada. Mira qué pintas llevas. Sin peinar y con una sudadera como si fueras una mendiga. Ni siquiera te has molestado en tapar todas esas marcas que tienes por la cara —añade mirándome con desprecio.

—Vete de mi casa. ¡Ya! O llamaré a la policía —digo levantando la voz.

—¿Te crees muy valiente? No me cabrees, Ariadna. Sabes cómo soy y no quiero alterarme. ¿Cuál es tu habitación? Vamos a hacer tu



maleta para que te vengas a casa conmigo.

—¡Que no me voy contigo a ningún lado! —exclamo acercándome a la puerta—. Sal de una puta vez de mi vida.

Quique me mira alucinando. Es la primera vez que le hablo así y no accedo a sus órdenes. En ese momento llega el ascensor y sale Álex del interior. Frunce el ceño al ver la situación y yo suspiro aliviada.

—Cierra la puerta. No creo que a tus vecinos les interese esto. Lo que me faltaba es que encima montes un numerito.

—¿Y tú quién coño eres? —Escucho la voz de Álex acercándose por el pasillo.

—A ti qué te importa. Esta es una conversación privada —responde Quique.

Intenta cerrar la puerta, pero Álex ya ha entrado.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo? —dice acercándose a mí.

—¿Quién es este? ¿Ahora tienes amigos? —nos encara Quique—. No la toques.

Noto el momento exacto en el que Álex encaja las piezas y es consciente de quién es la persona que está conmigo. Su cara pasa de la preocupación a la ira en cuestión de segundos. Todo su cuerpo se tensa y se estira en su metro ochenta.

—Tú debes de ser su exnovio. ¿Qué cojones haces aquí?

—He venido a buscarla. Nos vamos juntos a casa —recalca esto último mirándome fijamente.

—No, Quique. Esta es mi casa.

—Eso no va a pasar. No se va contigo a ningún lado. —Álex se adelanta un paso para enfrentarlo.

—Pero ¿quién te has creído que eres? —Quique lo mira con odio al ver la manera en la que me protege.

—Su novio. ¿Algún problema?

—¿Cómo que su novio? ¿Te has acostado con otro? —Me mira directamente a mí.

—Me he acostado con quien he querido.

—Me das asco.

—Es mutuo. No eres capaz de querer a nadie, solo sabes hacer daño a cualquiera que se acerque a ti. No quiero volver a verte. Se acabó.

A pesar de tenerlo tan cerca, me siento valiente. Sé perfectamente que nunca volvería a estar con alguien como él.

—Esto se acabará cuando yo lo diga. ¡No me provoques, Ariadna! —grita Quique furioso.

—Controla qué dices y cómo lo dices porque no respondo —interviene Álex.

—¡Eres una maldita zorra! Coge tus cosas de una vez.

Quique pierde los papeles e intenta acercarse a mí, pero Álex es más rápido y lo empuja para alejarlo de mí. Agarro a Álex del brazo cuando veo que va a volver a cargar contra él.

—No merece la pena, por favor —le suplico mientras me mira alterado—. Este es mi problema, no te metas.

—Sé que puedes defenderte sola perfectamente. —Suspira frustrado tocándose el pelo—. No haré nada más, pero ni de coña te voy a dejar con él a solas.

Afirmo con la cabeza porque con él cerca me siento más segura. Me giro hacia mi exnovio. Estoy tan furiosa que no dudo en decirle todo lo que pienso.

—Eres un cabrón. Nadie va a quererte porque solo quieres personas a tu lado que hagan todo lo que tú quieres. Si hasta tus amigos están cansados de ti. Te quedarás solo, que es lo único que te mereces.

—No tienes ni puta idea de nada. ¿Crees que vas a sobrevivir sin

mí? No sabes hacer nada por ti misma.

Escucho a Álex soltar el aire a mi lado y lo veo apretar los puños, pero se queda quieto y en silencio, tal y como me ha prometido.

—Me da igual lo que tú pienses. Tengo un trabajo maravilloso, amigos de verdad y soy feliz. Tú solo me quitabas las ganas de vivir. No quiero saber nada más de ti en toda mi vida. —Me acerco a la puerta y la mantengo abierta—. No te lo voy a repetir, o te vas ya de mi casa o llamo a la policía.

—Tranquila, ya me voy —responde en tono pausado—. No quiero tener nada que ver con una persona que se tira al primer tío que se le pone por delante. —Mira a Álex de arriba abajo y fija su mirada en mí con desprecio—. No quiero juguetes usados.

Se va sin mirar atrás y yo suspiro aliviada mientras cierro la puerta. No me importa el motivo por el que se vaya mientras no vuelva a acercarse a mí.

Álex y yo nos quedamos en silencio un par de segundos hasta que reacciona y me abraza. Mi cabeza va a mil por hora, pero mi cuerpo está en *shock*.

—Ey, ¿estás bien? —susurra mientras coge mi cara entre sus manos buscando señales que le digan cómo me encuentro.

—¿Por qué le has dicho que eres mi novio? —Reacciono a su contacto.

—Porque lo soy.

—No, no lo eres. Yo no soy de nadie —aclaro separándome de él enfadada.

—Sabes que no lo digo en un sentido posesivo.

—No somos novios, Álex. Te dije que no estaba preparada para tener pareja. Lo que acaba de pasar es un claro ejemplo de lo que sucede cuando estoy en una relación. —Él abre los ojos con sorpresa y se queda callado—. Va a llegar un punto en el que me empieces a prohibir cosas o a mandar sobre mí.

—¿Cómo puedes pensar eso? Ari, estás impactada por todo lo que

acaba de pasar, pero en realidad no lo piensas. Yo no soy él. —Intenta acercarse a mí, pero yo me alejo.

—No me digas lo que pienso o no pienso. Esto se acaba aquí y ahora. Tú y yo no somos nada. No puedo estar con nadie. —Me dirijo a mi habitación y, cuando escucho sus pasos detrás de mí, añado—: No me sigas. Necesito estar sola.

Miro a Álex antes de cerrar la puerta de mi habitación. Se ha quedado quieto en mitad del pasillo. Su cara de dolor me rompe. Sé que le acabo de hacer daño y sé que tiene razón. No pienso que él vaya a anularme o a prohibirme nada, pero todo esto es demasiado para mí. Estoy sobrepasada.

Me tiro en la cama con el miedo todavía en el cuerpo. No puedo dejar de pensar en qué habría pasado si Álex no hubiera llegado. ¿Hasta dónde estaría dispuesto a llegar Quique para que me fuera con él? Un escalofrío me recorre solo de pensarlo. He visto su cara oculta en contadas ocasiones, pero estoy segura de que podría llegar a más de lo que ya he vivido.

No sé cuánto tiempo estoy tirada en la cama hecha un ovillo. No he derramado ni una lágrima. Probablemente el miedo que he pasado no me permite reaccionar.

Ni siquiera la música me alivia esta vez.

Capítulo 36
TIEMPO
Álex

Estoy furioso.

Mi corazón va a mil por hora pensando en lo que podría haberle pasado a Ari si no llego a aparecer en ese momento. Al principio pensé que era un compañero de trabajo o alguien que conocía, pero cuando escuché cómo le hablaba supe perfectamente que era el cabronazo de su exnovio.

Intenté mantener la calma porque ponerme a su altura podría asustar a Ari más de lo que estaba, pero cuando vi la forma en la que la menospreciaba no pude reprimirme más. Lo empujé con todas mis ganas. De hecho, a pesar de que no me gusta la violencia, si ella no me hubiera pedido que parara, probablemente le habría pegado una puta paliza.

Sé que Ari está asustada y necesita tiempo para digerir todo lo que ha pasado hoy. Me niego a pensar que estas últimas semanas no han significado para ella lo mismo que para mí.

Frustrado, me siento en la cama estirándome el pelo con la mano una y otra vez. Saco el móvil del bolsillo para llamar a la única persona que está cerca y que sé que puede consolar a Ari.

—Carlota, ¿dónde estás? Tienes que venir a casa —suelto en cuanto responde.

—¿Qué ha pasado?

—Quique ha estado aquí. Ha intentado obligar a Ari a irse con él.

—¡Madre mía! ¿Le ha hecho algo? —Noto el pánico en su voz.

—Nada físico, pero está asustada. No quiere que yo me acerque, aunque necesita a alguien que la calme.

—En cinco minutos estoy ahí.

Carlota llega justo en el tiempo que ha dicho, a pesar de que el piso de Marcos está a varias manzanas. La abrazo en cuanto cierra la puerta.

—Ey, todo se arreglará, ¿vale?

—Solo necesito saber que está bien y que no está sola ahora mismo —respondo.

—No te preocupes. No pienso dejarla sola.

Veo a Carlota entrar en la habitación. Pasan unos segundos hasta que escucho a Ari llorar desconsoladamente. Me rompe escucharla y no poder abrazarla.

Pasan los minutos y yo sigo sentado en silencio en la silla de mi escritorio. Me ha dejado muy claro que no me quiere cerca en estos momentos, pero ¿se refería también a largo plazo? No quiero perderla. No ahora que por fin hemos dado el paso y estamos bien juntos.

Pongo música cuando me doy cuenta de que me voy a volver loco si sigo dándole vueltas a lo mismo. Las canciones se suceden una tras otra durante demasiado tiempo.

Me gustaría decir que he conseguido dejar de pensar en el tema, pero no es cierto. Algunas de las letras me hacen pensar todavía más, como *Pregunta y respuesta* de Brock Ansiolitiko y Clara: «¿No te dio miedo llorar? Más me daba no reír. ¿Qué sientes cuando estás triste? Irremediable dolor. ¿Y de un error aprendiste? Que tú no fuiste un error. ¿Qué estás dispuesto a perder? Un buen momento vivido. ¿Y si te dan un poder? Poder vivirlo contigo». Me mata pensar que puedo perderla.

El sonido de mi móvil interrumpe mis pensamientos. Esos que llevo mascando toda la tarde y me asustan. Me quito los auriculares y cojo el móvil.

CARLOTA: *Se ha quedado dormida.*
Está más tranquila, pero me quedo con ella
esta noche.

ÁLEX: *Vale. Gracias por todo, Carlo.*

CARLOTA: *Intenta descansar, también ha sido*
un día complicado para ti. Un beso enorme.

Mi móvil empieza a sonar de nuevo, pero esta vez es una llamada. Respondo sin demasiadas ganas de hablar con nadie, aunque tal vez sea lo que necesite. Siento una gran impotencia, como si estuviera enjaulado.

—Hola, tío. ¿Estás bien? Me ha contado Carlota por encima lo que ha pasado. —La voz de Marcos suena preocupada.

—Si soy sincero, no sé ni cómo estoy. Es la primera vez que tengo miedo de perder a otra persona.

—Dale tiempo. Seguramente necesite poner en orden sus ideas.

—Entiendo que ahora mismo esté asustada. Ese cabrón le hablaba como si fuera una inútil o un objeto. Me ha costado no romperle la puta cara.

—Eso no habría arreglado nada. Ahora dale espacio a Ari y que sea ella la que vuelva a ti. Estoy seguro de que hablará contigo. Os he visto estas semanas, lo vuestro no es algo pasajero.

—Eso espero, tío, porque no quiero estar sin ella.

—Quién me diría a mí que iba a ver a mi mejor amigo enamorado —dice con sorpresa riéndose.

—Capullo.

—¿Quieres hacer algo? Tal vez unas horas de *Play* te hagan desconectar. Vente y pedimos cualquier cosa para cenar.

—Prefiero estar aquí, por si Ari me necesita.

—Vale. Intenta no darle demasiadas vueltas a la cabeza. Todo se arreglará con el tiempo.

—Gracias, Marcos. Mañana hablamos.

Tras colgar, me quedo pensando en nuestra conversación. Voy a seguir su consejo. Esperaré a que ella vuelva a mí cuando esté preparada. Entiendo sus miedos y, conociéndola, seguramente si la

presiono acabará distanciándose más de mí. Y eso es lo último que quiero.

Voy a la cocina para cenar algo. Mientras se calienta la crema de verduras que hizo Carlota ayer, leo el mensaje de la nevera: «Sois mis quinceañeros favoritos. Firmado: el duende de los chupitos».

Suspiro frustrado y cambio el mensaje por un trozo de la canción *Difícil* de Ambkor y Beret, que escuchamos juntos el día que fuimos a ver el atardecer: «Cambiemos el juego, vamos a fugarnos lejos».

Me meto en la cama pensando demasiado. Pongo música de nuevo, esperando quedarme dormido pronto.

La frase que he dejado puesta en la nevera sigue en mi cabeza, así que decido escuchar esa canción. «Gracias, tristeza, por hacerme, por darme lo que nadie me dio: ápices de realidad en un mundo sin razón. Eres la pieza que odio, pero que encaja en mi yo. El equilibrio perfecto cuando me caigo al dolor».

Me he acostumbrado a compartir cama con Ari y me cuesta dormir sin notar su calor a mi lado o sin su espalda apoyada en el pecho mientras mis brazos la rodean.

Cuando por fin consigo dormirme, apenas descanso. Las pesadillas, en las que pierdo a Ari de todas las formas posibles, no cesan durante toda la noche.

Capítulo 37
NADA PUEDE SER TAN MALO
Ari

Estoy agotada mental y físicamente. La última vez que lloré tanto fue la noche en la que Laura y yo llegamos a su casa después de ir a urgencias y enterarme de que acababa de sufrir un aborto.

Ayer tuve miedo. Pero no solo por si Quique me hacía algo, sino también miedo a claudicar y volver a perderme. Estaba muy convencida de que no me iría con él, pero también soy consciente de que pensé lo mismo varias de las veces en las que después acabé volviendo a su lado.

Desde fuera siempre se ve muy fácil, pero cuando estás dentro de una relación tan tóxica es de todo menos sencillo. Entras en un bucle de daño, buenos momentos, rutinas, discusiones y dependencia muy difícil de romper. Tú sabes que hay ciertos comportamientos que no se deben permitir, pero estás tan ciega con la otra persona que acabas pasando por alto prácticamente todo. El supuesto amor que sientes te tiene totalmente atrapada y eres incapaz de abrir los ojos.

Carlota se despierta a mi lado y me mira preocupada. Ayer le conté lo que había pasado y ella se dedicó a escucharme, abrazarme y calmarme. Le hago la pregunta que llevo haciéndome desde que me he despertado.

—¿Cómo sabías que estaba mal? ¿Te llamó Álex?

—Sí, me pidió que viniera porque no le dejabas acercarse, pero no quería que estuvieras sola. ¿Estás mejor?

Se me encoge el corazón al saber que, a pesar de haberle hecho daño, Álex sigue cuidándome. Todavía recuerdo su expresión cuando le dije que no era mi novio y que quería estar sola.

Cierro los ojos y, cuando los abro, las lágrimas amenazan con salir. Miro a Carlota y me cubro la cara con las manos. Ella simplemente se acerca y me abraza.

—Shhh… Todo se arreglará, Ari. Ya lo verás.

No soy capaz de hablar. Me siento tan mal por todo lo que ha pasado que no consigo que las palabras salgan de mi boca.

Cuando me tranquilizo, me doy cuenta de que ayer ni siquiera cené y tengo mucha hambre. Así que, tras darle mil veces gracias a mi compañera de piso por todo lo que ha hecho por mí desde que tuve la gran suerte de mudarme a este piso, me dirijo a la cocina para comer algo.

Mientras me como una tostada con aguacate, mis ojos se desvían a la nevera. Entonces lo veo. Veo el mensaje que, sin lugar a dudas, ha dejado Álex: «Cambiemos el juego, vamos a fugarnos lejos». Una breve sonrisa se me escapa al recordar que hemos escuchado juntos más de una vez esa canción.

Sé que Álex me encanta. Es más, estoy segura de que estoy irremediablemente enamorada de él porque sus besos y sus abrazos me hacen sentir especial. Los momentos que pasamos juntos son increíbles y es la primera vez que me siento tan cómoda con un chico, sin tener que filtrar mi forma de ser en ningún momento. De hecho, creo que nunca he estado con otra persona de una forma tan sana y natural.

También tengo mucho miedo de volver a caer en la dependencia de otra persona. Sé que Álex no es así, me da mi espacio. Cuando salgo con las chicas únicamente me dice que me lo pase genial y cuando él sale con sus amigos siento una tranquilidad que no había sentido antes. La confianza es la base y nosotros confiamos el uno en el otro por completo.

Pero con la visita de Quique me he dado cuenta de que todavía tengo muchas heridas por cerrar, que las cicatrices todavía siguen abiertas y algunas duelen más que otras. Para poder compartir mi vida con otra persona primero tengo que estar bien y cerrar esas heridas. Aun siendo consciente de que corro el riesgo de que Álex no esté esperando cuando yo esté preparada.

Me meto en la habitación cuando noto que vuelvo a tener ganas de llorar, así que decido hacer una videollamada a mi ancla. Nadie como ella va a saber calmarme.

—Hola, bicho. ¿Cómo está mi casi cumpleañera favorita? —Laura me responde al tercer tono, como siempre, con su sonrisa habitual. Sin embargo, esta desaparece en cuanto me mira—. ¿Qué ha pasado?

—Quique ha estado aquí.

La cara de mi mejor amiga muta por completo.

Me paso los siguientes veinte minutos relatándole todo lo que pasó ayer sin dejar de llorar. Y es curioso, porque lo que más me duele es alejar a Álex cuando sé que lo quiero, pero no puedo estar con él ahora mismo.

—Tómate tu tiempo para asegurarte si quieres o no estar con él.

—¿Y si me doy cuenta de que la respuesta es que sí, pero él ya no está? ¿Y si lo pierdo? Sé que lo quiero, pero no sé si es el momento de empezar nada con él.

—Te ha dejado muy claro que quiere estar contigo. Si te quiere, va a estar ahí cuando estés preparada, Ari.

—Eso espero.

—¿Por qué no llamas a Carmen? Tal vez conozca a algún psicólogo en Madrid que pueda llevar tu caso o incluso con ella *online*. Creo que te vendría superbién retomar las sesiones ahora que sabemos que no está todo tan cerrado como pensábamos.

—Sí, tal vez sea lo mejor. Voy a llamarla. Te escribo después.

—Vale. Todo va a salir bien, ya lo verás —dice con una sonrisa que me da la calma que necesito ahora mismo—. ¿Te acuerdas de aquella canción que no parabas de cantar todo el rato hace unos años? La de Mala Rodríguez que escuchabas en bucle y hablaba de las cosas malas.

—«Nada puede ser tan malo como eso que hicimos y nunca recordamos, como eso que nos hicieron y nunca perdonamos» —le recito de memoria sonriendo—. La canción se llama *Lluvia*.

—¡Esa es! Hazle caso a esa frase. Llámame si hace falta, sea la hora que sea, por favor.

—Prometido. Muchas gracias, Lau. Te quiero.

—Y yo a ti, fea. Descansa el finde y el lunes ya con las pilas a tope.

En cuanto cuelgo, decido seguir el consejo de mi mejor amiga y hablo con Carmen.

Tras casi una hora de conversación, hemos acordado retomar las sesiones de forma virtual. Tal y como me dijo Carlota en su día, todos necesitamos una puesta a punto de vez en cuando. Todos tenemos alguna cicatriz que cuesta cerrar más que el resto.

Yo pensaba que ya estaba bien, pero con todo lo que ha pasado con Quique me he dado cuenta de que para poder estar bien con el resto de personas que me importan primero tengo que compartir con ellos cómo me encuentro, para que sepan lo bueno y lo malo.

Antes pensaba que mantener a mis padres al margen era lo mejor para evitarles el dolor que sé que van a sentir, pero en realidad estaba siendo una egoísta porque sé perfectamente que ellos, si supieran todo lo que he pasado, querrían estar a mi lado, apoyándome y compartiendo todos los pequeños pasos que he dado. Porque después de pasarme llorando horas, tengo claro que no estoy tan bien como creía. Además, yo también quiero que estén a mi lado. Los necesito a mi lado.

Me lleno de valor y vuelvo a coger el teléfono. Les hago también una videollamada, porque quiero que vean que, a pesar de no estar bien, lo estaré y sé que lo van a notar si me ven. Mi madre me contesta al momento.

—Hola, cielo —dice sonriendo, pero frunce el ceño al observarme, y añade—: Tienes mala cara, ¿estás enferma?

—Estoy bien, pero necesito hablar con vosotros. ¿Está papá?

—Sito, la niña quiere contarnos algo.

—Hola, cariño. ¿Qué ha pasado?

Quiero que entiendan el porqué de ciertas decisiones que tomé. Se lo merecen porque me han apoyado siempre, incluso a ciegas sin saber partes de mi historia. Cojo aire y empiezo a sincerarme con ellos como nunca antes.

—¿Os acordáis de aquel cumpleaños en el que llegamos tarde Quique y yo y os dije que era mi culpa porque me había quedado dormida? —Ambos asienten serios, viendo el rumbo que va a coger la conversación—. No era verdad. Ese día Quique llegó de jugar un partido de fútbol y yo ya estaba arreglada. No le gustó la ropa que me

había puesto y que no fuera maquillada, así que empezó a insultarme y a gritarme hasta que me cambié y me maquillé como él quería. Ese fue el primer día que me insultó…

Capítulo 38
JUNTOS SOLO SUMAMOS
Álex

Le estoy dando a Ari el espacio que necesita. Han pasado dos semanas y ha sido una auténtica tortura verla por casa triste y con ojeras y no poder abrazarla.

Ha sido como retroceder en el tiempo. Conversaciones breves y evitar quedarnos a solas. La diferencia es que esta vez me está costando mucho más no tocarla, no besarla o no estrujarla entre mis brazos para dormir. La echo tanto de menos que hasta duele.

Los ánimos en general están muy bajos. Carlota ha estado de nuevo más tiempo en el piso para estar con ambos. Incluso Marcos ha venido unas cuantas veces y hemos visto alguna película los cuatro, pero siempre con la pareja entre los dos.

Este fin de semana es su fiesta de cumpleaños sorpresa. Hemos decidido seguir adelante con ella, ya que necesita animarse y sentirse querida por la gente que le importa. Laura llegará a primera hora para ayudarnos a decorar. Marcos se encargará de ir a por ella mientras yo me acerco a la carnicería que está cerca de la casa de mis padres. A la barbacoa también se han unido su jefa, sus compañeros de trabajo y nuestra pandilla. Seremos bastantes, pero la idea es que ella se lo pase bien y desconecte.

Carlota me ha contado que Ari cree que Quique no va a volver a molestarla porque es muy orgulloso y ahora la considera usada por haberse acostado con otros. Menuda gilipollez, pero, si eso lo mantiene alejado de ella, me parece perfecto.

Esta noche me voy a casa de mis padres con Marcos para llevar la compra de aperitivos y bebidas que compramos ayer y que guardamos en su casa. Así, de paso, comprobaremos las habitaciones y el espacio que hay para todos los que nos quedamos a dormir el sábado, por si es necesario que la gente traiga colchones hinchables extra. Nos iremos en cuanto Carlota y él vuelvan de cenar.

En casa estamos Ari y yo solos, cada uno en su habitación. Decido que es el mejor momento para darle su regalo de cumpleaños, pero me recuerdo a mí mismo que tengo que mantener las distancias antes de entrar en su habitación. Tiene que ser ella la que dé el primer paso esta vez.

Cojo el paquete y llamo a su puerta tras soltar un largo suspiro.

—Adelante. —Escucho su voz.

Me la encuentro sentada en la cama con un libro y música de fondo. Una pequeña sonrisa se asoma en sus labios. Me la tomo como señal de que vamos por buen camino mientras me acerco a su cama.

—Quería hablar contigo antes de irme el fin de semana con Marcos. ¿Es buen momento?

—¿Te vas? —Noto la sorpresa en su voz.

—Sí. Nos vamos a casa de mis padres que está vacía estos meses. Todos los veranos nos escapamos algún fin de semana cuando hace demasiado calor en Madrid. Tienen piscina y en la sierra se duerme más fresco.

—Ah vale. —Está decepcionada porque me voy y eso me da esperanzas.

—No te pongas triste o no te daré tu regalo.

—¿Mi regalo? ¿Te has acordado? —pregunta sonriente.

—Claro, ¿cómo me iba a olvidar de que mañana es tu cumpleaños? Si no recuerdo mal, veinticuatro años te caen.

—Eso es. En breves tendré que comprarme un bastón —contesta riéndose.

Ambos nos relajamos al notar que la conversación fluye. Me siento en su cama, alejado de ella y le extiendo el paquete.

—Es una tontería. Lo compré hace tiempo, pero creo que lo vas a usar mucho.

Coge el regalo con cuidado. Rompe el papel y abre los ojos cuando ve un altavoz Marshall negro, con la rejilla en metálico y las letras en blanco. Los botones cubren la parte de arriba también en color metálico.

Se queda en silencio mirándome fijamente. Me pongo nervioso y

empiezo a hablar sin control, temiendo que lo rechace o no le guste.

—Es que te he visto demasiadas veces en la terraza escuchando música con el móvil. El sonido no tiene nada que ver con un altavoz bueno. Este lo conectas por *bluetooth* y puedes cambiar las canciones desde el dispositivo o desde el propio altavoz. —Continúa sin decir nada, así que sigo hablando—: El tamaño creo que es bastante cómodo para moverlo por casa o incluso para llevarlo contigo si te vas de viaje… Si no te gusta, puedes cambiarlo.

Ari deja el regalo encima de la cama y me abraza. Es muy agradable volver a sentirla entre mis brazos. Rodeo su cuerpo con cuidado, no quiero asustarla.

—Es perfecto, Álex. Me encanta —dice con una gran sonrisa de gratitud.

—¿Segura? Si quieres cambiarlo, no pasa nada, de verdad. —Los nervios hacen que me cueste mantener la boca cerrada—. Es más, estaba en varios colores. A lo mejor lo prefieres en rojo o en…

Ari agarra mi cara y me besa con suavidad. Es un beso casto, solo labios contra labios.

—Ni te imaginas cuánto te echaba de menos —se me escapa en voz baja.

En cuanto las palabras escapan de mi boca, se da cuenta de que me acaba de besar. Me arrepiento al segundo de haber dejado salir a relucir mis sentimientos. ¡Joder! Todo mi autocontrol desaparece cuando la tengo cerca.

—Álex, no…

—No, Ari. —Me pongo de pie frustrado—. Veo tu cara de tristeza cada vez que nos cruzamos por casa o cuando estamos todos juntos tomando algo. Ambos somos infelices separados, ¿por qué nos haces esto?

—Porque sé que volveré a pasarlo mal. No quiero volver a odiarme por haber sido una chica que no toma sus propias decisiones.

—Eso no va a pasar. ¿Cuándo te he dicho yo lo que tienes qué hacer? ¡Como si me fueras a dejar hacerlo! A mí me gustas tal y como

eres. No quiero que cambies nada. Eres perfecta.

—No sé si estoy preparada. —Noto en su tono que empieza a dudar.

Se pone de pie, quedándose a un metro de distancia. Niega con la cabeza, pero su cara de tristeza no puede ocultar que lo está pasando tan mal como yo.

—¿Qué necesitas? ¿Tiempo? Te doy todo el que necesites, pero no te vuelvas a alejar. Por favor. Ambos sabemos que juntos somos mejores, formamos la mejor ecuación.

—¿Juntos solo sumamos? —pregunta sonriendo.

—Eso es. Tómate el tiempo que necesites. Yo estaré aquí esperándote.

—¿Y si te cansas de esperar?

—Sé lo que quiero y es estar contigo. Iremos a tu ritmo, pasito a pasito, como lo estábamos haciendo antes. Simplemente, no me alejes.

—Pasito a pasito… Suena bien —me dice con una sonrisa tímida.

Estiro el brazo para coger su mano y la acerco a mi cuerpo con suavidad. Ari se deja hacer. Mis manos caen sobre sus caderas mientras las suyas me rodean el cuello. Nuestras cabezas se encuentran a medio camino. Nos besamos despacio, como si fuera la primera vez.

—Muy a mi pesar, me tengo que ir. Marcos está al caer —susurro apoyando mi frente en la suya.

—Te veo el domingo entonces. Gracias por el regalo, es perfecto.

Enmarco su cara con mis manos mientras le doy un beso suave. Nuestras bocas apenas se rozan.

—Yo también te echaba de menos —susurra en bajito, y mi corazón se salta un latido.

Salgo de su habitación con la sensación de felicidad que hacía semanas me había abandonado. Espero que Ari se dé cuenta de que,

efectivamente, juntos solo sumamos. Al menos hoy la vuelvo a notar más cerca.

Marcos me avisa de que está abajo esperando justo en ese momento. Cojo mi maleta de la habitación y paso por la cocina para beber un vaso de agua. Antes de bajar a la calle, muevo los imanes de la nevera para dejarle a Ari un mensaje.

Capítulo 39
TE QUIERO LIBRE
Ari

«Juntos solo sumamos».

La frase sigue repitiéndose en mi cabeza después de que se haya ido. Este chico siempre consigue que todas mis normas dejen de tener sentido. Por la mañana estaba muy convencida de que mi decisión de mantenerme alejada era la correcta, pero ahora mismo una sonrisa tonta se ha instalado en mi cara por sus palabras.

Tanto Laura como Carlota se han pasado estas semanas diciéndome que no tenía sentido alejar a Álex cuando él no era culpable de nada. Me rompía el corazón verlo porque parecía tan infeliz como yo.

Mentiría si dijera que la visita de Quique no lo cambió todo. Estaba feliz con mi nueva vida, pero él volvió para recordarme la cantidad de daño que te puede hacer una persona que se supone que te quiere.

Tal vez el problema sea justamente que querer no es suficiente, sino que te tienen que querer bien. Y a mí Quique no me quería bien.

—¿Te apetece ver un par de capítulos de *Shameless* hasta que sean las doce y tengamos que tomarnos unos tequilas a tu salud? —me sobresalta Carlota desde la puerta de mi habitación.

—¿Tengamos? Tienen razón, eres el duende de los chupitos —contesto riéndome—. Venga, vamos.

Tras dos capítulos, un par de chupitos y una videollamada de mi mejor amiga, Carlota se queda demasiado callada para ser ella. Sé perfectamente que no quiere sacar el tema porque es mi cumpleaños, así que decido sacarlo yo. Tal vez lo que necesite sea hablar con alguien de verdad, sin corazas, sobre este asunto.

—Álex me ha dado un regalo.

—¿Te ha gustado? Lleva semanas con él escondido en su habitación.

—Me ha encantado.

— ¿Y habéis hablado algo más? —tantea.

—Bueno… Puede que lo haya besado de la emoción por haberse acordado de mi cumpleaños. —Carlota salta en el sofá abriendo los ojos sorprendida—. Después me he apartado, pero él ha empezado a decirme cosas preciosas.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta aplaudiendo.

—Que le gusto tal y como soy, que va a esperar el tiempo que haga falta y que juntos somos mejores.

—No imagino a Álex diciendo todas estas cosas. Por favor, ¡qué romántico! ¿Has podido resistirte a eso?

—Obviamente no. He caído con todo el equipo. Ni siquiera podía pensar bien de lo acelerado que tenía el corazón. Al final hemos decidido ir poco a poco, pero no sé si lo correcto es estar juntos.

—Ari, cielo, llevas semanas como alma en pena por casa y él no está mejor que tú. Esta separación solo os está haciendo daño a ambos.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. ¿No lo echas de menos? Yo no podría estar en la misma habitación que el chico del que estoy enamorada y no abalanzarme sobre él.

—Yo no te he dicho que esté enamorada de Álex.

—No hace falta. Se os nota a leguas. ¿Qué necesidad tienes de no dormir juntos o de no apoyarte en él después de un mal día? ¿Por qué perderse todo eso?

—La verdad es que no tiene demasiado sentido.

Carlota tiene razón. Estoy haciendo el imbécil manteniéndome alejada de él. En realidad, me siento culpable por imponernos esta separación cuando sé perfectamente que él no es Quique.

Álex ha demostrado que quiere estar conmigo. Es más, no quiero ritmos lentos. Lo quiero todo con él: acostarme, levantarme, escaparnos los fines de semana, ver películas acurrucados bajo una

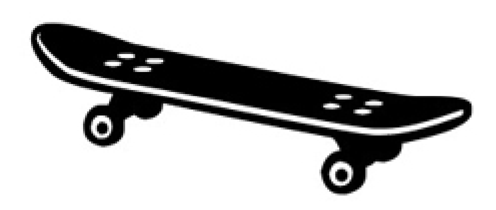
manta… No sé cómo he podido tardar tanto en darme cuenta de que la felicidad estaba al alcance de mi mano.

Hacemos otra ronda de chupitos mientras vemos un par de capítulos más antes de irnos a la cama. Mañana hemos planeado pasar el día en el embalse de Pedrezuela para paliar el calor del verano. Estaremos las dos solas, ya que el resto estaba fuera este fin de semana y es el próximo viernes cuando hemos quedado todos para celebrar mi cumpleaños, incluso viene Laura.

Antes de dormir voy a la cocina para prepararme una taza de leche. Mientras se calienta en el microondas, mi corazón se para al leer el mensaje que hay en la nevera: «No te quiero sumisa. Te quiero libre. Álex».

Es la canción que estaba cantando en la cocina a los pocos días de mudarme. No sé cómo se puede acordar de algo así.

Me acuesto con una gran sonrisa y con muchas ganas de que llegue el domingo para verlo.



Carlota me despierta cantándome el cumpleaños feliz mientras se tira encima de mí. Me dice que haga una maleta pequeña por si nos apetece quedarnos en un hotel a dormir o lo que surja.

Yo conduzco mientras ella me guía. Apenas se calla, vuela de un tema a otro continuamente. Está rara. Creo que es porque estamos las dos solas en mi cumpleaños y se siente culpable de que el resto tuviera otros planes.

Tras poco más de media hora de coche, llegamos a un pueblo.

—¿Qué hacemos aquí? ¿No se supone que íbamos a ir a pasar el día en un embalse?

—Sí, pero antes vamos a recoger una tortilla que he dejado encargada para comer, están buenísimas en este sitio. Pensaba que te lo había dicho. —Revisa su móvil y añade—: ¿Me acompañas, porfa? Así cogemos también algo de beber.

Llegamos a la parte de atrás de una finca donde espero encontrarme el típico ultramarinos pequeño de pueblo, pero me encuentro con una piscina junto a una barbacoa. Todo está decorado con globos y guirnaldas, pero no veo a nadie.

—Creo que nos estamos metiendo en una fiesta infantil, Carlota. ¿Has mirado bien la direc…?

—¡Sorpresa!

De repente muchas personas salen gritando del garaje tirando serpentinas. Me quedo alucinando cuando empiezo a distinguir caras. Están todos: Laura, mis compañeros de trabajo y la pandilla de aquí. Todos se ríen turnándose para felicitarme.

Mi mirada busca entre la gente hasta que lo encuentro. Álex me está mirando con una sonrisa enorme mientras no deja de vitorearme y aplaudir. Me guiña un ojo y le devuelvo la sonrisa. Estoy deseando hablar con él a solas.

Al poco de estar aquí descubro que esta es la casa de los padres de Álex y, al parecer, él es el que tuvo la idea de la fiesta sorpresa. Me ha alucinado que siguiera con ella incluso cuando lo aparté y no quise saber nada de él. Nunca deja de sorprenderme.

Pasamos el día en la piscina después de una barbacoa espectacular que ha hecho Marcos. Disfruto de mi cumpleaños como nunca. Tengo a todos mis amigos juntos y estoy feliz de que se hayan molestado en juntarse para celebrarlo conmigo. Incluso con Lucía las cosas están más relajadas. No sé si llegaremos a ser amigas algún día, pero al menos nos llevamos mejor y no nos ponemos a la defensiva a la mínima oportunidad.

Mis padres me han llamado hace un rato para felicitarme. Estoy deseando subir en agosto a casa para verlos. Desde que fui sincera con ellos, los noto todavía más cerca.

Laura y yo apenas tocamos el tema de Quique. Espero no volver a

verlo en mi vida. Además, ahora que su padre le ha pasado el despacho de abogados, no puede meterse en líos.

Casi de madrugada quedamos muy pocas personas en el jardín. La mayoría se han ido a dormir de forma escalonada. Solo quedamos Álex, Laura y yo.

—Bueno, yo me voy, que aquí no pinto nada —dice mi mejor amiga mientras se levanta y me da un gran abrazo antes de entrar en la casa—. Que os lo paséis bien, aunque no tengo ninguna duda de ello —añade riéndose. Obviamente, está ya puesta al día de todo lo que ha pasado en las últimas horas.

—¿Te ha gustado la fiesta?

No contesto, sino que me levanto y voy hasta él para abrazarlo con todas mis fuerzas. Lo beso con hambre. Álex me rodea y levanta mis piernas de un impulso, colocándolas alrededor de sus caderas. De repente, salta a la piscina conmigo en brazos.

—Esto se está descontrolando y prometí ir despacito.

—¿Y qué pasa si yo no quiero ir despacio?

Álex levanta una ceja y se queda callado cuando me acerco y empiezo a besar su cuello. Mis manos recorren su pecho y le quito la camiseta. Sujeta mis manos mirándome serio.

—¿Estás segura? No quiero que mañana cambies de idea o te arrepientas. No me importa esperar lo que haga falta.

—Muy segura. He visto tu mensaje en la nevera. Me ha encantado, no sé cómo has podido acordarte de esa frase.

Me acerca a él rodeando mi cuerpo con sus brazos. Vuelvo a enganchar mis piernas a sus caderas, sintiendo el agua flotando a mi alrededor.

—Recuerdo todo lo que tenga que ver contigo, Ari. Además, esa frase es exactamente lo que pienso. Quiero que estés conmigo porque quieres, que salgas de fiesta con tus amigas y conozcas gente, pero que al llegar a casa compartamos cama. Quiero celebrar todo lo bueno y apoyarte en lo malo. Y, sobre todo, que no me alejes cuando las cosas se complican.

—Las cosas entre nosotros siempre están complicadas.

—No están nada complicadas porque tú quieres exactamente lo mismo que yo —resuelve con seguridad—. Me quieres igual que yo a ti.

—Vaya manera más extraña de decir te quiero —contesto riéndome.

—Sé valiente y di lo que sientes.

—Te quiero, Álex —afirmo con una certeza que no sabía que sentía —. Contigo puedo ser la mejor versión de mí misma, sin tener que medir lo que hago o digo. Me haces sentir especial. —Me mira con la sonrisa más tierna que he visto en mi vida—. Nunca me había sentido tan cómoda con otra persona. Todo fluye tan bien cuando estamos juntos que antes me asustaba, pero ya no. Estoy segura de que lo que quiero es sumar contigo.

—Te quiero —susurra juntando nuestras frentes.

Y es cierto. No me había parado a pensar con detenimiento mis sentimientos hacia él, pero no tengo ninguna duda de que lo quiero. Es mi primer y último pensamiento cada día. A su lado me siento llena, en paz, como si no necesitara nada más que su compañía.

Además, la confianza es fundamental para estar con alguien y yo confío en él. Confío en que estará ahí en las buenas, en las malas y en las peores, porque así lo ha demostrado. Confío por sus acciones, no por palabras que se las puede llevar el viento.

Con la forma que tiene de mirarme y de tocarme ha conseguido que mi autoestima vuelva a estar en su sitio y no pisoteada. Él siempre me dice que soy preciosa. Le da igual que esté arreglada, en pijama, peinada, maquillada o recién levantada.

Pasamos un rato en la piscina juntos. Hablando y dándonos el cariño que no hemos podido estas últimas semanas. Cuando salimos, Álex me da un beso suave en los labios antes de envolverme en una toalla. Coge otra para él y, sin mediar palabra, nos metemos en la casa agarrados de la mano.

Capítulo 40
UNIENDO PECAS
Álex

Abro los ojos y siento una paz que llevaba semanas sin sentir. He dormido muy bien y sé perfectamente gracias a quién. Aprieto a Ari contra mi pecho y aspiro su olor. ¡Cómo lo echaba de menos!

Estaba más que dispuesto a ir poco a poco. Tal y como me había prometido a mí mismo, ella era la que debía marcar el ritmo, pero por suerte ha decidido que no quiere ir despacio y yo, claramente, no me voy a oponer a su decisión porque lo quiero todo con ella.

Ari se gira entre mis brazos, quedando cara a cara. Es preciosa. La observo un par de minutos antes de darle un pequeño beso en la nariz. Ella apenas se mueve, así que comienzo a mover mi dedo sobre sus mejillas hasta que una pequeña sonrisa se asoma en su cara adormilada.

—¿Qué haces?

—Estoy uniendo pecas. Ya te dije que es mi pasatiempo favorito.

—Estás loco —afirma riéndose.

—Loco por ti.

Empiezo a hacerle cosquillas hasta que se despierta y me suplica que pare. Nos pasamos un buen rato metidos en la cama entre caricias y besos. Nuestros cuerpos también se han echado de menos durante todo este tiempo.

Cuando escuchamos ruido en la cocina, decidimos bajar para juntarnos con el resto. Al llegar a la cocina de la mano, todos empiezan a aplaudir entusiasmados.

—¡Lo sabía! El pasito a pasito no os ha durado ni un día —exclama Carlota riéndose.

—Ya era hora. Estábamos hartos de ver toda esa tensión entre vosotros. ¡Me alegro tanto! —Sara se acerca y nos da un abrazo a los dos.

Es un alivio que por fin todo el mundo sepa que estamos juntos.

Antes de nuestro distanciamiento, Carlota y Marcos eran los únicos que lo sabían, ya que Ari y yo así lo habíamos acordado. Queríamos ver hacia dónde iba lo nuestro antes de implicar al resto. Ahora ni siquiera lo hemos hablado. Hemos salido de la habitación de la mano y así hemos entrado en la cocina.

Como sobró carne y verdura de ayer, decidimos hacer otra barbacoa y pasar el domingo disfrutando también de la piscina de mis padres. Nos repartimos las tareas y nos ponemos todos en funcionamiento.

Cuando me dispongo a lavar la lechuga para hacer una ensalada, Lucía se acerca a mí.

—Me alegro mucho —me dice sonriendo—. Te dije que no estaba todo perdido.

—¿Cómo lo sabías? —pregunto con curiosidad.

—Porque a mí también me miraron una vez como tú la miras a ella. Cuídala, para que ella tampoco deje de mirarte como lo hace, porque entonces sí que la habrás perdido.

Algo en su tono hace que la mire. Se ha quedado pensativa mirando por la ventana.

—¿Estás bien? —pregunto sacándola de sus recuerdos.

—Sí, tranquilo. Las resacas me ponen melancólica —contesta.

Decido no insistir, ya que se aleja y se pone a cortar tomates en la tabla de madera que está sobre la mesa. Seguimos preparando la ensalada en un cómodo silencio.

Cuando salimos al jardín, ya está la mesa puesta y Raúl y Hugo están preparando las brasas. Cojo una cerveza y me uno a ellos después de pasar junto a Ari, que está con el resto en la piscina, y darle un beso. Desde que todos saben lo nuestro nos buscamos continuamente. Algo por lo que ya nos hemos ganado alguna que otra burla por parte de Raúl. Es el único que no sospechaba nada, ya que vive en la inopia.

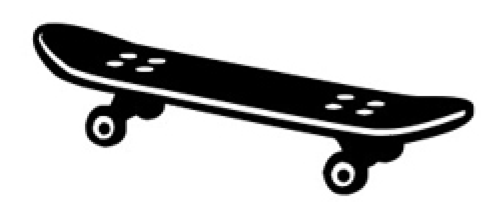
Después de comer ponemos música y nos pasamos la tarde en la piscina. Algunos estamos dentro del agua y otros están en el bordillo o

en las tumbonas.

Ari y yo hemos tirado en la piscina una colchoneta hinchable y estamos tumbados encima cuando empieza a sonar *Matemática de la carne* de Rayden. Es una de mis canciones favoritas. Me pone contento y me la sé de memoria.

Empiezo a cantar la letra en voz baja hasta que Ari me mira curiosa, así que decido susurrarle al oído mi parte favorita: «Te dije "hazme lo que quieras" y me hiciste a mí, sin adjetivos. Me pusiste a mí sentado y yo perdí el sentido. Uní lunares como una línea de puntos y así, todos juntos, conseguí formar "siempre contigo"».

Ari me regala una sonrisa preciosa, una que sé que guarda solo para mí y que consigue que mi corazón se acelere. Se estira para darme un beso y me agarra la mano.



Al llegar a casa, decidimos compartir una ducha rápida antes de tirarnos en su cama para darnos amor del sucio. Esa es otra de las cosas que más me gustan de Ari, lo bien que nuestros cuerpos se entienden y se complementan, como si estuvieran hechos el uno para el otro.

A mí me sigue encantando decirle cosas sucias al oído, y ella tiene una parte traviesa que me encanta y vuelve loco a partes iguales. Podría hacer conmigo todo lo que quisiera.

Hace medio año pensaba que era feliz saliendo de fiesta varios días por semana y follando con quien me apeteciera. No me ataba a nadie, ya que pensaba que el amor no existía. En cambio, ahora estoy completa y perdidamente enamorado de Ari.

Sé lo que es el amor y sé lo que es sufrir por amor. Nunca pensé que incluso habría momentos en los que sufriría más por la otra

persona que por mí mismo. Y, desde luego, jamás me imaginé lo feliz que podía llegar a ser compartiendo mi vida con otra persona.

También sé que Ari todavía tiene heridas que sanar, pero estaré a su lado agarrándole la mano a cada tropiezo y besando sus cicatrices cada vez que sangren.

Ari se ha quedado dormida sobre mi pecho. La abrazo en calma mientras a mi cabeza viene la letra de *Por ti* de Natos y Denom: «El tiempo pone a cada uno en su sitio. Yo estoy en el mío».

Sin duda, mi sitio es a su lado.

Epílogo
CUATRO MESES DESPUÉS
Ari

Cojo de la estantería la foto que me regaló Laura la última vez que vino de visita. Es del viaje a Londres que hicimos juntas al acabar el instituto. Mi cabeza está apoyada en su hombro y ambas sonreímos abiertamente a la cámara con el Big Ben de fondo. Me encanta. Siempre ha sido nuestra foto favorita.

Deposito el marco dentro de la última caja mientras echo un vistazo a la que ha sido mi habitación durante los últimos nueve meses. Dentro de estas cuatro paredes han pasado muchas cosas. La principal es que vuelvo a reconocerme en el espejo.

Hace ya un mes que Carlota y Marcos tomaron la lógica decisión de dejar de pagar dos alquileres. Ella se muda con él, aunque la mitad de sus cosas ya estaban en el piso de Marcos.

A pesar de que Álex y yo no llevamos demasiado tiempo juntos, hemos decidido buscar algo para los dos. Hemos convivido desde el primer momento, así que esa parte no nos asusta. Nos parece una tontería vivir en pisos separados cuando hemos compartido el mismo desde que nos conocemos.

Así que, después de mucho buscar, hemos encontrado un piso perfecto en nuestro barrio. Tiene dos habitaciones, un salón amplio con cocina americana, un baño y una terraza decente. Era la única condición que pusimos ambos: mudarnos a un piso con terraza.

Esta noche es la última que dormiremos en nuestra casa vieja y vamos a celebrar una pequeña despedida con nuestros amigos. Me da mucha pena dejar este piso, pero es un capítulo que ya toca cerrar para empezar otro todavía más emocionante.

Siento como unos brazos me rodean por la espalda. Álex apoya su cabeza sobre la mía y dejo escapar un suspiro.

—Echaré de menos esto.

—Yo también. ¿Te acuerdas del día del salón en el que nos estábamos enrollando y apareció Carlota? Me tuve que esconder detrás de la puerta porque era imposible disimular la tienda de campaña.

—¡Como para olvidarlo! No sabía ni hablar, pensaba que tenía la palabra cazada grabada en la frente. —Nos reímos juntos.

—En esta casa han pasado muchas cosas, pero estoy deseando tener nuestro propio espacio.

Me giro en sus brazos para darle un beso.

—¿A qué hora viene Hugo?

—Está al caer. Voy a seguir bajando cajas al portal. Tengo a Carlota allí haciendo guardia para que nadie nos robe. ¿Estas son las últimas de tu habitación?

Afirmo con la cabeza y me da un cachete en el culo antes de salir por la puerta.

El único recuerdo que no echaré de menos es la visita de Quique. No he vuelto a saber nada de él. Mejor así. Laura me ha contado que lo ha visto un par de veces por el pueblo, pero que se ignoran, como si no se conocieran de nada. Es una persona que desearía no haber conocido y que espero que permanezca lejos de mí para siempre.

Estos meses de terapia con Carmen hemos avanzado y sé darle a cada cosa el lugar que merece. Todavía nos queda trabajo por delante, pero sé que estaré bien. Además, tengo a mis padres ayudándome a cada paso que doy. Aunque les dolió enterarse de todo lo que había pasado, siempre me han agradecido que se lo hubiera contado y esto nos ha unido todavía más.

En el trabajo las cosas no podrían ir mejor. Miriam sigue muy contenta con mis reportajes e incluso la revista ha sido nominada a un importante premio gracias al esfuerzo que hacemos día tras día entre todos.

Dejo a un lado mis pensamientos y me centro en la mudanza. Este piso ya estaba amueblado, así que no tenemos que transportar apenas muebles, excepto mi banco de la terraza, no podría desprenderme de él después de todo lo que hemos vivido juntos. Ya tiene un lugar asignado en nuestra nueva casa.

A los diez minutos llega Hugo con su furgoneta, que llenamos con todas nuestras cosas. Cuando se ofreció para ayudarnos dijimos que sí

al instante. La otra opción era usar mi pequeño Polo, pero tendríamos que hacer varios viajes.

Dejamos todas las cajas en nuestro nuevo salón y volvemos al piso viejo para la despedida. Cuando estamos todos, empezamos a recordar cenas, fiestas y momentos.

Es difícil elegir un solo recuerdo, pero sin duda me quedaría con el día de mi cumpleaños en el que Álex no se rindió. Es un momento muy personal, así que me lo guardo para mí con una sonrisa.

Noto una mano que aprieta la mía. No necesito mirarlo para saber que es él. Podría reconocer su forma de tocarme incluso a ciegas. Ladeo la cabeza para dejarla caer sobre su hombro con nuestras manos entrelazadas mientras escucho las anécdotas de mis amigos.

¿Quién me diría que aquel beso en el concierto cambiaría tanto las cosas? Ese fue, sin duda, el mejor de mis errores.

Álex

Subo la última maleta con las pocas cosas que dejamos en el piso para dormir la última noche. Me encanta nuestra nueva casa. Está en mi barrio de siempre, cerca de mis colegas y, sobre todo, Ari será mi única compañera de piso.

No es que no me haya gustado vivir con Carlota, simplemente ha llegado el momento de continuar nuestra vida juntos. Y, para qué mentir, también para poder follar con Ari donde me dé la gana sin preocuparnos por si nuestra compañera de piso aparece de repente. Algo que ya nos ha pasado varias veces. Hay cosas que es mejor separar en las amistades y la vida sexual es una de ellas.

En cuanto al tema laboral, llevo desde septiembre trabajando en el departamento de datos de una empresa de logística. Las condiciones no son para tirar cohetes, pero por algo se empieza. Al menos me llega para pagar los gastos y ahorrar un poco. Lo bueno es que ya no necesito trabajar ni en la tienda ni en Trueno. Me ha dado pena dejar el bareto, pero mis viernes ahora son de cena con mis amigos pudiendo alargar hasta la hora que nos apetezca, cuidando de mi sobrino para que mi hermano y mi cuñada puedan disfrutar de tiempo juntos o de manta y series con Ari.

Mi relación con ella no podría ir mejor. Obviamente hemos tenido discusiones. Es imposible que no haya roces cuando estás empezando

una vida en común con otra persona, pero no tardamos nunca demasiado en arreglarlo. No sabía yo que una de las cosas buenas de tener pareja eran las reconciliaciones. Le estoy cogiendo el gusto a esa parte. Por todo lo demás, hablamos cuando algo falla y la confianza es total entre ambos.

Suspiro pensando en el día tan largo que me espera por delante. Este piso no estaba amueblado, así que nos hemos dejado una buena parte de ahorros en muebles básicos. Iremos amueblando el resto poco a poco.

Aparte de la cama, que nos la trajeron ayer, y cocina y baño que eso sí que estaba amueblado, el resto lo tenemos que montar hoy. O, al menos, todo lo que podamos para empezar a vivir.

Escucho pasos en el pasillo. A los pocos segundos, Hugo entra en el salón con dos cervezas y pone una a mi lado antes de sentarse en el suelo. Llevamos una hora intentando montar el sofá, que empieza a coger forma, mientras Ari y Sara se han ido a montar los muebles del despacho.

—¿Qué tal con Sara? —pregunto a Hugo.

—Sin novedades. Desde que se ha mudado al piso de abajo, pasamos más tiempo juntos, pero nada más.

—¿No le vas a decir nada de lo que sientes por ella?

—No. Dudo que tan siquiera lo sospeche. Se está liando con un chico que conoció por Tinder. De hecho, me cuenta demasiadas cosas de sus citas. Estoy seguro de que me ve como un amigo y nada más.

—Bueno, la gente cambia de opinión constantemente.

—Yo qué sé. Anda, pásame esa llave allen para apretar esto —añade cambiando directamente de tema, así que decido no presionar.

No entiendo a estos dos. Viven en el mismo edificio y hacen muchos planes juntos, pero lo suyo no avanza. Hugo está perdidamente enamorado de ella. A finales de verano, un fin de semana que pudimos escaparnos los dos a Cantabria a casa de mis padres para hacer surf, me lo acabó confesando. Yo creo que hay algo entre ellos porque tienen una complicidad especial que todos vemos, pero de la que parece que Sara no es consciente.

Tal vez esté equivocado, pero tanto Ari como yo pensamos que acabará pasando algo entre ellos cuando menos nos lo esperemos.

—Esto va cogiendo forma —exclama Ari con una sonrisa deslumbrante después de que se hayan ido Sara y Hugo.

La miro mientras coloca nuestra foto en el *Skatepark* de Madrid Río sobre el mueble de la televisión que acabamos de montar. Es curioso cómo en ese momento ni siquiera éramos conscientes de que la atracción tan fuerte que sentíamos era mucho más que eso.

Se deja caer en el sofá, pero antes agarra mi brazo para arrastrarme con ella.

—Sí. ¿Sabes a qué más creo que deberíamos darle forma con urgencia?

Me tumbo encima de ella besando su cuello mientras cuelo una mano por debajo de su camiseta. La ahueco sobre su pecho, encajan a la perfección.

—¿A este sofá? —propone traviesa.

—Me has leído la mente.

A partir de ahí ya no sé dónde acaba su cuerpo y dónde empieza el mío. Somos un enredo de los buenos.

A veces los comienzos no son sencillos, pero desde que estoy con Ari la frase que me dijo Marcos en su día ha cobrado sentido. Estar con alguien tiene que ser fácil y con ella nada puede fluir mejor.

Ari saca mi mejor versión y yo saco la suya, porque juntos solo sumamos.



LISTA DE REPRODUCCIÓN

Calavera no chilla - Natos y Waor ft. Nic
Un bolero en Berlín - Los Chikos del Maíz*
Dorian Gray - Sharif
Ellas - Nach ft. Ismael Serrano
Corazón de mimbre - Marea
El viaje - El Chojin ft. Nena Dreams
Visceral - Blake
Carretera - Hijos de la Ruina
El mejor de tus errores - Rayden ft. Alice Wonder
Fuego - Chusterfield
No sé cómo decirte - Día Sexto
Pregunta y respuesta - Brock Ansiolitiko ft. Clara
Difícil - Ambkor ft. Beret
Lluvia - Mala Rodríguez
Matemática de la carne - Rayden
Por ti - Natos ft. Denom

Puedes escucharla en Spotify: https://open.spotify.com/playlist/3Xpyyv7NS2JioDmcmvwnYu?si=1b461cb98f1f4675

O en Youtube: https://www.youtube.com/playlist?list=PL9KlA6tP73tWia3x6XuVG8nznzy_g0FAM

**Un bolero en Berlín* no está disponible en Spotify

AGRADECIMIENTOS

La historia de Ari y Álex llegó a mí hace más de seis años. Poco a poco se fueron formando en mi cabeza escenas y varios de los capítulos fueron escritos por separado, antes incluso de tener claro que quería escribir un libro. Ha sido un proceso largo con períodos de años sin escribir ni una sola palabra o de días en los que me he pasado más de seis horas escribiendo. A pesar de todo, finalmente este libro ha cogido forma y me he animado, gracias al apoyo de muchas personas que mencionaré a continuación, a publicar mi primera novela.

En primer lugar, quiero agradecer a Juanca su paciencia por esos días en los que la inspiración me visita y me paso horas tecleando y posponiendo planes de dos. Gracias también por animarme a seguir escribiendo. La vida contigo es mucho más sencilla y divertida.

En segundo lugar, gracias a mi familia por inculcarme la pasión por la lectura y por haberme comprado tantos libros desde que era pequeña. Vosotros sois los culpables de que viva mil vidas a través de las páginas.

No podía olvidarme de mis lectoras cero. En primer lugar, gracias a María, la primera persona que leyó algo que había escrito y me animó a continuar. Gracias también a Dami y a Angélica por vuestra paciencia y consejos.

Gracias a Fransy por tu cariño hacia mi manuscrito. Tus notas han ayudado a que me animara a publicar y no puedo estar más agradecida.

Es casi obligatorio mencionar a las personas que he conocido a través de la comunidad *bookstagram* y que me alegran los días con audios, mensajes, amigos invisibles, salseos literarios y recomendaciones de nuevas lecturas: Gemma, Arianne, Silvia, Maru, Nieves, Irene, Cristy, Vicky, Mónica, Vir, Noelia, Toñi… GRACIAS.

Sería injusto no mencionar a mis amigas, que me han animado a escribir y se han preocupado por mi historia. Marta, por ayudarme a redactar la biografía más yo de la historia. Anameri, por tus consejos y tu apoyo. A mi Isla, sois ancla. A mis Solteras de Oro y a Martolis, por leerme y porque, aunque pasen los años, veros es siempre volver a casa.



Y, por último, pero no menos importante, gracias a ti por haberle dado una oportunidad a esta historia.

SOBRE LA AUTORA



Nair Manuela. Lugo, 1990.

Escritora. Lectora. Abogada. Criminóloga. Mejor persona.

Tal vez no sea la biografía más seria ni la más divertida, pero prefiero que me conozcas a través de mis personajes.

*** Otros libros de la autora**

- *Mientras siga nevando* (2021) - relato «La magia de la Nochebuena».

*** Puedes encontrarme en las siguientes redes sociales**

https://www.instagram.com/nairmanuela_autora

https://lalibretadenani.com

https://www.pinterest.es/lalibretadenani